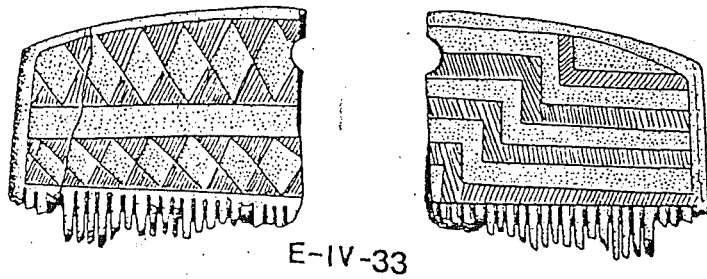


Gran parte de la documentación sarda, no obstante, se concentra entre los siglos IX-VII a.C., por ejemplo, las figuras inscritas en el arquitrabe de ingreso a una tumba de gigante en Creminalana, S. Giovanni Suergiu (Woytowitsch 1978, Tanda 1986).

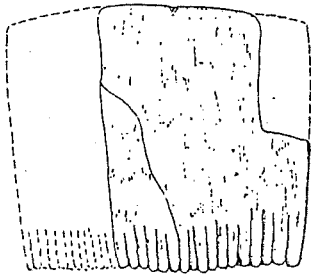
Por otro lado, existen carros en la Península Ibérica desde el Neolítico Final, y son los representados en el Arte Rupestre Esquemático, bien datados en el "Santuario" de Escoural (Montemor-o-Novo) por haber aparecido las placas grabadas en un contexto estratigráfico (Gomes et al. 1983). De ahí que no sea cierto que la rueda haya sido algo desconocido para los pobladores de la Península hasta la llegada de los prototipos egeo-orientales (Fernández Miranda y Olmos 1986). Ciertamente, esos carros son muy distintos de los representados en las Estelas (p.e. tienen cuatro ruedas y no dos), por lo que no soy partidario de una derivación directa (que ha sido ensayada por Fernández Castro 1988), sino de su relevancia en la crítica al fundamento de la hipótesis orientalista, según la cual era la "Idea" de carro lo que se habría importado, antes que el carro en sí, pues éste era desconocido en el registro arqueológico. La presencia de este elemento en el Mediterráneo Central, dentro de los contactos inmediatamente postmicénicos entre Cerdeña y Chipre (Lo Schiavo, McNamara y Vagnetti 1985, Lo Schiavo y Ridway 1986), es un elemento a tener en cuenta para explicar la "moda" de los mismos durante el Bronce Final de la Península Ibérica.

Algo semejante puede aducirse para explicar otros dos objetos de los representados en las Estelas y que también han sido relacionados hasta la saciedad con el comercio oriental: los peines y los espejos. Con respecto a los primeros hay numerosos ejemplos de su presencia en contextos peninsulares desde el Calcolítico (Castro Curel 1988) (Fig. 32), sin que tengamos que acudir a prototipos de época orientalizante para explicar su origen y cronología. Con ello no quiero decir que los peines representados en las Estelas sean una evolución directa de los calcolíticos. Tal y como sucede con los carros, la tradición de los peines existía en el Sudoeste mucho antes de los que, presumiblemente, llegaron al Mediterráneo Central, procedentes, a su vez, del Egeo. De la falta de decoración que, con dificultades, se observa en las representaciones, se podría deducir, no obstante, su mayor semejanza con los prototipos autóctonos; compárese sino el ejemplar de Roça do Casal do Meio -contemporáneo a los de las Estelas- con los barroquizantes ejemplares mediterráneos.

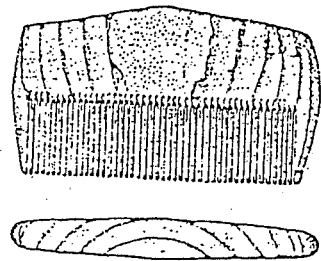
Hasta hace muy poco tiempo, el único ejemplar de espejo paralelizable con los de las Estelas era el de Pantalica, perteneciente a la primera fase de esta cultura, la cual, aún y a pesar de mostrar un profundo carácter local (Bietti Sestieri 1977, Hollway 1981), está en cierto modo "micenizada", adoptando el uso de elementos inequívocamente chipriotas y egeos (Smith 1987). Su reciente identificación en Cerdeña, vinculados, una vez más, al Chipre inmediata-



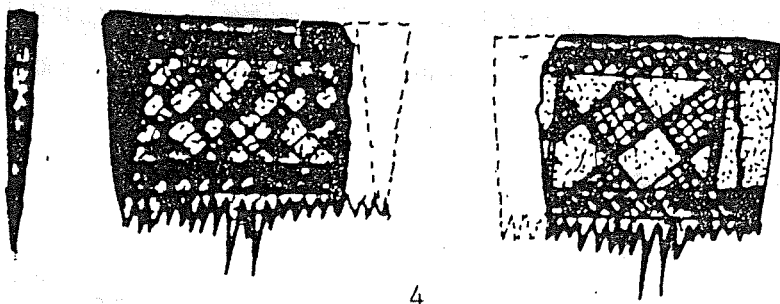
1



2



3



4

Fig. 32 Peines prehistóricos en la Península Ibérica: 1,- Huerto Pimentel (Tejera 1985) 2.- La Pijotilla (Hurtado 1988) 3.- Roça do Casal do Meio (Spindler et al. 1973-1974) 4.- Son Matge. Mallorca (Waldren 1982). 1 y 4 son de Epoca Campaniforme.

mente postmicénico (LC IIIC), así como al mundo submicénico (1), han cambiado el panorama radicalmente.

Los espejos de bronce del submicénico son delgados, de contorno circular, con dos agujeros en uno de los bordes -en algún caso se conservan los roblones- para sujetar el mango que, por las huellas dejadas en la superficie de bronce, serían de madera, con el extremo superior rectangular (2). Los espejos sirio-anatólicos, por su parte, hacían el empalme mediante una pequeña lengüeta (Iakovides 1987). Idénticos a los submicénicos han aparecido en Sicilia, islas Eolias y Cerdeña. Responden a diferentes tipologías (Fig. 33), si bien muestran una perfecta correspondencia con los prototipos egeos. Su datación es bastante homogénea, englobable en Sicilia y Lipari en las fases culturales y cronológicas de Pantalica I y del Ausonio I; en Cerdeña (Grotta Piroso, en Santadi), se sitúan en torno al siglo XI a.C. Si bien la mayoría de ellos son importaciones chipriotas o egeas, algún ejemplar -el de San Pietro en Torpè, sobre todo- resulta de una tipología muy particular, sólo conocida en la isla de Cerdeña: está compuesto de una hoja oval y un mango decorado con un motivo que tiene larga perduración en la isla a partir de las primeras importaciones chipriotas, hasta el extremo de formar parte, en el siglo IX a.C. del repertorio artístico autóctono (Lo Schiavo 1976, Lo Schiavo, McNamara y Vagnetti 1985, Gras 1985). Es en esa fecha en la que hay que datar el ejemplar de S. Pietro, hallado en un contexto del Nurágico Pleno e interpretable como producción local.

Es importante señalar que, si bien los primeros espejos del Mediterráneo Central fueron importaciones, en la isla de Cerdeña esos elementos fueron pronto apropiados por los bronceístas indígenas e incorporados a sus tradiciones locales. En relación con esta pervivencia y con el tráfico arcaico en el Tirreno se puede citar otro espejo, encontrado en un contexto villanoviano (y datable en la primera mitad del siglo IX a.C.) en Tarquinia (Selciatello, tumba 77). La unión entre el mango y la hoja recuerda a las navajas de afeitar de idéntica cronología y adscripción local, lo que le dá un aire más tardío que los espejos sardos de inspiración submicénica, si bien mucho más antiguo que los espejos importados posteriormente a lo largo de las rutas griegas y fenicias clásicas (Hencken 1968). Los espejos ibéricos, representados en las Estelas, serían imitaciones locales de estos prototipos itálicos, no estando presentes los ejemplares orientales.

(1) Descubiertos en la necrópolis ática de Perati (1194-1050 a.C.). Uno de ellos fue encontrado in situ (tumba 16), de tal forma que la mujer allí enterrada pudiese "ver" su reflejo. En general, suelen estar asociados a fíbulas (de tradición micénica y no chipriotas), peines y pinzas (Iakovides 1987)

(2) Sin embargo, los mangos en marfil encontrados en Chipre no tienen nada que ver con los representados ni en Cerdeña ni en las Estelas del Sudoeste (cf. Buchholz y Karageorghis 1973)

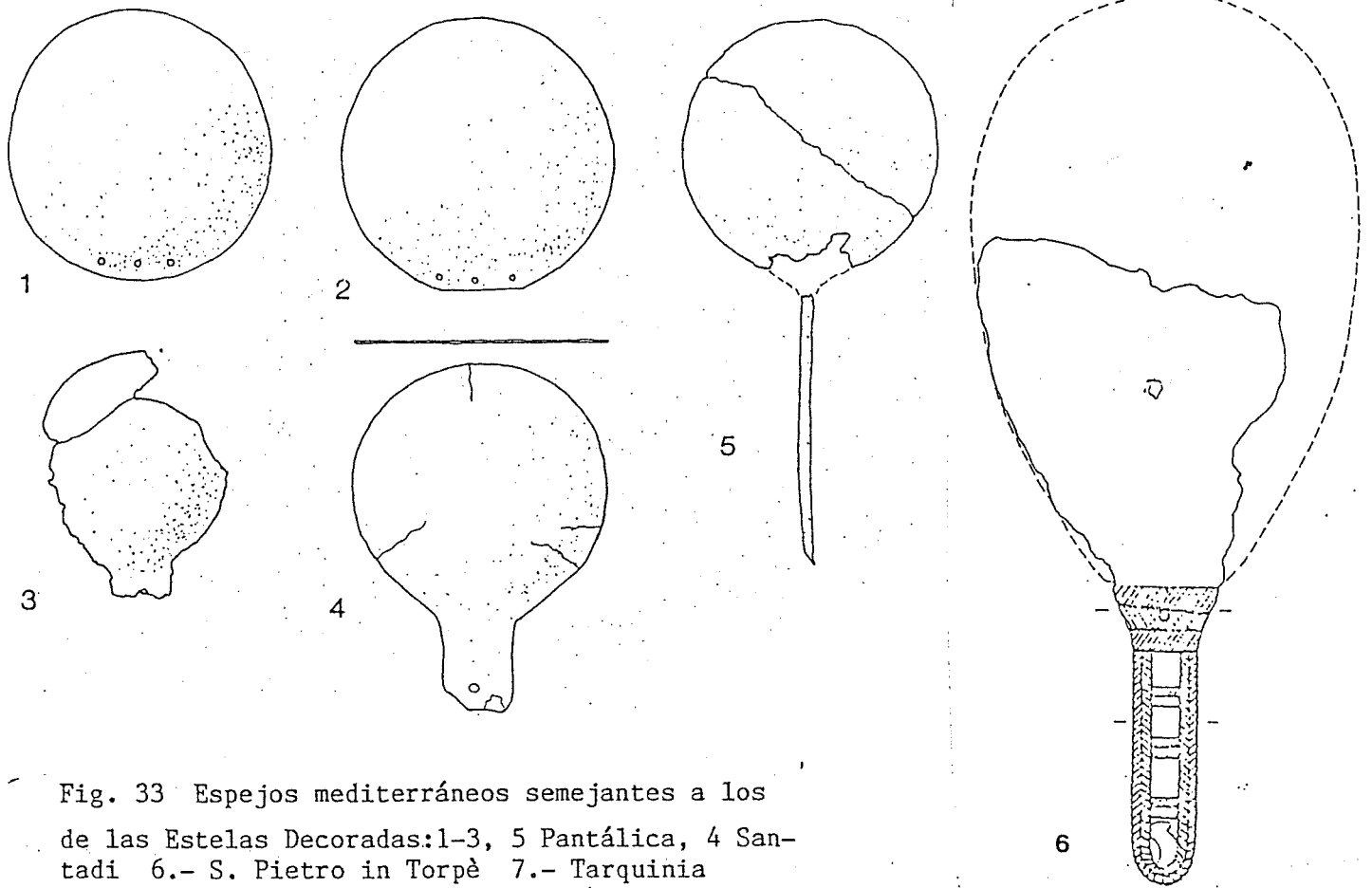
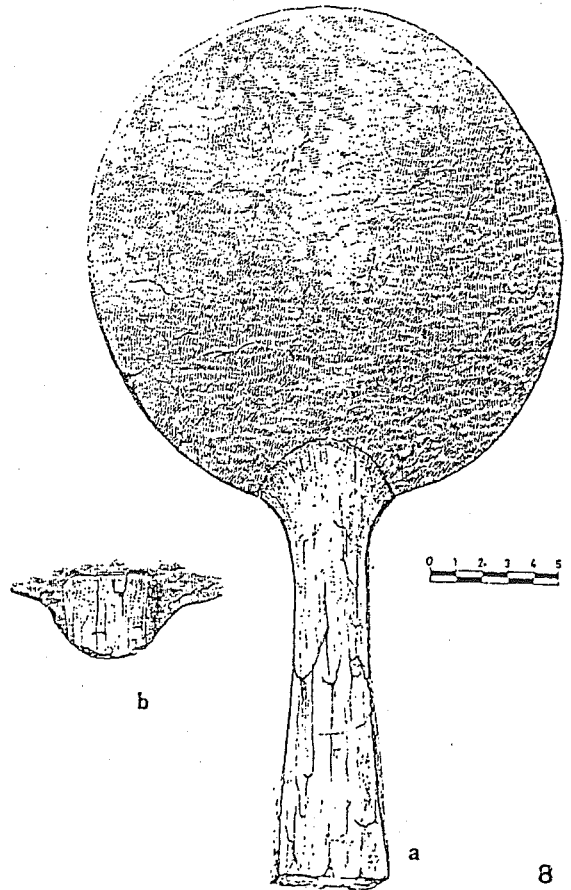
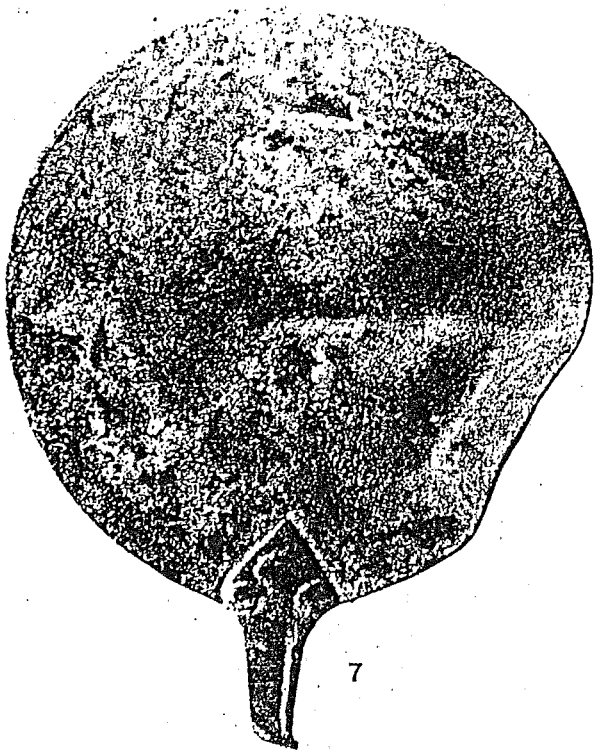


Fig. 33 Espejos mediterráneos semejantes a los de las Estelas Decoradas: 1-3, 5 Pantálica, 4 Santadi 6.- S. Pietro in Torpè 7.- Tarquinia 8.- La Joya (Huelva: Orientalizante)



Como conclusión a toda esta red de interrelaciones entre el Sudoeste de la Península Ibérica -el mundo de las Estelas Decoradas- y el Mediterráneo Central -especialmente la isla de Cerdeña- se desprende que el tantas veces aludido "componente oriental" en las Estelas no es tal, sino un reflejo de los intercambios que por aquel entonces (siglos X-IX a.C. (1) es decir, anterior a la Colonización fenicia) unía a la Península Ibérica con el Mediterráneo Central, el Círculo Atlántico y Centroeuropa, la mayoría de las veces a través de canales de distribución indirectos.

HIPOTESIS DE SERIACION Y ADSCRIPCION CULTURAL DE LAS ESTELAS

Del examen tipológico de los objetos metálicos del Bronce Final y los grabados en las Estelas Decoradas del Sudoeste se deduce la existencia de un triangulo de relaciones, contactos e intercambios, cuyos vértices se pueden situar en la fachada atlántica francesa, la Península Ibérica y el Mediterráneo Central. La Península Ibérica es el nexo de unión entre los dos puntos más extremos del triangulo, dada la presencia en la Península y en Cerdeña de ciertas variantes ausentes en Francia. Curiosamente, se ha observado que el mundo atlántico francés aporta a la Península Ibérica más de lo que recibe de ella y, a su vez, la Península ofrece a Cerdeña más de lo que obtiene de ella. La explicación que Ruiz Galvez da a este hecho se basa en la dependencia, por parte del centro metalúrgico francés (Vénat), de las materias primas que los otros dos, gracias a su privilegiada posición son capaces de controlar y de redistribuir, aunque no estén implicados en su obtención (Ruiz-Gálvez 1986).

Ahora bien, el hecho de que algunos de los elementos de la corriente de retorno procedente del Mediterráneo Central tengan a su vez su origen en el Egeo ¿no nos llevaría a postular una precolonización oriental de la Península Ibérica anterior a la colonización fenicia clásica? La gran mayoría de autores se muestra partidarios de esta hipótesis (Schauer 1983, Almagro Gorbea 1983, Maluquer 1985, entre otros). Así y todo, no faltan investigadores que se decantan por el indigenismo de ese comercio:

(1) La presencia de espadas Sa Idda en el depósito de la Falda della Guardiola, en Populonia, datable entre fines del siglo IX y principios del VIII a.C. obliga a suponer la llegada de los prototipos que lo inspiraron en un momento avanzado del siglo X o principios del IX a.C., que es la datación hoy aceptada para el depósito de Santa Marinella, con una espada tipo Huelva (Gras 1985, Lo Schiavo y Ridway 1986).

"Un argumento a favor del protagonismo indígena de ese comercio sería la falta de coincidencia entre el área de dispersión de las Estelas del Sudoeste, donde están representados tipos mediterráneos como fíbulas, espejos, carros, etc. con la metalurgia Baioes-Yénat, ni, lo que es más importante, con la zona minera de Huelva, lo que podría indicar la existencia de varios focos dedicados a la extracción y/o transporte de materias primas, con relaciones o clientela distinta" (Ruiz Gálvez 1986).

Lógicamente, el área de dispersión de las Estelas no tiene por qué coincidir con el área de la metalurgia Baioes-Yénat porque, a diferencia de lo que supone Ruiz-Gálvez, ni cultural ni cronológicamente coincide con ella. En efecto, ese horizonte del Bronce Final Atlántico III avanzado es propio de las comarcas con cerámicas tipos Penha, Sta. Luzia y Lapa do Fumo (Alpiarça), que sólo aparecen en Extremadura y la región de las Estelas como intrusiones esporádicas. Lo mismo cabría decir desde el punto de vista cronológico: Ruiz-Gálvez (1984b, 1987) defiende una mayor modernidad del horizonte Baioes-Yénat con respecto al de Huelva en vista de la morfología, más evolucionada, de sus espadas. Esta hipótesis puede ser errónea, dada la escasa frecuencia de aparición de las espadas tipo Yénat (1 ejemplar), y a la dispersión, estrictamente levantina, de las espadas Sa Idda, que no son propias del mundo portugués (Meijide 1988). El resto de elementos resulta, a grosso modo, contemporáneo: presencia de puñales Porto de Mós en el depósito de Huelva, así como puntas de lanza del tipo Yénat en el mismo depósito (Coffyn 1983). Sin embargo, las dataciones C-14 obtenidas en el castro de N.S. da Guia (Kalb 1974-1977) y en Bouça do Frade (Jorge 1988) -siglo VIII a.C.- servirían de apoyo a la afirmación de una mayor modernidad de este Horizonte.

Ahora bien, lo que no se puede pretender es caracterizar este grupo, única y exclusivamente como "presencia de la metalurgia Yénat en la Península Ibérica". El Bajo Tajo y el Centro de Portugal se incorporaron a los circuitos atlánticos antes incluso del Bronce Atlántico II, y no se identifica cesura alguna en su desarrollo. Es el mismo contexto regionalmente diferenciado (Cerámicas Penha, Sta. Luzia y Alpiarça) el que intercambia objetos de bronce desde el cambio del milenio. En esa región hay tantas espadas tipo Huelva como en el Guadalquivir, por lo que resulta errónea afirmar que entrase en funcionamiento como centro metalúrgico en una época tardía. Los resultados preliminares de las excavaciones de São Romão (Seia) y Bouça do Frade, en donde está presente la asociación de cerámicas propias del Horizonte Cogotas I (excisas y/o boquique) con la cerámica incisa Baioes/Sta. Luzia, insiste en la larga duración de este foco occidental (Senna-Martínez et al. 1986, Jorge 1988).

Pero, para hacer justicia a la hipótesis de Ruiz-Gálvez, sí que es cierto que el área de las Estelas se comporta de forma radicalmente distinta al Centro de Portugal, al menos en lo que se refiere a su comercio ultramarino. La primera diferencia puede establecerse a partir de los *productos* de ese comercio: la corriente mediterránea de retorno alcanza sólo levemente a la Extremadura Portuguesa; las fibulas de codo -aunque están presentes en Sesimbra-, las hachas de empuñadura transversal y las espadas Monte Sa Idda se concentran en Andalucía y la Meseta Norte (Coffyn 1983, Fernández Manzano 1986, Meijide 1988). Por otro lado, ciertos elementos como las hachas de cubo y de talon, las hoces y las cuchillas vinculan la fachada atlántica portuguesa con Cerdeña, faltando en el Guadalquivir y la Extremadura Portuguesa (Fernández Miranda 1986). Lo mismo cabría decir de las hachas con apéndices laterales, sólo que en este caso los hallazgos se producen tanto en la Italia Continental, como en Sicilia, Cerdeña, Portugal, Norte de España y la fachada atlántica francesa, con un pequeño núcleo en el Sudeste ibérico e ignorando el Guadalquivir.

Estas diferencias en los productos del intercambio entre los tres vértices del triángulo antes mencionado han sido interpretadas como constancia de la existencia de dos momentos cronológicos diferenciados: uno entorno al siglo X a.C., y que tendría su más claro testimonio en la distribución de las fibulas de codo, espadas de lengua de carpa y demás motivos representados en las Estelas, y una segunda fase, quizá más rica y dinámica, a partir del siglo VIII a.C., y que desde la Extremadura portuguesa será directo rival y competidor de los fenicios. De ahí

"cabe pensar que fueran los tartesios quienes desde el siglo X a.C. llevan a cabo, entre otras actividades, la de servir de intermediarios entre las áreas productoras de objetos metálicos de la costa atlántica ibérica y la suya propia y determinadas zonas del Mediterráneo Central, una vez que los micénicos han desaparecido de esos territorios. Hasta la llegada de los primeros comerciantes fenicios con capacidad para intervenir en tales negocios, lo cual difícilmente se pudo producir antes de los últimos años del siglo IX a.C., los tartesios debieron disfrutar de esa ruta... Pero el panorama cambia a partir del 800 a.C. (...)

Si Cádiz se funda para comerciar con los tartesios, bien pudieran los fenicios, además, hacerlo para sustituirles en el comercio hacia el Mediterráneo, de manera que aquellos se limitarían, desde el siglo VIII a.C. a servir de proveedores a los comerciantes tirios, facilitándoles no sólo productos obtenidos a partir de sus propias minas en la zona de Huelva, sino también manufacturas originarias de la zona atlántica portuguesa y, a través de ella, del llamado foco metalúrgico del SO. de Francia, es decir de los productos tipo Yéna" (Fernández Miranda 1986: 487).

Es curioso observar cómo los indicios de este comercio entre Iberia y Cerdeña no aparecen en las regiones ricas en cobre del Sudoeste ibérico -tardía ocupación de la desembocadura del Tinto/Odiel- potenciándose, por el contrario, la ruta extremeña, que pone en contacto los yacimientos de estaño y oro del Norte y Centro-Oeste peninsulares con los centros metalúrgicos atlánticos y del Mediterráneo Central. Esta cuestión, por tanto, está directamente relacionada con la adscripción cultural del fenómeno de las Estelas Decoradas del SO.: ¿son integrables en ese grupo vago e indeterminado que se ha dado en llamar "Civilización Tartesia"? ¿o constituyen, por el contrario, una "Cultura" específica en sí misma"?

La aparición de un importante subgrupo de las mismas (IIC-D) en el valle del Guadalquivir las ha puesto en relación con el substrato cultural de la región que, en época orientalizante, será uno de los núcleos más importantes de la Cultura Tartesia clásica. Ahora bien, esas Estelas parecen ser más modernas que las del Tajo o, incluso, las del Guadiana, por lo que se podría imaginar una *expansión hacia el sur* de las Estelas. Este hecho puede ser explicado recurriendo a dos hipótesis diferentes:

- * Las poblaciones autóctonas del Tajo y del Guadiana, súbitamente enriquecidas por su comercio con el Atlántico y el Mediterráneo (importantes recursos de estaño y oro) buscarían abrir rutas más directas hacia el Mediterráneo Central. La explotación de los recursos de Río-Tinto y el camino del Tinto-Odiel podría verse en esta perspectiva.

- * Las Estelas serían el reflejo indirecto de una población situada en los márgenes de las áreas prósperas (Bajo Tajo y Guadalquivir), grupos pastores y semionómadas que iniciarían una lenta migración hacia el sur a medida que eran aculturados. El saqueo de las ricas comunidades meridionales justificaría la presencia de objetos "exóticos" en el Tajo y el Guadiana.

Cualquier tentativa de opción entre una y otra deberá pasar por una correcta formulación de la evolución iconográfica de las Estelas que estipule la relación cronológica entre las septentrionales y las meridionales, relacionando, a su vez, los dos ejemplares portugueses que parecen, geográficamente, desconectados.

Prácticamente ningún autor ha formulado una sistematización lógica y coherente del desarrollo formal de las Estelas cuando se acercan al final del proceso. Son habituales afirmaciones como la de Fernández Miranda (1987), según la cual las Estelas se dividirían en

dos grandes grupos cronológicos: uno propio del siglo IX y otro del siglo VIII a.C., en función de la aparición o no de representaciones de fíbulas de codo y cascos de cimera, lo cual sólo en parte es cierto. M.C. Fernández Castro ha desarrollado esta hipótesis, afirmando que la transformación iconográfica de esas Estelas (aparición de la Figura del "Guerrero Heroizado") tiene una significación cronológica (esas Estelas serían más modernas), geográfica (son más frecuentes e iconográficamente más complejas en el sur -Andalucía- y en el valle del Guadiana) y "socio-cultural" (Fernández Castro 1988: 500).

Para Almagro Gorbea (1977) lo que se constata es una progresiva complejidad de la estructura compositiva, apareciendo al final del proceso una cierta "narratividad" en las escenas representadas. Ahora bien, si fuese cierto que las Estelas más complejas son las más tardías, entonces resultaría incomprensible la ausencia de Estelas "tardías" en la Alta Extremadura, lugar donde se originó el proceso. Esta observación es, además, contradictoria, ya que no explica el por qué de la desaparición del fenómeno en un momento en que las piezas muestran el mayor nivel técnico y conceptual.

El estudio que M. Bendala publicó (1977) acerca de la Estela del Cortijo de Gambarrillas (Ategua) ha sido el desencadenante de la mayor parte de los errores y consideraciones sin fundamento. El propósito de paralelizar esas representaciones con el ritual funerario griego de época Geométrica me parece la fuente de los errores cronológicos y de adscripción cultural con que suele abordarse el estudio de estos monumentos. Lo que muestra la estela de Ategua son las tres fases características de un rito de transición:

- El rito de sacralización o separación. La persona moral es transferida del mundo secular profano al mundo sagrado. La persona *muere*
- El estado marginal. La persona moral está en una condición hierofánica, tiene el espíritu suspendido. El tiempo social ordinario se ha detenido.
- El rito de desacralización o agregación. La persona moral vuelve al mundo profano. La persona *renace*; el tiempo secular reemprende su curso (Barceló 1984).

La primera fase - *Separación* - está caracterizada por la manifestación del dolor con lágrimas y alaridos, correspondiendo en proporción directa a mayor dolor, mayor estruendo. Esta lamentación extravagante, exagerada y dilata por el muerto está considerada como un tributo a su valor para la comunidad. En la Estela de Ategua esos sollozos rituales estarían representados

en la pequeña figura en posición suplicante. La fase *liminal* o de transición propiamente dicha se iniciaría con los sacrificios y el "viaje" del muerto (¿transporte del cadáver?). En último lugar, la comunidad festeja con cánticos y danzas la conclusión del ritual, celebrando la *integración* del fallecido en el imaginario social.

M. Bendala (1977) "lee" correctamente las distintas representaciones, pero al no interpretarlas dentro de una Teoría Antropológica más amplia, no encuentra otro remedio que comparar esas prácticas rituales con aquellas que dice conocer: las de la Grecia de la Época Geométrica. Ciertamente, no es éste lugar para un análisis del rito funerario griego (cf. Barceló 1985, especialmente los capítulos II y III, dedicados al funeral homérico); lo que sí resulta imprescindible señalar es la *universalidad* de la estructura en tres fases del rito de transición (p.e. entre los indoeuropeos, cf. Hansen 1980). No se trata, sin embargo, de un Lenguaje Simbólico compartido por todos los grupos sociales, sino del mismo fenómeno que hace que cualquier lenguaje comparta una misma estructura sintáctica y semántica (Leach 1971, Thomas 1975, Lauf 1980, Barceló 1984). La Estela de Ategua no tiene por qué responder a un modelo de inspiración griega, sino que es reflejo de la estructura general propia de los rituales de transición.

En consecuencia, la "complejidad" iconográfica de la Estela del Cortijo de Gambarrillas no tiene un correlato cronológico, pues no hay necesidad alguna de compararla con el mundo reflejado por las Colonizaciones clásicas. Ahora bien, si las Estelas no tienden a la complejidad de la estructura conceptual de la representación, ¿cómo se podrá caracterizar su "decadencia" y posterior desaparición? El mayor error estriba en pretender buscar una única evolución en las Estelas; como mínimo habría que definir tres líneas evolutivas, una en cada región. De esta forma, se podría entender el fenómeno de las Estelas como las distintas realizaciones de unas acciones sociales paralelas, pero distintas entre sí.

La "complejidad" o narratividad de las representaciones en las Estelas tanto pueden ser criterios cronológicos, geográficos o "sociales". Faltan elementos fiables con los cuales contrastar las distintas Estelas para poder obtener una adecuada datación individual. Ni siquiera el hallazgo de nuevos ejemplares permitirá profundizar en esa cuestión, sólo con un gran número de hallazgos de Estelas en un contexto arqueológicamente significativo se podrían plantear nuevas generalizaciones y, a partir de ellas, una datación Estela por Estela. En la ausencia de un tal registro arqueológico, debemos limitarnos, para no vulnerar los requisitos mínimos de objetividad, a una seriación aproximativa de todo el conjunto, que respete la individualidad de los distintos núcleos geográficos.

En la Alta Extremadura, la Estela más antigua parece ser la de Baraçal, datable entorno a los siglos XI-X a.C. Las que le siguen pueden situarse en un momento indeterminado del Bronce Final Atlántico III (X-IX a.C.), según la datación otorgada al complejo de espadas de lengua de carpa. La identidad del criterio compositivo de estas Estelas y la más antigua es un rasgo aún por explicar: ¿es la Estela de Baraçal el ejemplar propio de una región marginal que aún conservaba espadas pistiliformes? ¿acaso la distancia temporal entre ella y las restantes es muy reducida? En cualquier caso habría que conocer los correlatos en el registro arqueológico de armas tan peculiares como las de Fóios y Robledillo de Trujillo, posiblemente tan antiguas como la de Baraçal.

Las Estelas del Subtipo IIB de Almagro Gorbea y Gomes/Monteiro son más difíciles de situar cronológicamente. Tradicionalmente se asume que son más modernas, si bien todos los elementos que aparecen son explicables perfectamente en el Bronce Atlántico III. ¿Fueron contemporáneas ambas clases, respondiendo sus diferencias a la peculiar estructura social de esas comunidades prehistóricas? Si las Estelas del Subtipo IIA fuesen más antiguas que las del IIB, dado que éstas están bien datadas en los siglos X-IX a.C. por la presencia de fíbulas de codo, cascos de cresta y espadas de lengua de carpa, entonces *todas* las del Subtipo IIA, debieran figurar elementos propios del Bronce Atlántico II, lo que es cierto para algunas, mas no para todo el conjunto. En definitiva, lo más que se puede afirmar es que las Estelas del Subtipo IIB *parecer* interpretarse como un enriquecimiento del esquema compositivo de las primeras Estelas del IIA, algunas de las cuales, coincidirían en el mismo momento cronológico. En ocasiones, incluso, sería imaginable la reutilización de Estelas IIA convirtiéndolas en IIB (hipótesis de M.V. Gomes, comunicación personal).

En el valle del Tajo y la Alta Extremadura hay seis Estelas con figura humana. Según la hipótesis tradicional debieran ser más modernas que las del tipo IIB. De ellas la más antigua es, seguramente, la de Las Herencias (Toledo), dado el carácter del antropomorfo y su equilibrio compositivo en relación con el escudo. A idéntico modelo y cronología responden Zarza de Montánchez y Solana de Cabañas. Torrejón del Rubio III, por su parte, ante el desarrollo iconográfico de la figura humana, podría datarse en un momento inmediatamente posterior. Ahora bien, la presencia de un casco de cimera y una fíbula de codo en la Estela de Las Herencias asegura idéntica cronología que las del tipo IIB (Brozas y Torrejón del Rubio I, por ejemplo). ¿Hay que concluir entonces, la contemporaneidad de los tres tipos de Estelas en el valle del Tajo? Cabe señalar, no obstante, que *todas* las Estelas IIA y IIB son datables en un momento anterior o contemporáneo a las Estelas IIC de la región, ninguna posterior -quizás con la excepción de la de Tres Arroyos, ya en el valle del Guadiana- lo que permitiría plantear la sustitución de una

estructura iconográfica por otra a lo largo del siglo IX a.C.

Por el número de Estelas encontradas, el valle del Zújar aparece como la región más densa en esos hallazgos (1). Esto hace que el valle del Guadiana parezca más como un área de enlace con el valle del Tajo, que un núcleo en sí mismo, lo cual se debe única y exclusivamente al número de piezas conocidas hasta hoy. En cualquier caso, las diferencias con la región septentrional son muy claras, dado el predominio casi absoluto de las Estelas con figura humana.

De hacer caso al criterio tradicional -relación iconográfica entre el escudo y la Figura Humana-, las Estelas más antiguas de este área (las de Cabeza de Buey, todas ellas muy semejantes entre sí) serían algo más modernas que las de Las Herencias, Zarza de Montánchez y Solana de Cabañas. ¿Es esto un rasgo cronológico o una característica geográfica? A mi modo de ver ambas hipótesis tienen visos de verosimilitud: por un lado podría opinarse que las Estelas IIC del valle del Tajo son una imitación de las del Guadiana-Zújar, lugar en el que aparecerían; por otro lado, si se acepta que la forma del antropomorfo o figura humana es lo que rige su evolución formal, entonces se definiría un primer conjunto, caracterizado por el esquematismo y rudeza en el grabado, que se iría asentando hasta lograr una representación con un relativo grado de naturalismo, volviendo, paulatinamente al esquematismo por extinción de la fórmula iconográfica. En ese caso las Estelas del valle del Tajo, incluyendo S. Martinho II, se impondrían como las más antiguas, aunque su desarrollo parece concluir en una fase relativamente cercana al momento de mayor naturalismo (p.e. Torrejón del Rubio III). ¿Cómo evolucionarían las Estelas septentrionales a partir de ese momento? ¿Volverían a la tradición no antropomorfa? ¿Desaparecerían bruscamente? Torrejón del Rubio II, tanto por su carácter femenino como por los objetos grabados -fíbula de pivotes- es considerablemente moderna, refleja un considerable naturalismo en la representación y una relativa sencillez del esquema compositivo.

Desarrollando la hipótesis anterior, se llega a la aseveración de que en el Guadiana-Zújar la evolución tampoco es homogénea: de Cabeza de Buey I-III se pasaría a las Estelas de Capilla III,

(1) Sin embargo, los minuciosos trabajos de prospección realizados en la zona con motivo de la construcción del pantano de La Serena han dado un resultado totalmente infructuoso a la hora de localizar los poblados o necrópolis a los que debieran asociarse esos monumentos. J.J. Enríquez me comunica que esa falta de hallazgos quizás se deba a la peculiaridad de la forma del habitat: la prospección se ha reducido al valle inundable por el pantano, cabe la posibilidad, entonces, de un poblamiento en las alturas y los cerros. Mi agradecimiento al Dr. Enríquez y a S. Celestino por las informaciones que me han facilitado al respecto.

El Viso I y III, Monte Blanco y Zarza-Capilla, que sería la Estela más compleja y naturalista (1). Ninguna de ellas muestra -a excepción de Cabeza de Buey I-II (con fíbulas y casco de cresta)- objetos datables en el Bronce Atlántico III. Ninguna de las espadas permite una identificación segura con las de lengua de carpa. En consecuencia, aparentemente, se puede sostener su posterioridad con respecto de las de semejante tipología del valle del Tajo: se constata una *expansión hacia el sur* a partir del siglo IX a.C. (¿quizás durante el siglo VIII a.C.?).

A partir de estas Estelas, el modelo degenerará, perdiendo naturalismo y ganando, por el contrario, en esquematismo. Fuente de Cantos, Magacela, Esparragosa, Benquerencia, Viso IV, Orellana, Viso II, Valdetorres. Al igual que las anteriores faltan elementos cronológicos fiables, pero todo parece indicar que hay que datarlas con posterioridad al complejo de espadas de lengua de carpa-fíbulas de codo-cascos de cresta o cimera.

Un proceso semejante es el que se registra en el valle del Guadalquivir, donde la Estela más antigua parece ser algo más evolucionada que Torrejón del Rubio III: Ecija I-III, Burguillos, Montemolín, Cuatro Casas y Ategua, las cuales contrastan, por su progresivo naturalismo y complejidad compositiva, con Setefilla y Torres Alcaz, mucho más esquemáticas y, quizás por ello, más tardías.

En Portugal, los hallazgos son demasiado escasos como para establecer una evolución consecuente, y además no están conectados geográficamente. La Estela de Figueira podría situarse en un momento paralelo a la de Las Herencias, por el carácter esquemático de la figura humana y la tipología de la punta de lanza. Ervidel II, es una de las Estelas más "naturalistas" y complejas. Su datación es bastante clara (fíbula de codo y espada de lengua de carpa) en los siglos X-IX a.C., si no antes. ¿Hay que extender entonces esa cronología a todas las Estelas que, formal e iconográficamente, se le parecen? En cualquier caso esa regla no habría que aplicarla con excesivo rigor, pues las distintas líneas evolutivas, peculiares a cada región, pueden haber sido independientes y sin relación unas con otras. Un proceso que del esquematismo lleva al naturalismo y de allí vuelve a un esquematismo distinto, no obstante, al de partida, es un proceso lógico y genérico, no precisa haber sido "impuesto".

En definitiva, Estelas como Benquerencia, Orellana, El Viso II, Setefilla, Valdetorres y Torres Alcaz muestran claramente el agotamiento de la fórmula iconográfica. Por el momento ninguna de ellas ha aparecido en la Alta Extremadura, a no ser que incluyamos la de Belalcázar o

(1) Representación del faldellín del vestido en el antropomorfo.

las casi indescifrables de Valencia de Alcántara. El primer caso obligaría a considerar nuevamente la Estela de Torrejón del Rubio II, tardía y que responde a otro tipo de estructura social (mujeres en el vértice de la jerarquía social), pero que no refleja agotamiento de la fórmula iconográfica: el criterio de representación del rostro es casi idéntico al de Torrejón del Rubio III. En consecuencia, y a la espera de nuevos hallazgos:

- las Estelas de la Alta Extremadura debieron perdurar hasta época relativamente tardía (¿siglos VIII-VII a.C.?) sin grandes cambios apreciables, dado su menor contacto con el mundo colonizador, lo cual haría que el cambio cultural llegara allí más tarde
- las Estelas del Guadiana-Zújar-Guadalquivir, que debutan en un momento algo más tardío que las septentrionales y de resultas de influencias procedentes del área del Tajo, sí que experimentarían el agotamiento de la fórmula iconográfica a medida que su estructura social se transformaba y se adoptaba un nuevo rito funerario.

TERCERA PARTE

INTERPRETACIONES DE UNA EVOLUCION HISTORICA

Capítulo XII

El "Origen" de la Estratificación Social en la Península Ibérica

La cronología de las Estelas Decoradas del Sudoeste las sitúa en la época inmediatamente anterior al inicio de la Colonización Fenicia. Más aún, la hipótesis que desarrollaré en las páginas siguientes plantea la "desaparición" del proceso responsable de la *forma* específica de esos monumentos, precisamente, *a causa* de las transformaciones socioeconómicas generadas por la llegada de los comerciantes orientales. El orden social en el cual encontraron su razón de ser las Estelas fue alterado bruscamente, por lo que las Estelas Decoradas dejaron de ser "necesarias" como elemento de la Cultura Material de esos grupos humanos.

LA TRANSICION HACIA LA SOCIEDAD DE CLASES

El principal rasgo distintivo de una *Sociedad de Clases* es el control y dominio (propiedad) de los medios de producción y canales de redistribución del excedente en manos de unos pocos miembros de la comunidad, de tal forma que los "derechos" implícitos en ese control se transmiten de forma hereditaria. Esta clase de estructura social contrasta radicalmente con la de la *Sociedad de Roles de Privilegio*, en la cual ciertas funciones sociales, debido a su contenido "ideológico" que trasciende la esfera de la producción, se hallan ritualmente (simbólicamente, esto es, de forma no "evidente") definidas; su control sobre los medios de producción está mediatizado por el dominio que la Comunidad en su conjunto ejerce sobre esas funciones, en la forma de relaciones de parentesco, obligaciones políticas, ceremoniales, etc. La reproducción de éste último orden social está basada en la dialéctica recíproca entre el Personaje socialmente

magnificado y la Comunidad que lo magnifica: cuanto más necesario para la supervivencia del grupo es el rol o la función social desempeñada, mayores son los privilegios con los que se le considera, así como sus obligaciones. Por el contrario, en una *Sociedad de Clases* la reproducción del orden social se basa en la capacidad con que las Clases dominantes coercionan a las Clases dominadas.

Es indudable que la figura del guerrero y la del caudillo o arbitro entre conflictos, se sitúa en estas coordenadas. Su posición de privilegio viene dada, tanto por los beneficios que la comunidad recibe con su actuación, como de su ubicación en las relaciones de parentesco. Son éstas las que, en una Sociedad de Roles de Privilegio, controlan los medios de producción y los circuitos de redistribución del excedente.

Sin ser una precondition indispensable para la existencia de una Sociedad de Clases, lo cierto es que el equilibrio inestable paradigmático en las Sociedades de Roles tiende a pulverizar las limitaciones "rituales" e imponer una progresiva coerción en el seno del orden social. La indefinición de lo que es y no es "ideológico" en el orden social conlleva una falta de criterios permanentes para valorar las diversas funciones sociales; de ahí que se precisen objetos (símbolos) para poder centrar y focalizar la valoración social de los personajes. Más esos "objetos" están encadenados, a su vez, a la esfera de la producción, por lo que cualquier cambio en ella provoca, a su vez, un cambio en las formas de valorar la "Ideología": en el momento en que el volumen de la producción, por ejemplo, rompe los reducidos cauces de una redistribución controlada por relaciones de parentesco, los Roles de Privilegio proceden a sustituirlas, pasando a dominar paulatinamente los medios de producción.

Se trata de un fenómeno bien descrito por los antropólogos: entrada de nuevos y valiosos productos en la antigua red de intercambios; imposibilidad de su restricción a unos pocos personajes selectos dada la facilidad de su adquisición; expansión de la red para incluir un área mayor; aparición de la especialización técnica en algunos puntos centrales.... Para transformar el sistema sin que se alteren los Roles de Privilegio, esos bienes intercambiados son nuevamente valorados en términos sociales y/o utilitarios, restringiéndose su acceso tanto social como geográficamente. Cuando los nuevos productos desempeñan un importante papel, pero su disponibilidad está restringida, no se convierten en meras adiciones a la red preexistente, sino que actúan de catalizadores de su transformación. Se produce un incremento en ciertos intercambios, mientras que otros se atrofian. Ante el aumento de la demanda por los nuevos bienes revalorados, sólo aquellos miembros de la comunidad que pueden acceder a los bienes e incrementar su producción, prosperarán (cf. para más detalles acerca de esta cuestión, Spence 1982).

Esta es la hipótesis que propongo para explicar el origen de la Estratificación Social en la Península Ibérica a principios de la Edad del Hierro: ciertos personajes, situados por su propia naturaleza "ideológica" en el centro de las relaciones de intercambio, se liberaron de las obligaciones recíprocas que una Sociedad de Roles les imponía, aprovechando un entorno económico en transformación, el aumento de la producción, la competencia que de él se deriva, la crisis del sistema tradicional de valores provocada por la revalorización como material de uso y no de privilegio del bronce. Al vulnerar los controles comunitarios, esos mismos Personajes llegaron a dominar de forma efectiva unos medios de producción (tierra, minería, fuerza de trabajo) que antes sólo revertían parcialmente en ellos. Fue el Comercio Fenicio el que alteró la naturaleza de los intercambios, incrementando bruscamente el volumen del comercio y transformando, consiguientemente, toda la estructura de la producción y redistribución de productos no implicados directamente en la supervivencia de los grupos locales.

Este cambio vino marcado por el paso del eje de la actividad productiva desde la agricultura/ganadería (Subsistencia) a la minería:

"La demanda que de metal ejercían los semitas desde sus asentamientos coloniales tuvo el efecto de producir una especie de unificación de la estructura económica regional. En el periodo prefenicio, las prácticas ganaderas y agrícolas dominantes configuraban la infraestructura económica caracterizada a nivel regional por la multiplicidad de pequeñas unidades dependientes cada una de ellas del control efectivo que ejercían las respectivas comunidades locales. La demanda fenicia habría de transformar este panorama, incidiendo de manera directa en la generalización a nivel regional de las nuevas necesidades y prácticas económicas. Se hacía preciso un control efectivo sobre las zonas de producción metalífera y sobre las vías internas de comunicación. Ello implicaba una universalización de intereses a nivel regional: todos los interesados en beneficiarse del comercio fenicio se encontrarían así mismo interesados en el control de las zonas mineras y de los caminos internos hacia la costa, estuvieran o no en sus territorios tradicionales. Tal unificación regional proporcionaba un cauce al desarrollo de la unificación política" (González Wagner 1983).

Es decir, el aumento de la demanda de metal (Fernández Jurado 1986, Fernández Jurado y Ruiz Mata 1985) fue lo que debilitó las estructuras sociales al orientar a las unidades domésticas de producción hacia el exterior: la solidaridad interna cedería ante la ostentación.

Los fenicios establecieron una serie de colonias en la costa sudoriental de España, no sólo en función del "comercio" con Occidente, sino también de la ocupación de la tierra y control del hinterland. Si a este hecho se le asuma la necesidad de un intercambio a gran escala para renta-

bilizar las inversiones de los Imperios Orientales, se entenderán las causas fundamentales de la transformación que experimentarían los grupos humanos ibéricos a partir de fines del siglo VIII a.C. (Aubet 1986, 1987, 1987a, Gasull 1986).

Colonización implica intercambio desigual, es decir, apropiación de un producto valioso a cambio de otro de ínfimo valor para la potencia colonizadora. La mayoría de autores afirman este extremo en lo que se refiere al comercio entre Gadir y Tartessos: grandes cantidades de plata a cambio de aceite, vino y baratijas. Más de la mitad del material fenicio en Andalucía Occidental está formado por ánforas de transporte y contenedores. También hay evidencias de la práctica del don o regalo, ofrecido por los mercaderes gaditanos a un jefe indígena a cambio de una contrapartida económica: el libre tránsito de mercancías a través de su territorio:

"En otras palabras, un sistema de comercio típicamente colonial: la producción de auténticos artículos para la "exportación", como son los envases para ungüentos y perfumes, que a juzgar por su amplia distribución en Andalucía, puede considerarse uno de los éxitos del comercio fenicio, en la medida en que fueron capaces de crear una demanda de pequeños artículos de lujo allí donde no la había" (Aubet 1987: 251).

El intercambio de regalos y dones recíprocos constituyó uno de los mecanismos utilizados por el comercio fenicio para alcanzar sus objetivos, pero no debió estar reducido a las élites hasta entonces dominantes en las comunidades indígenas (Roles de Privilegio), pues su control de los medios de producción era indirecto y muy limitado. Los fenicios hubieron de aprovechar la desintegración paulatina de la Sociedad de Roles, acentuando y acelerando su transformación, ampliando y extendiendo los canales de intercambio recíproco para estimular un aumento drástico de la producción. Sólo así se puede entender el proceso hacia la urbanización y la sociedad de clases (Ruiz Rodríguez 1977, Arteaga 1985). Es importante destacar que la dispersión de las "tumbas principescas" del periodo orientalizante coincide con puntos estratégicos para el control de las rutas de acceso a las minas de cobre y plata de Rio Tinto (La Joya), de las vías de transhumancia o pasos naturales hacia las minas de Sierra Morena (Cañada de Ruiz Sánchez, Acebuchal, Setefilla), de las vías fluviales (Torres Vedras) o de la ruta hacia las minas de oro del Noroeste (Aliseda) (Aubet 1984).

Es indudable que el comercio fenicio utilizó idénticos canales de transmisión que los intercambios entre el Sudeste ibérico y Cerdeña durante los siglos X-IX a.C., para poder aprovecharse a su vez, de los contactos del mediodía peninsular con el Círculo Atlántico. Prueba

de ello es que la irrupción inicial de importaciones no alteró la estructura social; la aparición de una "aristocracia tartesia" sólo es segura a partir del 650 a.C. (Aubet 1984), es decir, casi un siglo después de la primera llegada de materiales "exóticos" a las costas ibéricas. De esta forma es posible prescindir de la generalizada creencia en una precolonización a partir del siglo XI a.C. para explicar el inicio de la explotación minera en Huelva: los hallazgos de cerámica pintada tipo Carambolo en Castillo de Doña Blanca, Huelva, San Bartolomé y Chinflón, entre otros, dan indicio de la actividad minera en esa región con *anterioridad* a las importaciones fenicias (Ruiz Mata 1984). Esa precolonización -caso de existir- debió circunscribirse a un siglo, desde fines del siglo IX a.C. (1) y durante el siglo VIII a.C., tendiendo paulatinamente a una cada vez mayor influencia en el sistema de producción.

El registro arqueológico de dos yacimientos, uno en el Sudoeste, otro en el Sudeste, muestran a la perfección el desarrollo del proceso. El poblado de San Bartolomé de Almonte (Huelva) refleja una organización social dividida en grupos autosuficientes que realizan todas las actividades económicas, comerciales y de subsistencia (Fernández Jurado 1986, Fernández Jurado y Ruiz Mata 1986); corresponde, por tanto, al momento de llegada de las primeras importaciones, sin alterar el tejido social autóctono. En Acinipo (Ronda, Málaga) se observa, durante el siglo VIII a.C. la importación de materiales fenicios coincidiendo con los primeros cambios apreciables en las cabañas del Bronce Final, que adoptan la planta rectangular, aunque mantienen la mayor parte de subestructuras, ordenación y funcionalidad de las casas anteriores: no hay todavía ruptura, si bien el principio de una transformación socioeconómica se hace notar (Aguayo et al. 1986). Ello indicaría que ese primer contacto con las colonias no produjo un cambio importante en la estructura socioeconómica, sino que éste se producirá poco a poco, con un ritmo desigual en las distintas zonas. A lo largo del siglo VII a.C. y ya desde el VIII a.C., todas las sociedades prehistóricas del sur peninsular adoptarán con mayor o menor fidelidad el modelo de casa y la organización urbana de las colonias, lo cual es ya indicativo de un importante cambio socioeconómico.

El siglo VII a.C. es el momento en que se registran importantes transformaciones sociales en el resto de la Península, motivadas también por el fenómeno colonizador. En la Meseta, por ejemplo, se inicia la sedentarización asociada a un importante cambio en la estrategia económica

(1) Si fue o no el comercio fenicio el responsable del inicio de la explotación de Río Tinto o bien el que estimulara por vía indirecta -aumentando la demanda de metal en Cerdeña- no afecta a la anterior argumentación. La falta de material de importación en los primeros estratos de Huelva, Chinflón y San Bartolomé es indicativo, sin embargo, de la escasa fuerza de ese impacto extranjero. Es más lógico suponer, entonces, que fuera el comercio indígena lo que llamó la atención de los mercaderes del Mediterráneo Central.

(Horizonte de Soto de Medinilla, interpretado a veces como penetración de elementos culturales procedente de los Campos de Urnas del Noreste), que desembocará finalmente, a partir del siglo V a.C., en una sociedad plenamente estratificada (Blasco 1986, Castro 1986, Ruiz-Gálvez 1985/1986, Sacristán 1986). La circulación de materiales importados procedentes de los centros coloniales (Pereira y Alvaro 1986, Fernández Rodríguez 1987) sería no sólo el reflejo, sino el desencadenante de esa transformación. En esta región y al igual que en el Noreste, se pasó de una típica sociedad de Roles, con economía de subsistencia, menos desarrollada, por tanto, que la del sur, a una sociedad estratificada, en cierto modo paralela (Ruiz Zapatero 1983-1984, Ruiz Zapatero y Fernández Martínez 1985), lo cual puede explicarse a partir de la semejanza de los procesos causales implicados.

Extremadura, la región entre la cuenca del Tajo y la del Guadiana, el núcleo clásico de las Estelas Decoradas del Sudoeste, no permaneció ajena a estas transformaciones (Almagro Gorbea 1977, Enríquez y Hurtado 1986). A este respecto es interesante destacar como no coincide la dispersión de "tumbas principescas" orientalizantes con la de las Estelas Decoradas, prueba de que se trata de fenómenos muy distintos. Ciertamente, cabría citar las tumbas de El Carpio (Toledo) y de La Aliseda en esa región, o incluso Setefilla, ya en el Guadalquivir, en cuya necrópolis se encontró una Estela, mas ello significa, tan sólo que a partir del siglo VII a.C., esas regiones estuvieron sujetas a idénticas transformaciones que el resto de las áreas culturales de la Península.

ESTELAS DECORADAS Y "ELITES GUERRERAS" (I)

Lógicamente, si el siglo VII a.C. es el momento de origen de la Sociedad de Clases debido a unos impulsos exteriores al sistema que aceleraron un proceso interno de descomposición, las Estelas Decoradas del Sudoeste, que en su mayor parte son anteriores cronológicamente, no "reflejan" esas circunstancias.

¿Por qué es errónea una hipótesis que mencione la existencia de una Sociedad de Clases en el trasfondo del fenómeno de las Estelas Decoradas del Sudoeste? El primer motivo es, obviamente, cronológico: las Estelas reflejarán la estructura social del momento cronológico al que pertenecen y no de otro. ¿Es posible, entonces, inferir la presencia de una Estratificación Social durante los siglos IX-VIII a.C.? El núcleo de toda la discusión está en dar por sentado el hecho de que las Estelas representan la existencia de un grupo privilegiado en la Comunidad, que domina

al menos los circuitos de redistribución, ya que es el único que recibe y por ello ostenta los productos de un intercambio con ciertas potencias con intereses económicos en la zona. Por el contrario, a la luz de los conocimientos actuales, esas Estelas pudieran ser, perfectamente, un símbolo común a *todos* los guerreros de la Comunidad y, por extensión, a todos los varones. Es decir, de la idea misma de una Estela con figuraciones de armas y otros objetos no debe deducirse, necesariamente, la concepción de una sociedad desigual, con acceso diferenciado a los medios de producción. La figura del "guerrero", de hecho, no tiene por qué ensalzarse por encima de otras, ya que todos los varones son guerreros, con diferencias en valor y fuerza (número de enemigos vencidos), pero aptos por un igual para la lucha y el combate. No, es erróneo pensar en guerreros como "casta" o "clase social" diferenciada.

Otro problema, ligado con el anterior, estriba en la necesidad de un cambio en la estructura social para poder justificar el origen de esos monumentos. Si las Estelas representasen única y exclusivamente una *función social* y no a un individuo privilegiado, entonces carecería de importancia la irrupción de factores externos al sistema: evidentemente, éste no se ve transformado, sino que perdura bajo otras apariencias; los nuevos objetos puestos en circulación sólo *sustituyen* a los items ideotécnicos antes usados para valorar esas mismas funciones, las cuales no han variado en nada.

Es un lugar común afirmar que el modo de producción durante el Bronce Final era esencialmente doméstico, sin acumulación de riqueza ni comercio lucrativo; el sistema económico estaría, pues, sumido en un estado de anarquía primitiva corregido por los vínculos de parentesco y las relaciones sociales de reciprocidad que estas suponen (González Wagner 1983). En consecuencia, para los autores que parten de esa hipótesis inicial resulta absurdo suponer la existencia de "clases" o "élites" en ese contexto. Dado que los personajes representados en las Estelas muestran la posesión de objetos exóticos "Importados desde el Mediterráneo Oriental" (Hipótesis Tradicional de Almagro Basch 1966, cf. Blazquez 1985, 1987, Bendala 1987, etc.), esos monumentos sólo pueden ser explicados en el esquema de la transformación social generada por la llegada de comerciantes griegos y/o semitas:

"de una forma lenta y paulatina este Bronce Final Atlántico que arraigó en Extremadura y cuya máxima expresión lo constituyen los tesoros de oro, va a sufrir la influencia del creciente foco cultural tartesio de Andalucía Occidental hasta quedar en gran parte absorbido por él. La llegada de estas influencias sentaron las bases que hicieron posible el hecho de que Extremadura entrase a formar parte del hinterland tartesio. Más tarde y posiblemente con los tartesios como

intermediarios se introducirán los elementos culturales mediterráneos que darán lugar al Periodo Orientalizante. Este cambio de polo de atracción no supuso ruptura alguna con el Bronce Final Atlántico, el cual también extendía su zona de acción por las costas andaluzas del Sur, donde quizás el comercio de metales constituyó un factor importante en el desarrollo económico del mundo tartesio. Únicamente pasó que las influencias que irradiaban sobre todo del Oeste pasaron a ser sustituidas por otras procedentes del Sur, tal vez ya desde fines del siglo X a.C., pero con seguridad durante el IX a.C. y primera mitad del VIII a.C." (Enríquez y Hurtado 1986: 59).

Esas "influencias" externas al sistema, procedentes del Mediterráneo Oriental y que llegan, necesariamente, antes del siglo VIII a.C. remiten al concepto, sin contrastación hoy en día, de la Precolonización. La transformación sería entonces muy semejante a la producida en época Orientalizante clásica, sólo que dos ó tres siglos antes: las Estelas que mostrasen la figuración de espejos, peines, fíbulas, carros, etc., serían consideradas el testimonio de unos personajes implicados en intercambios recíprocos (dones) con los comerciantes orientales; esos "regalos" serían los que habrían vulnerado el carácter igualitario reflejado en las primeras Estelas.

La extraordinaria homogeneidad formal de las primeras Estelas de la serie (IIA) contrasta con la gran variabilidad individual de las últimas: da la impresión como si la progresivamente mayor cantidad de objetos nuevos en circulación (fíbulas, espejos, peines, etc.) se sumase -no sustituyese- a la anterior forma de definición de los personajes que usan las Estelas como representación. La pregunta se debe plantear, entonces, en los siguientes términos: ¿Hay una diferencia apreciable en el componente social que produce las primeras Estelas y el que es responsable de las últimas? Dicho de otro modo, ¿acaso la circulación de los objetos de procedencia atlántica -los figurados en las primeras Estelas- generó un orden social distinto al de la circulación de objetos "mediterráneos"?

COMERCIO E INTERCAMBIO

Sea la siguiente Teoría de Alcance Medio, referida a la *significación* que la circulación de bienes y la forma de los intercambios tiene para la estructura del orden social. Ha de servir para *interpretar* la constancia empírica disponible acerca del "comercio" prehistórico entre el Atlántico, la Península Ibérica y el Mediterráneo Central (los depósitos de objetos metálicos del Bronce Final).

"Intercambio es la distribución espacial de materiales de mano en mano y de grupo social en grupo social. Intercambio es una transferencia con remarcables aspectos individuales y sociales. Los individuos son las manos en el intercambio y se esfuerzan en los límites de su sociedad, ideología y entorno para sobrevivir y prosperar. Los bienes intercambiados son esenciales para sus esfuerzos. Los contextos sociales de intercambio son también críticos, porque definen las necesidades sociales más allá de la biología, y porque afectan profundamente la forma y posibilidades de las relaciones de intercambio individuales" (Earle 1982).

Hay diferentes formas de circulación de los bienes, esto es, diferentes tipos de intercambio (Reid 1977):

- 1.- reciprocidad (Teoría del Don)
- 2.- redistribución
- 3.- Intercambio de mercados (comercio propiamente dicho)

La *reciprocidad*, el intercambio de regalos ha sido estudiado en profundidad en diversos contextos de la Prehistoria Europea (Webb 1974, McCormack 1981, Sherratt 1981, Kromer 1982, Hodder 1982a, Ringstedt 1987): sólo aceptando un regalo se puede establecer una relación de dependencia. Las contraprestaciones son, entonces, necesarias, bien como un auténtico presente, bien en la forma de un servicio u obligación. Normalmente, este modo de intercambio se produce dentro de canales sociales preexistentes (parentesco o de otra índole similar), hasta el extremo en que los intercambios recíprocos están sumamente condicionados por las interacciones sociales propias de las comunidades afectadas y no al revés. De hecho, se trata de una extensión del tráfico de subsistencias desarrollado dentro de un modo de producción doméstico: no hay mercaderes especialistas, ni mercados, ni competencia. La riqueza no puede ser acumulada, porque las obligaciones de reciprocidad mutuas actúan como mecanismos eficaces para evitar el beneficio (Rowlands 1973).

El siguiente de los modos de intercambio enumerados por P.E.W. Reid es el de la *redistribución*, es decir, la transmisión de bienes y servicios del productor-consumidor a un depósito central y viceversa. Se trata de una forma de intercambio interna, que tiene su más claro exponente en el sistema fiscal contemporáneo, así como en las prácticas de almacenamiento de materia prima para controlar el suministro en épocas de carestía.

A diferencia de los modos anteriores, el *intercambio de mercados* -es decir, el intercambio entre partes no obligadas a tratar con otras (por lazos de parentesco, sociales o relaciones polí-

ticas, tratados, etc.); sólo un deseo mutuo de obtener lo que los otros tienen, con un coste lo más bajo posible- implica una distribución indirecta de los bienes y mercancías, de forma que el consumidor no adquiere los productos en el lugar en que han sido manufacturados, sino que estos llegan a él. De ahí se desprende la necesidad de circuitos de distribución.

Cuando los sistemas de intercambio son directos, los miembros de cada unidad económica mínima viajan hasta otros lugares para adquirir lo que precisan. En la mayoría de los casos, esos modos de intercambio no utilizan especialistas. En un sistema indirecto, por el contrario, bienes y servicios procedentes de fuera de la unidad económica mínima son adquiridos en un lugar central que es donde se realizan las actividades de intercambio. Evidentemente, y a diferencia de lo que sucede en los sistemas directos, el intercambio indirecto:

- tiende a un modelo de asentamiento disperso (contactos a larga distancia)
- muestra una relación inversa entre la cantidad de producto consumido y la distancia al centro de distribución
- tiende a estar regulado y/o dirigido por una autoridad de alto nivel (Alden 1982).

El conjunto de las redes de intercambio adopta, en consecuencia, una estructura particular, semejante a la del llamado modelo *dendrítico* ("Gateway economies"). Se trata de comunidades que se desarrollan como respuesta al incremento de los intercambios. Generalmente están situadas a lo largo de las rutas de comunicación y en los puntos críticos entre áreas con denso poblamiento, alta demanda o alta oferta de mineral, productos agrícolas o bienes manufacturados. Este desarrollo de ciertas comunidades se produce a costa de las que la rodean, de forma tal que la estructura final es la de una jerarquización de los asentamientos en función de su situación dentro de la red de intercambios: los lugares de menor importancia se orientan hacia los núcleos principales, que actúan como *mercados* centrales a partir de los cuales se distribuyen los productos (Hirth 1978, Hodges 1982).

Los intercambios entre los núcleos primarios son, por definición, intercambios de mercado, aunque pueden estar matizados y estructurados por contactos recíprocos; en tanto que dentro de la red local construida alrededor de esos núcleos primarios intercambios de tipo redistributivo y/o recíproco, dependiendo de la peculiar estructura jerárquica de cada caso y del dominio o poder coercitivo del núcleo central sobre su hinterland. Una estructura económica así caracterizada aparece, entonces, como una "economía regional" en el sentido de una división geo-

gráfica del trabajo, de manera que los diferentes sectores de producción dependen del intercambio a larga y corta distancia para su mantenimiento.

El conjunto no requiere estar gobernado por un único sistema político, ni ha de ser homogéneo culturalmente. Por definición, este sistema económico estará caracterizado por las desigualdades tanto en el intercambio, como en el acceso diferenciado a los beneficios: los asentamientos periféricos sobreviven única y exclusivamente como justificación de la razón de ser del núcleo central del área de intercambios.

¿Expresa la dispersión de los objetos metálicos de la Europa del Bronce Final Atlántico un sistema económico como el anterior, en el que los intercambios de mercado están estructurados por los intercambios recíprocos y los circuitos de redistribución?

Es preciso tener en cuenta, antes que nada, que durante esa época los objetos de bronce no aparecen en las tumbas en la cantidad en que lo habían hecho en épocas anteriores, sino que se encuentran, mayoritariamente, en ciertos depósitos con la apariencia de escondrijos o acumulaciones con una finalidad socioeconómica específica. Este hecho ha sido interpretado como indicio de cambio en la estructura social: el aumento y difusión de la metalurgia y de los objetos fabricados en metal produjo un cambio en la valoración de esos útiles, desde ítems de prestigio a ítems de uso.

En otras palabras, al desplazar los objetos de metal de la esfera socio-ideológica a la expresamente técnica, se asiste a la aparente disolución de los mecanismos de adquisición de estatus, motivada por la intensificación de la minería y de la producción metalúrgica: el bronce se hizo fácilmente accesible. En consecuencia, las relaciones políticas aumentaron en competitividad y antagonismo, lo cual influyó a su vez en la reorganización e intensificación de la producción en todos los sectores, así como un masivo incremento en la velocidad de la circulación de los bienes (Rowlands 1984, Renfrew 1986). El material, bronce, se convierte en mercancía, valorada en sí misma y por los usos en que puede emplearse antes que por la forma que ha sido adquirida o por las analogías "simbólicas" que pudiera sugerir.

Se han propuesto innumerables interpretaciones, ya desde el punto de vista económico (intercambios a larga distancia) como religioso (ritual o votivo) para explicar la existencia de los depósitos de objetos metálicos del Bronce Final europeo (Eogan 1983, Levy 1982, O'Connor 1981). *En el primer caso, los depósitos británicos, por ejemplo, han sido considerados como* acumulación de productos acabados o semiacabados para evitar la variación en el volumen de

suministro en una época limitada del año o del ciclo económico, es decir, con el fin de disponer de un almacenamiento de objetos suficiente como para satisfacer la demanda en épocas en las que las actividades de subsistencia y otras actividades económicas impidieran o limitaran su producción (Peroni 1979, Rowlands 1976).

Esta interpretación no está reñida con la consideración de un intercambio redistributivo en la comunidad en cuestión: la heterogeneidad de muchos de esos depósitos sería indicio de la distinta personalidad social de los individuos que contribuyeron a formarlo. En ciertas circunstancias de la vida de la comunidad - rituales, ceremonias, es decir, durante las prácticas de Integración social- todos o algunos de los miembros de la comunidad aportaban una o varias piezas de metal, no importando su forma o procedencia. La finalidad futura de la atesorización obtenida podría ser tanto económica -almacenamiento con vistas al intercambio con las comunidades vecinas-; social -almacenamiento para evitar el robo o el saqueo en una época de inestabilidad política; redistribución desigual controlada por las élites de las tribus (renta en un sistema prefeudal)-; o ideológica -ritos y/o ceremonias cuya única función estribara en la cohesión del grupo, no reutilizándose posteriormente esa acumulación de metal dado el carácter "simbólico" que revestiría la acción social que la produjo-.

R. Bradley (1982, 1984, 1985) propone otra explicación, que se diferencia en algunos puntos importantes de la anterior. Los depósitos de objetos de bronce no serían el resultado de una acumulación con fines redistributivos, sino la destrucción premeditada del material, un intento por apartarlo de los circuitos económicos y de intercambio para controlar la oferta de productos y poder mantener su valor. Los depósitos se interpretarían, pues, como una forma de prevenir la inflación. De ahí se deriva, a su vez, la existencia de un cierto control social sobre la distribución de determinados ítems en circuitos restringidos a las élites (Meillassoux 1975, Wells 1984). La observación hecha por G. Verron (1983) según la cual los depósitos se sitúan en lugares deshabitados, pero no excesivamente lejos de los poblados, se podría interpretar en este sentido.

En consecuencia, se dispone de dos hipótesis diferentes para explicar una misma realidad: los depósitos de objetos metálicos de la Edad del Bronce Final han de entenderse bien en función de la acumulación de material necesaria para alimentar un tráfico comercial de estructura compleja, bien como una destrucción premeditada del mismo para controlar la posible inflación de bronce que surgiría en un contexto marcado por intercambios no regulados de metal. En cualquier caso, ambas hipótesis pueden relacionarse: fuese cual fuese la acción que los formó -económica, social o ideológica- la atesorización y deposición de objetos de bronce sirvió para

controlar (en el sentido más amplio del término) una red de intercambios que se hacía cada vez más amplia y envolvente.

La magnitud de ciertos depósitos ha de estar ligada, necesariamente, a intercambios a larga distancia (1) y, lo que es más importante, a gran escala. Los cargamentos naufragados en Huelva, Moor Sand y Langdon Bay (Muckelroy 1981, McGrail 1983, Needham y Dean 1987) no pueden entenderse exclusivamente en un contexto de intercambios redistributivos, sino que implican un auténtico *intercambio de mercados*. Confirmación de este proceso la podemos encontrar en la composición de esos mismos cargamentos: se trata de objetos de tipología extraña a la de la región en la que ha sido hallado el pecio. Para Muckelroy (1981) esto significa que ciertos objetos tienden a abandonar las redes de intercambio local y unirse a los circuitos de larga distancia en base al excedente local de bronce, antes que al deseo intrínseco de las piezas implicadas. En otras palabras, sería la existencia de excedentes en una región lo que invitaría a la exportación y no la demanda que ejercieran otras comunidades necesitadas de ese material (2).

Esta interpretación contrasta radicalmente con la caracterización de la economía de intercambios del Bronce Final hecha por R. Bradley (1982, 1984, 1985): ¿son los centros productores los que deben destruir o retirar (atesorar) objetos de metal para controlar la inflación, o son los centros receptores? En el primer caso, se obtendrá la imagen de una economía demasiado "moderna", obsesionada por conceptos tales como importación, exportación, inflación. Si por el contrario fueran los centros receptores los que hubiesen realizado ese control para asegurar su distribución de acuerdo con la peculiar jerarquización social de su comunidad y la estructura de los circuitos locales, la imagen resultante estaría más en consonancia con lo que sabemos de las sociedades en transición hacia el Estado.

(1) Hay que tener en cuenta que ese "intercambio a larga distancia" no implicaba desplazamientos muy largos, los cuales hubiesen requerido una inversión previa imposible de conseguir en sociedades preestatales en las que la acumulación de capital es aún rudimentaria, sino pequeños tráficos de cabotaje que unirían las diferentes áreas de intercambio locales y regionales entre sí. Se trata de un esquema de intercambio reticular y no lineal.

(2) Esta interpretación ha sido criticada a partir de los ejemplos aducidos para defenderla: el depósito de Huelva no constituiría un caso de cargamento extraño al contexto local (Muckelroy, citando como fuente a Savory, creía que en ese depósito no había tipos ibéricos) (cf. Ruiz Gálvez 1986). En cualquier caso, la polémica sigue abierta, sobre todo cuando no está clara la definición de un Horizonte de Huelva: ese cargamento podía ser ibérico, pero no típico de Bronce Final de Andalucía. Por otro lado, la polémica se obviaría si considerásemos, como Coffyn (1985), que el pecio de Huelva correspondía a un barco que salía de la bahía y no que entraba en ella, como suponía Muckelroy.

Los canales de distribución por los que circulaban los objetos metálicos durante el Bronce Final no eran libres. No nos hallamos frente a un intercambio de mercado "puro", pues no todos los miembros de una comunidad podían acceder por igual a esos productos: el tráfico a larga distancia nunca se superpuso a las redes de intercambio locales ni a las interiores a la comunidad (entre sus miembros), sino que generó sus propios circuitos, dominados por una minoría privilegiada que no permitió a la mayoría de la población su acceso a los beneficios que de ellos se derivaban. Estas desigualdades no eran consustanciales a la forma específica de los intercambios; por el contrario, fueron provocadas por la élite dirigente, que reforzó su posición mediante la adquisición y monopolio de recursos no disponibles en su propio territorio (Hodges 1982).

¿Hasta qué punto esas redes de intercambio escondían una competencia tanto a nivel regional como a nivel interno? P.E.W.Reid ha insistido en el grado de antagonismo y rivalidad entre grupos que puede existir incluso en el seno de una estructura de intercambios recíprocos (Reid 1977). M.J. Rowlands (1980) describe el período del Bronce Final como una competencia entre comunidades de diverso tamaño y poder con el fin de obtener ventajas políticas y/o económicas de las relaciones de intercambio locales e interregionales. Las estructuras de intercambio eran, pues, de naturaleza competitiva a todos los niveles, desde el comercio de materias primas entre áreas culturales relativamente alejadas, hasta el trueque individual en el interior de una comunidad dada.

No es de extrañar, por tanto, que el intercambio "comercial" de metales durante la transición hacia la Edad del Hierro estuviese revestido de un cierto carácter de reciprocidad: los diferentes grupos sociales mantenían relaciones comerciales para intercambiar determinados bienes e intercambiaban esos mismos bienes para mantener esa relación (Reid 1977). Pero ¿son realmente los intercambios de materia prima los que afianzan las relaciones políticas y/o sociales? ¿o bien son el resultado de un intercambio recíproco previo y diferenciado que crea los cauces en los que se mueve el tráfico de metal en bruto? Existe una clara diferencia en la distribución de unos productos y otros: mientras que las "mercancías" aparecen en los depósitos, los "dones" se acumulan en las tumbas -en nuestro caso, aparecen representados en las Estelas-, por lo que hay que inferir, necesariamente, la existencia de circuitos de intercambio distintos aunque paralelos (Sorensen 1987, Bradley 1987): el modo de intercambio recíproco sirve de fundamento y es prerrequisito del intercambio de mercados, el cual puede, a su vez, ser controlado y regulado mediante determinadas acciones redistributivas.

Es por eso por lo que cualquier estímulo externo al sistema socioeconómico -el comercio- aparece controlado de alguna forma por un poder central para proporcionar una estructura social lo más estable y lo menos conflictiva posible. Dadas estas premisas, es de suponer que la

circulación de metal durante el Bronce Final fue la causa y la consecuencia, simultáneamente, de las rivalidades y antagonismos entre áreas culturales y entre las diferentes comunidades de una misma área, así como entre los individuos de una misma comunidad. Es en este contexto en el que son comprensibles las formas de control (atesorización, destrucción) de la cantidad de metal circulando entre regiones en permanente competencia política o entre individuos en larvado conflicto social (1).

Ahora bien, conviene tener presente que los depósitos de objetos de bronce son el resultado de distintos procesos paralelos y no de uno sólo. Es imposible caracterizarlos *todos* dentro del mismo patrón. Las diferencias en su composición representan adecuadamente la diversidad de procesos de formación implicados, si bien todos ellos comparten una misma naturaleza, son expresión del mismo factor social: la circulación restringida de ciertos productos como medio de favorecer la cohesión social y la preservación del orden preestablecido.

Podemos esquematizar este complejo entramado de relaciones sociales y económicas que subyacen al sistema de los intercambios durante el Bronce Final, como un conjunto de círculos, en forma de caja china, compuesto por estructuras de relaciones, unas dentro de otras. En el nivel inferior se situarían las desigualdades sociales causadas por la contradicción del sistema socio-ideológico de roles característico de la economía de subsistencia inicial. En el siguiente nivel se identificarían las diferencias entre comunidades de un mismo sistema de distribución dendrítico, con todas sus relaciones de competencia según el grado de control de los recursos y de las rutas del tráfico de los intercambios. Idéntica situación transplantada a niveles progresivamente más altos, correspondería a los contrastes regionales entre áreas culturales e internacionales. Los intercambios comerciales llevados a cabo en esos últimos niveles actúan a su vez sobre el nivel inferior, acentuando la competencia por estatus y poder en el interior de la comunidad.

Un orden social como el anterior, dominado por el conflicto interno y externo, puede entrar en crisis en cualquier momento, cuando los sistemas que usa para el control (intercambio recíproco) se ven alterados por algún factor externo. Eso es lo que sucedió en la Europa del Bronce Final Atlántico, al decir de R. Bradley: cuanto más se extendieron las nuevas relaciones de poder y las alianzas políticas implicaron áreas mayores, se hicieron más vulnerables a los procesos externos de cambio; esto se aplica particularmente a las fluctuaciones en el suministro

(1) Una visión opuesta a ésta, es decir, minimizando la importancia del comercio en el control de las rivalidades políticas de la Europa de la Primera Edad del Hierro ha sido expuesta, recientemente, por C. Gosden (1985). Cf. la polémica en Rowlands, Bradley y Gosden 1986.

de materias primas que se hallaba sometido a una creciente presión conforme aumentaba la demanda de ítems de prestigio. Así, a medida que el sistema se expandía, la presión en su base era más insistente. En el momento en que se produjeron problemas en el mantenimiento de las redes de intercambio, las conexiones políticas se hicieron incontrolables (Bradley 1984).

ESTELAS DECORADAS Y "ELITES GUERRERAS" (II)

¿Resulta imaginable en el Bronce Final Ibérico un colapso del sistema económico como el descrito por Bradley para la Inglaterra prehistórica? La evidencia señala que la llegada de los fenicios no supuso una competencia que causara problemas en el suministro de ítems de prestigio ni produjera problemas en el mantenimiento de las redes de intercambio. Por el contrario, un sistema en expansión como el ibérico en el Bronce Final, experimentó una nueva expansión sostenida que acabó por transformar su propia estructura, pero sin colapsar el sistema antiguo. Es un proceso semejante al constatado en Centroeuropa y que conduce al origen, tanto allí como aquí, del urbanismo (Wells 1984, 1985, Champion 1985).

De la presencia de depósitos como el de la Ria de Huelva se deduce que el Sudoeste ibérico formaba parte de la "economía regional" definitoria de la estructura económica del Bronce Atlántico. Por tanto, la Península Ibérica estuvo sometida a idénticos procesos los cuales debieron ocasionar cambios semejantes en el orden social autóctono.

Dos regiones -en las cuales no ha aparecido ninguna Estela- parecen actuar como núcleo del sistema dendrítico que organiza el intercambio de objetos metálicos : el Bajo Tajo y el Bajo Guadalquivir. El resto de las áreas culturales se sitúan alrededor de estos centros, constituyendo un sistema de intercambio regional más conflictivo que el que se pudiera mantener con las comunidades atlánticas septentrionales. La necesidad de regular esos intercambios (justificación de los depósitos, por muy variados que sean sus procesos de formación) obliga a la instauración de una competencia por su control. Esa competencia se produce tanto a nivel interno, dentro de los límites de las relaciones de parentesco y funciones sociales prestigiadas de una Sociedad de Roles, como a nivel externo, con las regiones vecinas, luchando por obtener la categoría de centro del sistema dendrítico, lo que contribuiría a dominar los canales regionales de distribución y a mejorar su situación política. Ahora bien, esa tensión no debe trascender de ciertos límites estipulados, pues corre el riesgo de colapsar el comercio del que pretende beneficiarse: el conflicto puro y simple es evitado, sustituido por una carrera en la ostentación y

el lujo que alimenta, a su vez, los intercambios recíprocos y, nuevamente, la tensión interna (social) y externa (política).

En consecuencia, cuanto mayor es el volúmen de lo intercambiado, mayor será la competencia por conseguir su control y mayores los intercambios recíprocos que generarán a su vez, una cada vez mayor ostentación. Es un sistema socioeconómico que, sin embargo, no se alimenta a sí mismo, ya que requiere una fuente de "riqueza" situada fuera del alcance de los grupos competidores. Lo que se pretende controlar es la distribución, los beneficios que se desprenden de un centro original no controlable.

Es evidente que las Estelas Decoradas del Sudoeste fueron usadas como elemento material en esa carrera por la ostentación. No está claro de si son o no símbolos instrumentales de un rito funerario -nunca han aparecido asociadas a sepulturas-; por el contrario, algunos autores (Figueroa 1982) han supuesto que marcan el lugar de una victoria militar o el punto en el que fue muerto determinado héroe guerrero. Creo que el error está en enfatizar su carácter guerrero. No es esto lo importante sino el carácter de los materiales representados: se trata de los productos del intercambio atlántico (espadas casco, escudo, lanza) utilizados para la ostentación -la mayoría de las Estelas han sido encontrados en lugares de paso, controlando las cañadas de transhumancia, etc.-.

Dada la cronología de las primeras Estelas (IIA), aquellas que son explicables recurriendo exclusivamente a materiales atribuibles al Círculo Atlántico (Bronce Atlántico II -inicios del Bronce Atlántico III) se puede preguntar acerca del volúmen de lo intercambiado, como factor crítico a la hora de establecer el grado de tensión social -Desigualdad- provocada. De los análisis metalográficos publicados hasta la fecha (Ruiz Gálvez 1984b, Coffyn 1985) se desprende que la mayor parte de objetos de bronce son de producción local; luego, da la impresión que la red de intercambios fue mucho más reducida de lo que se creía. No se trataría, sin embargo, de un intercambio de objetos manufacturados, sino de materia prima. Dado que ésta era comercializada en la mayoría de ocasiones bajo la forma de objetos para su reutilización, la morfología de las piezas se mantuvo constante dentro de una variabilidad local lógica.

Es indiscutible que la cantidad de bronce circulando en el sistema económico superó las hasta entonces escasas necesidades de las distintas comunidades. Un material cuyo uso o posesión había sido cuestión de prestigio, se hace más abundante. Este hecho provocó la crisis del sistema tradicional de valores: si la espada, por ejemplo había sido hasta entonces, el objeto sociotécnico por excelencia, es lógico que a principios del proceso de transformación, toda la comunidad desee

conseguir objetos semejantes. El énfasis puesto por los que erigieron las primeras Estelas en las espadas muestra claramente que aún no se había alcanzado a una situación "inflacionaria": las espadas siguen teniendo "valor", a pesar de su mayor abundancia, todavía son elementos sociotécnicos. En las últimas Estelas, la espada pierde su valor, o no se representa o su figuración queda reducida a un mero trazo.

Esas Estelas, pues, parecen reflejar una primera alteración del tejido social. La proliferación de los intercambios recíprocos aún no había desencadenado la crisis de la Sociedad de Roles, sino simplemente su expansión. La tensión generada aún no es interna (social) a la comunidad, sino externa (política), entre comunidades rivales.

¿Supuso la aparición de una nueva fuente de "riqueza" (el comercio con el Mediterráneo Central) una alteración del sistema económico construido alrededor de los intercambios con la fachada atlántica? La circulación de objetos "exóticos" como fíbulas, espejos, etc. ¿es resultado de una colonización semejante a la fenicia pero anterior en el tiempo, o bien se trata de unos intercambios interpretables con arreglo al mismo sistema anterior? Para responder a esa pregunta habrá que empezar dilucidando el nivel socioeconómico alcanzado por la región "exportadora" de esos nuevos objetos: el Mediterráneo Central.

UN EJEMPLO DE "PRECOLONIZACION": LA PRESENCIA MICENICA EN ITALIA

En el Mediterráneo Central es muy clara la presencia micénica en una fecha tan antigua como el LH I-II, si bien la fase de mayor esplendor de los contactos fue durante el LH IIIB-C (Palsson Hallager 1985, Bergonzi 1985, Marazzi et al. 1985, Dickinson 1986, Smith 1987, von Hase 1987). Las distintas fases de ese comercio pueden resumirse así (French 1985):

1600-1450 a.C. gran diversidad en la tipología y manufactura de las piezas cerámicas importadas en las Islas y el Tirreno. Lipari, la isla de Vivara y Apulia (Porto Perone) fueron las bases principales.

1450-1250 a.C. la situación varía entre las distintas regiones afectadas por los contactos con el Egeo. Núcleos principales en Scoglio del Tonno, Broglio di Trebisacce, Lipari, Thapsos y Vivara. Es de destacar el nítido contraste entre Scoglio del Tonno (Taranto) y Thapsos (Sicilia) en lo que se refiere a tipo de comercio y contactos individuales con el Egeo.

1250-1050 a.C. nuevo cambio, con reducción de las importaciones en el Oeste, pero mayor presencia de la corriente de retorno hacia el Este. Núcleos en Termititio y Cerdeña.

El término *colonización* describe muy mal estos contactos entre el Mediterráneo Central y el Oriental. Muchos autores consideran que es difícil de entender un movimiento expansivo del mundo micénico hacia el Oeste durante el LH I -primeras importaciones en la isla de Vivara y Apulia-, de ahí un posible protagonismo itálico en los primeros, continuación de los existentes durante el Bronce Antiguo (Dickinson 1986). El hecho de que las primeras importaciones micénicas en el Próximo Oriente sean del LH II, indicaría la existencia de un comercio micénico con el Mediterráneo Central anterior al que mantuvo con el Próximo Oriente (Smith 1987). En todo caso, durante la fase de expansión -LH IIIB- la presencia micénica en Italia es incontestable, casi tanto como la presencia itálica en el Egeo, especialmente en Creta (Pallsson Hallager 1985). Se trata, pues, de un "comercio" en dos direcciones que, lógicamente, causó efectos distintos en cada uno de los dos extremos.

En el Egeo, esa presencia "europea" suele ser explicada como la llegada de guerreros y aventureros/mercenarios con un armamento -escudo Herzprung, casco de cuernos, lanza y espada- y unas tácticas militares mucho más desarrolladas (¿antecedentes del combate hoplítico?) que las usuales durante el 2º Milenio en aquellos lugares. Sus métodos de lucha fueron tan efectivos que no tardarían en ser adoptados en todo el Egeo, siendo Chipre el único lugar al Este de Grecia donde ese influjo europeo en armas y adornos personales (fíbulas) aparece. Así pues, parece ser un fenómeno básicamente circunscrito al mundo micénico (Scahuer 1975, Bouzek 1985a y 1985b, Matthäus 1980, Buchholz 1987). Las áreas inicialmente implicadas fueron las del norte del Egeo (Tróade, Macedonia, Tesalia) que muestran, ya en el LH I-II, importaciones del sur de Italia. Por el contrario, Creta y las islas del sur del Egeo no entrarían en la red de intercambios hasta una fase posterior (Buchholz 1987).

El siglo XIII a.C. supuso el momento álgido de esos contactos, coincidiendo con una fase en la que se presume una notoria escasez de cobre en el Egeo (Catling 1980). La producción de mineral en Chipre debió de destinarse al Próximo Oriente y lugares de su entorno geográfico, destino natural de las exportaciones de esa isla (Portugali y Bernard Knapp 1985); por lo que el auge de los contactos y relaciones entre el mundo micénico y el Mediterráneo Central puede ser visto en el marco de esta escasez de metal.

La cerámica micénica encontrada en el Sur de Italia y las islas aclara algo la naturaleza de ese comercio, así como el entramado de rutas existentes. De los análisis físico-químicos, petro-

lógicos y espectométricos, se deduce la presencia de cerámica procedente de distintos puntos del Egeo (Jones 1986, Smith 1987):

| | |
|-----------------------|-------------------------------------|
| Scoglio del Tonno | Rodas, Peloponeso, Creta, ¿Cerdeña? |
| Termitilio | Local |
| Vivara | Argólida, Creta, Cerdeña, Calabria |
| Lipari | Local, Norte de Sicilia |
| Antigori | Peloponeso, Creta |
| Orosei | Peloponeso |
| Broglio di Trebisacce | Local |

Aunque subsiste la duda de si alguna de esas cerámicas fue manufacturada expresamente para la exportación (Sherratt 1982) -es indudable la presencia de copias locales de la cerámica egeo/micénica-, la imagen que se desprende de éste panorama no es la de un comercio rígidamente estructurado y centralizado. Son muchas y muy diversas las comunidades implicadas, cuyas relaciones propias complican aún más la situación, al servir de redes de distribución del material importado.

La cerámica micénica más antigua en el Mediterráneo Central y, por tanto, los primeros testimonios de un contacto con el Egeo, se producen en la cuenca del mar Tirreno, quizás con escalas previas en la costa de Apulia; se trata de un área donde las poblaciones indígenas mantenían una compleja red de interrelaciones entre las islas y la Península, básicamente fundamentada en el comercio de la obsidiana primero y del metal después.

La fase siguiente -LH IIIA/B- es contemporánea de la expansión micénica, la cual llega incluso a Chipre, en un intento por controlar todas las fuentes de metal en una época de escasez (extremo éste sin confirmación en la evidencia del registro arqueológico). En el Mediterráneo Central se observan tres regiones bien diferenciadas: el Tirreno, Sicilia y la Italia peninsular meridional, especialmente el golfo de Tarento y la costa de Apulia. En este último lugar los tipos cerámicos importados son distintos que en Sicilia, lo que revela clases distintas de productos comercializados a través de esos lugares: grandes vasijas contenedoras en Scoglio del Tonno (Tarento), frente a pequeños vasos y jarros en Thapsos. En otras palabras, comercio "utilitario" en Tarento, frente a otro, de "bienes de prestigio" en Sicilia.

Al final de esta fase -LH IIIB- el área del Tirreno experimentó un considerable retroceso en las importaciones micénicas, frente al auge comparativo en la Italia peninsular. Tanto Lipari co-

mo Vivara dejan de existir, prácticamente, para el comercio egeo, sustituidas por Cerdeña y las regiones mineras del Centro-Oeste de la península (Colline Metalifere: Luni sul Mignone, San Giovenale, Monte Revello). Algunos autores (Palsson Hallager 1985, Fisher 1985) afirman que esta fase asiste a una notable regionalización en la procedencia del material egeo: Rodas, Peloponeso, Creta, Chipre, frente a una relativa homogeneidad durante la fase anterior.

Si bien no debemos desdeñar el componente indígena en este comercio entre el Mediterráneo Central y el Oriental -cf. la polémica presencia itálica en Creta-, lo cierto es que en esa fase la preponderancia y el papel activo parecen corresponder a los micénicos en su busca de materias primas. Yacimientos como Scoglio del Tonno, Vivara, Porto Perone, Torre Casteluccia, Thapsos, con murallas, viviendas de estructura inspirada en las orientales, con evidencia de metalurgia y producción específica de cerámica -copias de prototipos egeos- podrían considerarse, entonces, como asentamientos micénicos o indígenas fuertemente aculturados, que servirían de núcleos para las redes locales (de estructura dendrítica, cf. Smith 1987) de intercambio y distribución de bienes. Esta caracterización, no obstante, aún está por demostrar.

Mucho más importante que las importaciones de cerámica en Italia y las islas es el tráfico de metales entre ambos puntos, que constituye la auténtica razón de ser de este comercio. Al igual que en los canales de intercambio atlánticos, es muy escasa la cantidad de objetos, ya itálicos, ya egeos, encontrados en sus respectivos punto de destino. Ello sugiere que los objetos acabados no constituían una parte importante del comercio. El hecho de que muchos de los artefactos hayan aparecido en depósitos votivos sugiere que esas piezas tendrían un valor de curiosidad y/o de prestigio, antes que estrictamente comercial (Smith 1987). La presencia de los polémicos lingotes *ax-hide* tanto en el Mediterráneo Central como en el Mediterráneo Oriental muestra la importancia del comercio de materias primas; no obstante, la discutible cronología y funcionalidad de esos lingotes no permite considerarlos una prueba definitiva de ese comercio.

Durante los siglos XIII y XII a.C. una importante cantidad de formas -armas, adornos, utensilios- eran comunes tanto en el Mediterráneo Central, Centroeuropa, Balcanes y el Egeo (1), indicando que la industria metalúrgica itálica estuvo ligada con la del Egeo por medio de conexiones estrechas y recíprocas, las cuales implicaron tanto el intercambio de piezas acabadas como de nociones técnicas y estilísticas (Bietti Sestieri 1973, Bouzek 1985a y 1985b, Buchholz 1987).

(1) Es interesante constatar como El Círculo Atlántico y la Península Ibérica permanecieron al margen de esa *kvine*. En todo caso, ciertos influjos procedentes de Centroeuropa y que son los desencadenantes de las espadas Rosnoën y pistiliformes, quizás fuesen asimilables en este orden de cosas.

Esta *koiné* o "mercado común" fue algo único y no tuvo precedentes ni tampoco se repetiría en muchos siglos. Los participantes en ella usaron un simbolismo similar y algunos elementos estilísticos básicos en motivos decorativos e iconográficos; de ahí se derivarían las similitudes posteriores entre el Villanoviano, el Geométrico Griego y Hallstatt.

De este modo, lo que muchos suelen describir como "colonización micénica" en el Mediterráneo Central fue, de hecho, una *interacción* entre dos mundos. Las influencias culturales en el Tirreno, Sicilia y Sur de Italia no deben desligarse de la *koiné* en los artefactos metálicos que revela el equilibrio de los intercambios en ambas direcciones. En otras palabras, no hay que entender el fenómeno como una "colonización" egea, sino como un tráfico entre el Mediterráneo Central y el Egeo en el cual los pueblos itálicos tuvieron un marcado protagonismo (Bietti Sestieri 1985, Bergonzi 1985, Palsson Hallager 1985, Smith 1987).

Quizás fuese por este indudable protagonismo indígena que ante la ruina de los palacios micénicos -LH III C- la intensidad del tráfico con el Egeo no disminuyó, como opinan algunos (Bouzek 1985b, Frey 1982, Matthäus 1980, Baurain 1984, Schachermeyer 1982, Tusa 1983, Bernard Knapp 1982), sino que experimentó una profunda transformación. Así y todo, la presencia micénica propiamente dicha es, ciertamente, mucho más limitada y está geográficamente restringida, posiblemente mantenida por los centros egeos periféricos, las islas jónicas y la costa occidental de Grecia, la cual era aún activa en el momento de "crisis" de la civilización micénica (Bietti Sestieri 1984).

Sobre esta "crisis" de las civilizaciones egeas y próximo-orientales del 2º Milenio se ha fantaseado en exceso. Es cierto que algunos centros fueron destruidos y que se asiste a una profunda alteración de las circunstancias políticas, pero difícilmente la crisis fue tan profunda como se ha llegado a decir (1). Son muchos los lugares no afectados: Eubea, Rodas, Tirinto, todos ellos con vestigios manifiestos de un comercio floreciente entre ellos durante la "Edad Oscura" (Coldstream 1982, Iakovides 1987).

Durante el LH III C el rol dominante en el comercio italo-egeo pasó aparentemente a manos itálicas. No es un absurdo la asociación Shardana-Cerdeña; una prueba de ello estaría en la constitución de los reinos fundados por los Pueblos del Mar y que dominaron el comercio egeo en los siglos XII-XI a.C. (Periplo de Unamón). Conviene tener en cuenta, además, la fundamental

(1) En cualquier caso, una interrupción de sesenta años en el comercio sería difícilmente perceptible en el registro arqueológico del Mediterráneo Central.

matización introducida por M. Gras: los Pueblos del Mar no fueron los "destruidores" de Micenas, sino los agentes de la expansión micénica; al menos eso es lo que se deduciría de los textos egipcios (Gras 1985). Si algunos de estos Pueblos del Mar fueran de procedencia occidental (Cerdeña, Sicilia, Etruria) no extrañaría la peculiar orientación del comercio, centrado en el eje Cerdeña-Creta-Chipre (hay constancia histórica de reinos de Pueblos del Mar en esas dos islas del Mediterráneo Oriental). ¿Acaso esas gentes comerciaban con sus países de origen? Tras el fin de esos reinos transitorios, que eran los que sostenían el tráfico, los vínculos con el Mediterráneo Central fueron desapareciendo paulatinamente.

Es posible que la perduración del eje Cerdeña-Chipre estuviese en función, a su vez, del fenómeno protagonizado por "los refugiados micénicos", artesanos que se trasladarían a las antiguas colonias, anteriores a la decadencia de los Palacios, tanto en Chipre como en Cerdeña (Lo Sciavo y Ridway 1986). No obstante, esta hipótesis no parece excesivamente afortunada; diversos autores (p.e. Catling 1980) aseguran que nunca hubo una "colonización micénica" en Chipre contemporánea de la destrucción de los palacios micénicos. Una explicación alternativa podría basarse en la característica estructura socio-política del Chipre del Bronce Reciente, distinta a la del resto de sociedades del Mediterráneo Oriental, que le permitió recuperarse fusionando elementos micénicos, egeos, próximo-orientales y "occidentales" (Pueblos del Mar) (Catling 1980, Bernard Knapp 1986).

Sea cual sea la hipótesis correcta, durante el siglo XII a.C. son fáciles de descubrir los indicadores de un comercio entre Chipre, Creta y el Dodecaneso, que influiría directamente en las Cícladas y el Atica, y aún más allá. Se trata, sin embargo, de contactos a pequeña escala, modos de intercambio autónomos que ya no dependen de la estructura política de los Palacios.

En Cerdeña hay constancia de intercambios sistemáticos con Chipre en el LH IIIC, las importaciones de cerámica en Antigori, Dorgali, Orosei, Villanovaforru, Nuragus, las cuentas de tipo *ad astragalo* de la nuraga de Attentu y Mela Ruja, semejantes a las del Tesoro de Tirinto, lingotes de tipo *ox-hide* asociados en contextos tardíos,... En el resto del Mediterráneo Central, la cerámica micénica de la fase LH IIIC está presente también en Calabria (Termitito, Broglio di Trebisacce, Torre del Mordillo), golfo de Tarento (Aretrana, Torre Castelluccia, Porto Perone, Satyrion, Scoglio del Tonno), Adriático (Leuca, Otranto, Coppa Navigata), Etruria y Campania Meridional (Gras 1985, Smith 1987). La relativa escasez de esa cerámica en las islas Eolias y Sicilia contrasta frente a su mayor abundancia en Cerdeña y Etruria; es una cuestión que ha de estar relacionada con el desarrollo de esas comunidades durante los siglos XII y XI a.C.

Después del 1050 a.C. puede decirse que acaban las importaciones micénico-chipriotas en el Mediterráneo Central (Lo Schiavo, McNamara y Vagnetti 1985) (1). Este hecho quizás estuviese relacionado con las destrucciones de Kition y Enkomi en el siglo XI a.C., a causa de un terremoto (Karageorghis 1976). En cualquier caso, el problema (fin de los contactos con Chipre) aún no está lo suficientemente claro (cf. la discusión en Gras 1985).

En la nueva fase que se inaugura a partir de esa rarefacción del comercio con el Mediterráneo Oriental, sin embargo, los contactos con el Egeo no cesaron bruscamente. Es lógico suponer que un comercio como el egeo que, durante los siglos XII-XI a.C. se redujo a contactos en pequeña escala entre lugares cercanos, en función del eje Eubea-Chipre recibía la llegada ocasional de material itálico, del mismo modo que al Mediterráneo Central llegaron contadas piezas orientales. Son dignos de tenerse en cuenta materiales como la cerámica protogeométrica en Otranto, la cerámica presumiblemente protovillanoviana en Lefkandi; la navaja de afeitar también protovillanoviana en Lakkithra (Cefalonia) (Matthäus 1980, Frey 1982, De la Grenière 1983).

La identificación de una pequeña barca representada en un *vaso de estribo* del LH IIIC hallado en Skyros, semejante a las *navicelle* sardas de época posterior y a las representaciones de los Pueblos del Mar en Medinet Habu, ha llevado a algunos autores a postular el protagonismo de la isla de Cerdeña y sus navegantes indígenas en ese comercio inmediatamente post micénico (Palson Hallager 1985, Gras 1985). El hecho de que, para algunos, el comercio Cerdeña-Chipre hubiese implicado a una "marina sarda indígena" plantea la cuestión de las repercusiones que tuvo ese descenso de los contactos con el Egeo para las culturas nurágicas, sobre todo dado que en el registro arqueológico no se percibe "crisis" alguna, sino todo lo contrario (Lilliu 1986). D. Ridway propone una sugestiva y audaz hipótesis, en abierta contradicción con la opinión tradicional: Cerdeña, en el momento del cambio de Milenio se hallaba en un nivel de desarrollo superior que Etruria (la meta legendaria del comercio de metales euboico). La prospección minera de Etruria sería, en estas condiciones, la realización de un "plan ideado en Cerdeña", acompañado de una infiltración nurágica en la sociedad de cultura villanoviana (Lo Schiavo y Ridway 1986). Fue Cerdeña, ciertamente, lo que atrajo a los comerciantes euboicos y fenicios del siglo VIII a.C. hacia lo que para ellos era el "Lejano Oeste".

(1) Un nuevo testimonio de la transitoriedad del comercio Cerdeña-Chipre que, en contra de lo que opina Gras (1985) fue un fenómeno de escasa duración en el tiempo y con unas repercusiones visibles sólo a largo plazo: el comercio griego y fenicio de época clásica seguirá idéntica ruta.

UNA ALTERNATIVA A LA HIPOTESIS DE LA "PRECOLONIZACION" EN LA PENINSULA IBERICA

Es en esa misma época de falta de regularidad en los contactos con el Egeo, desarrollo regional de la industria metalúrgica y atesorización (formación de depósitos de objetos metálicos) cuando se pueden identificar los inicios del comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo Central, quizás con el Sudoeste de la Península Ibérica como intermediario.

Hay, sin embargo, algunos problemas cronológicos que contradicen no pocas de las suposiciones habituales para los materiales ibéricos. Lejos de contradecir el esquema que he defendido en las páginas anteriores, lo confirman: las Estelas Decoradas del Sudoeste (Tipo II) constituyen uno de los reflejos de los contactos que la Península Ibérica mantenía con Cerdeña, y a través de ella con el Mediterráneo Central y, quizás de forma indirecta, con el Mediterráneo Oriental, durante el siglo X a.C.

En efecto, no hay razón para aludir al comercio fenicio del siglo VIII a.C. y posterior, ya que las dataciones que se están obteniendo en Italia para los materiales del complejo de espadas de lengua de carpa son relativamente altas: la presencia de espadas Sa Idda en el depósito de Falda della Guardiola, en Populonia, datable entre fines del siglo IX a.C. y principios del siglo VIII a.C. obliga a suponer la llegada de los prototipos que lo inspiraron en un momento avanzado del siglo X o principios del IX a.C., que es la datación hoy aceptada para el depósito de Santa Marinella, con una espada tipo Huelva (Gras 1985, Lo Schiavo y Ridway 1986). Conviene tener presente, no obstante, que la espada Sa Idda bien pudiera ser una invención ibérica difundida en el Mediterráneo Central y no una evolución sarda a partir de prototipos onubenses o de Vénat; la cantidad y densidad de los hallazgos en el Sudeste de la Península Ibérica así parecen indicarlo (Meijide 1988).

En cualquier caso, y aunque los fenicios hubiesen tenido un importante papel en la difusión en el Mediterráneo Central de ese tipo de espada tardía, queda clara la existencia de unos intercambios "indígenas" entorno a los siglos X-IX a.C. La ausencia de un comercio oriental regular en las costas sardas durante esa época ha de permitir rechazar las hipótesis que mencionan una precolonización en el Mediterráneo Occidental anterior a la greco-fenicia (cf. la discusión al respecto en Almagro Gorbea 1983, Aubet 1987).

Es curioso observar cómo los indicios de ese comercio entre Iberia y Cerdeña no aparecen en las regiones ricas en cobre del Sudoeste -tardía ocupación de la desembocadura Tinto/Odiel- potenciándose, por el contrario, la ruta extremeña, que permitía acceder a los yacimientos de estaño y oro del Norte y Centro-Oeste peninsulares. En parte, esa contradicción se explicaría considerando el Tajo como límite meridional del comercio atlántico propiamente dicho, y el Guadalquivir como límite occidental de un tráfico con el Mediterráneo Central. Si los pobladores del Sudoeste clásico (¿tartesios?) no podían acceder al estaño del Noroeste ni al de la Bretaña, al estar controladas las rutas marítimas desde el Bajo Tajo, debieron crear una ruta alternativa hacia una región sólo indirectamente afectada por la red de intercambios atlánticos: la cuenca media del Tajo. Debió ser, pues, este comercio eminentemente terrestre el que provocó la homogeneidad aparente del fenómeno de las Estelas Decoradas. El problema es que, dado el registro arqueológico hoy accesible, resulta imposible discernir la dirección y/o naturaleza de los intercambios: Norte-Sur o Sur Norte. ¿Intentaron los grupos humanos del sur peninsular "colonizar" a los del Centro-Oeste, con el fin de aprovechar sus riquezas mineras? Parece poco probable, sobre todo a partir de la evidencia del registro arqueológico, que no prueba la hipótesis de un mayor desarrollo tecnológico y/o socioeconómico de las comunidades del valle del Guadalquivir.

¿Cómo llegan, entonces, esos nuevos elementos a la región entre el Tajo y el Guadalquivir, que es donde se han encontrado las Estelas? ¿Fueron esas mismas poblaciones las que comerciaban y mantenían intercambios con otras, o actuaban indirectamente sobre las zonas "más ricas" productoras o exportadoras de mineral? ¿Se trata de "guerreros" que depredan esas regiones, apropiándose de unos objetos para los cuales no disponían de redes de intercambio propias?

La guerra, la apropiación violenta, es una forma de intercambio recíproco: ataques sucesivos en una u otra dirección. Algunos autores (Maluquer 1983, 1985a), no obstante, han experimentado sus dudas acerca de una Extremadura pobre arrasando las regiones vecinas más ricas: la riqueza del cinabrio (minas de Almadén), usado en la Antigüedad como colorante (bermellón), estaño y oro atraerían el comercio de larga distancia a la cuenca del Guadiana. Se suelen mencionar dos rutas desde el Levante: la primera arranca en la costa sur (Villaricos), busca la hoya granadina de Baza y remontando un puerto salta hacia el territorio de Jaén, cruzando el Guadalquivir en Puente del Obispo, rindiendo sobre el Guadalimar, en la zona minera. Otra zona empieza en territorio alicantino y sigue por la cuenca del Vinalopó hacia la Meseta en dirección Oeste hacia Almadén (Maluquer 1983).

La hipótesis de una relación directa entre el Mediterráneo Central, el Círculo Atlántico y el Centro-Oeste peninsular es sugestiva y podría contrastarse a partir de los objetos de bronce de procedencia ibérica hallados en el área itálica (espadas pistiliformes, navajas de afeitar tipo Huerta de Arriba y hachas) cuya tipología señala hacia una procedencia en áreas indeterminadas de la Meseta española. Por otro lado, dudosos fragmentos de cerámica micénica, recientemente identificada (Martín de la Cruz 1988, Martín de la Cruz y Baquedano 1987), jalonan la primera de las rutas antes señaladas: Purullena (Granada), Llanete de los Moros (Córdoba), Carmona (Sevilla) (1).

En el caso de que fueran ciertos los contactos directos entre Cerdeña y la cuenca del Guadiana a inicios del 1º Milenio, éste debió de ser un intercambio esencialmente recíproco dada la clase de objetos implicados (armas y adornos) y su poca repercusión en el utilaje metálico local. Además, nada en la panoplia de las primeras Estelas (IIA) procede del Mediterráneo, a no ser el escudo con escotaduras en V, según ciertas hipótesis, a mi modo de ver erróneas. Lo que sí se aprecia es la presencia en Cerdeña de elementos ibéricos, contemporáneos de las primeras Estelas, pero no la corriente de retorno (2) que sólo se pondrá de manifiesto en un momento algo más tardío (Estelas IIB, IIC-D), con la llegada de las fíbulas de codo y los espejos.

Ahora bien, si un intercambio recíproco no altera la estructura socioeconómica de las comunidades en él implicadas, será imposible atribuir a esa hipotética relación Extremadura-Cerdeña un papel importante en la gestación de las transformaciones sociales *representadas* por las Estelas. En ningún caso se deberá uno imaginar la llegada de comerciantes sardos llegados a las riberas del Guadiana, ni a navegantes ibéricos en el mar Tirreno. La existencia de unas materias primas muy valoradas por otros en el área extremeña hizo que esa región se convirtiera en un punto fijo de todas las relaciones de intercambio recíproco que por entonces (inicios del Bronce Final) ligaban a toda la península (Arteaga 1981), poniendo en relación áreas cuya estructura socioeconómica era muy distinta. Estos intercambios, sin embargo, no generaron ni la homogeneidad en la Cultura Material ni una evolución social paralela.

Mas sí hay algo que caracterizó a los intercambios durante el Bronce Final en la península Ibérica fue su progresivo aumento en intensidad. A medida que el Círculo Atlántico empieza a

(1) Esta hipótesis la enunció el profesor Maluquer en un seminario de doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona, poco antes de su fallecimiento.

(2) Una excepción sería la fíbula de arco de violín del Cerro del Berrueco, muy cerca del área de las Estelas (Delibes 1981). Su carácter atípico y la nula repercusión en el desarrollo de las posteriores fíbulas, revela claramente el carácter esencialmente recíproco (regalos) de esos intercambios.

depender del metal ibérico, los intercambios abandonaron la esfera puramente recíproca para convertirse en intercambios de mercado. Paralelamente, aumentaron los intercambios con el Mediterráneo Central. Las regiones productoras se expandieron, lógicamente, buscando aumentar la oferta para satisfacer una demanda perpetuamente insatisfecha. Cuanto más material salía, más material entraba a cambio, por lo que la estructura socioeconómica tradicional se dilató hasta los límites del sistema.

En cualquier caso, parece como si la irrupción de una nueva vía de intercambios -la que procedente del Mediterráneo Central- "sustituyera" efectivamente a la implantación atlántica atestiguada en las primeras Estelas. La expansión del fenómeno hacia el sur, así como las transformaciones iconográficas que se registran en las Estelas del momento de apogeo (¿siglo IX a.C.?) -aparición de la figura humana, valoración de objetos que no tienen nada que ver con la panoplia del guerrero (fíbulas, espejos, peines)- muestran que un cierto cambio se había producido. Ahora bien, ese cambio ¿es reflejo de una transformación social? Yo no afirmaría tal extremo, pues la transformación social efectiva implicará la desaparición de las Estelas. Lo que sí se registra es una nueva expansión del sistema económico, más allá de lo alcanzado debido a los intercambios atlánticos, lo cual conlleva una dilatación paralela del complejo de funciones sociales de privilegio. Es decir, la misma situación que había generado el comercio atlántico, sólo que aumentando la intensidad de los circuitos de intercambio recíproco. Como se desconoce el volumen de los intercambios, es imposible evaluar si esa expansión del sistema socio-económico se produjo hasta su límite. El hecho de que el aumento de la demanda por parte de los fenicios sí que rompió ese esquema sería indicativo de lo cerca del punto de ruptura al que se llegó.

ESTELAS DECORADAS Y "ELITES GUERRERAS" (y III)

Resumiendo la argumentación anterior: la Península Ibérica se incorpora a los intercambios comerciales atlánticos en un momento relativamente moderno. Sólo en un momento avanzado del Bronce Final (a partir del año 1000 a.C.) los suministros de metal del área del Canal de la Mancha proceden de la Península; los análisis espectrográficos de las espadas atlánticas de esa época revelan una marcada transformación de las aleaciones usadas con posterioridad a los influjos centroeuropeos (Northover 1982).

Esta expansión, en alcance y volumen, de los intercambios atlánticos coincide -en el Tiempo, ya que no en el Espacio- con un comercio, muy semejante, entre la Península Ibérica y el Medi-

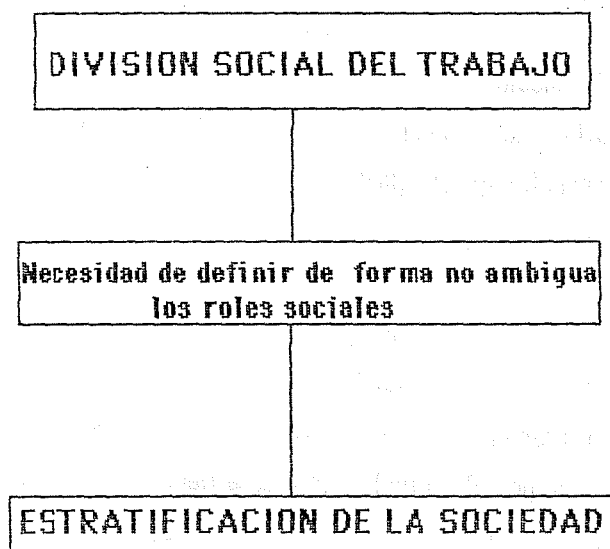
terráneo Central, el cual sigue idénticos esquemas de circulación que con el Atlántico. En definitiva, en un lapso de tiempo relativamente breve, ciertas regiones peninsulares vieron alteradas sus circunstancias económicas, convirtiéndose en suministradoras de una materia prima muy apreciada en lugares bastante alejados. ¿Qué consecuencias comportó esta situación a la estructura social de esa época en la Península Ibérica? En una primera fase al menos, los intercambios no produjeron alteración perceptible alguna en el seno del orden social, ya que los bienes intercambiados se moverían en los circuitos de distribución tradicionales: la dispersión de objetos como las espadas es idéntica en momentos cronológicos tan diferentes como el Bronce Pleno y los inicios del Bronce Final. Ahora bien, cuando estos intercambios aumentaron en volumen, aparecieron importantes contradicciones en el seno del orden social: la fácil accesibilidad de unos items considerados antes de prestigio pulverizó la definición de estatus que era la razón de estabilidad del sistema.

Este es, de hecho, el mismo esquema expuesto por Rowlands (1984) para toda la Europa Occidental Prehistórica: las sociedades segmentarias ritualmente organizadas, características del Calcolítico, experimentaron una paulatina transformación a medida que los intercambios aumentaron en complejidad y volumen. Los distintos grupos sociales se acogieron a ciertos objetos de prestigio que ayudaban a perpetuar diversos roles socio-ideológicos, los cuales, a su vez, llegaron, al final del proceso, a controlar los medios de producción con el fin de asegurar su propia reproducción. Es decir, se trataría de la transformación de una sociedad dividida por razones socio-ideológicas, en una sociedad diferenciada por el grado de *propiedad* de los medios de producción.

Lo difícil, lo imposible, diría yo, es asegurar en qué momento los roles de prestigio, definidos desde antiguo, concluyen por *controlar* efectivamente los medios de producción. Es evidente que en algunas regiones eso se alcanzó en un momento bastante antiguo: en el Sudeste de la Península Ibérica, por ejemplo, la competencia por el control de la escasa tierra fértil y el comercio de subsistencias derivado de esas condiciones fueron los responsables; mas, en el resto de la Península, esas condiciones ecológicas no se produjeron. En ocasiones de penuria -el Bronce Pleno del Guadalquivir, quizás-, la sociedad de roles sería capaz de perpetuarse, posiblemente con una acentuación de determinadas funciones sociales -guerrero- que, a la larga, precipitarían la transformación social. En otras regiones peninsulares -la Meseta, fundamentalmente- el poblamiento era estacionario y seminómada. Sus habitantes fueron posiblemente los responsables de la circulación de los primeros objetos manufacturados e importados desde el Círculo Atlántico, pero ello no causó transformación alguna en su esquema socioeconómico, que sólo varió cuando su movilidad se vio afectada por las poblaciones vecinas.

En este orden de cosas ¿cómo interpretar las Estelas Prehistóricas de la Península Ibérica? ¿Qué relación tienen con el panorama que se acaba de bosquejar? Esos monumentos forman parte de un registro arqueológico peculiar a ese momento cronológico. Como tal, constituyen la categoría *observable* de unos acontecimientos, cuyo encadenamiento puede ser descrito como resultado de un *proceso*. Ahora bien, para poder explicarlo, esto es, reconstruirlo verbalmente, será preciso definir los vínculos existentes entre *observables* -las Estelas- e *inobservables* -el proceso en sí-. La forma más sencilla y, por tanto, más conveniente, partirá de la formulación hipotética de las características y modo de funcionamiento del *proceso*.

¿Cuál es el *fenómeno*, la apariencia del proceso, la ordenación de acontecimientos responsable de su estructura? El conjunto de Estelas Prehistóricas puede ser considerado como una serie de eslabones en la cadena de representaciones prehistóricas en piedra que, de un modo u otro, expresan y representan materialmente el cúmulo de procesos que acompañó al desarrollo de las fuerzas de producción y de las relaciones sociales a ellas ligadas durante la Edad del Bronce. La "forma hipotética" del *proceso* será, entonces:



En la medida actual de nuestros conocimientos y hasta que no aparezcan Estelas *in situ*, asociadas a tumbas individuales, es imposible saber si las Estelas Decoradas del Sudoeste -la última expresión de esa tradición de representar ciertos rituales en piedra- sirven o no a la expresión de una sociedad estratificada. Es decir, da la impresión que resulta imposible afirmar la relación específica entre ese proceso inobservable, que por ahora sólo existe en tanto que hipótesis, y unas observaciones que se quieren explicar e interpretar con arreglo a él. Sin embargo, esto sólo quiere decir, que esa vinculación no es una categoría observable.

Convirtiendo en hipótesis esa vinculación *inobservable*, se puede afirmar: el proceso antes bosquejado no debió llegar a culminar durante la Edad del Bronce, es decir, que no se alcanzó una Estratificación Social plena, sino una progresiva complejidad del entramado de funciones sociales derivadas de la División Social del Trabajo. Las Estelas, pues, se inscribirían en este marco "inconcluso", diferenciando determinados roles sociales prestigiados por el resto de la comunidad, pero sin reflejar un orden social rígidamente ordenado según el grado de *propiedad* de los medios de producción.

¿Sobre qué fundamentos se asienta esta afirmación, que puede parecer absolutamente incontrastable? Las Estelas son analizables por comparación con el resto del registro arqueológico en el que se inscriben: entre los motivos representados en algunas de ellas se pueden identificar bastantes de los elementos característicos de la red de intercambios con el Círculo Atlántico y el Mediterráneo Central que, a partir del año 1000 a.C., son responsables de la paulatina transformación de la estructura social autóctona. No interesa tanto el carácter "guerrero" de las Estelas, como su relación con otro acontecimiento que sí puede ser interpretado con arreglo a la hipótesis inicial. Las armas y demás objetos metálicos representados en las Estelas pueden considerarse, entonces, como resultados particulares de otros procesos. Se definiría, por tanto, una interacción causal extraordinariamente interesante: las Estelas son el resultado de un proceso específico -la diferenciación "ideológica" de una estructura de roles y funciones sociales cada vez más compleja- el cual se vio afectado, a su vez, por otro proceso: la circulación de objetos metálicos durante el Bronce Final como estrategia para preservar un orden social determinado. La estructura específica que adoptó el segundo de ellos, afectó al primero.

¿De qué manera la variabilidad formal de las Estelas represa la apariencia de este proceso? La aparición de Estelas con figura humana, tanto en el Tajo, como en el Guadiana y el Guadalquivir es indicativo de la identidad de los procesos en las tres zonas que, culturalmente por no decir étnicamente, estuvieron relacionadas. Ciertamente, es en el Tajo donde empezó antes la tradición de grabar armas en losas de piedra, con una función presumiblemente funeraria. Pero, ¿significa esto que esa fue la región que experimentó primero la transformación hacia la Sociedad de clases? En absoluto, pues la homogeneidad de esas mismas Estelas revela la perduración de una Sociedad de Roles. No obstante, sólo en el Tajo es posible seguir la evolución iconográfica de esos monumentos, constatándose el enriquecimiento del modelo iconográfico en un momento cronológico que contempla, a su vez, un aumento importante en el volumen y diversificación de los intercambios. Este hecho es interpretable, por tanto, como la canalización

de ese tráfico comercial en el seno de la antigua sociedad de roles, la cual no parece romperse o difuminarse, sino pasar, paulatinamente, a una estructura jerarquizada y nítidamente estratificada en la que los antiguos roles de privilegio dominan y poseen los medios de producción. El aumento de la variabilidad individual entre las Estelas a medida que se intensifica la presencia de objetos comercializados se interpretaría también dentro de los cauces de ese proceso.

Tanto en el Guadiana como en el Guadalquivir falta la fase inicial de homogeneidad o regularidad del esquema compositivo, quizás porque la sociedad de roles estaba ya plenamente asentada en el momento de la aceleración del tráfico comercial. La variabilidad individual de las Estelas es una característica desde el primer momento; es esa diferencia entre ésta área y la del Tajo la causante de innumerables problemas interpretativos, sobre todo en lo que se refiere al origen de las Estelas del Guadiana-Guadalquivir paralelo o dependiente del de las del Tajo. Si el valle del Tajo fue una región supuestamente menos desarrollada socialmente que el Sudoeste clásico, entonces es posible que pudiesen interpretarse los objetos "antiguos" como característicos de una región en la que la circulación de las nuevas tipologías de armas era más lenta que en las comarcas meridionales. Las Estelas "homogéneas" del Tajo serían, según esta hipótesis, contemporáneas de las Estelas heterogéneas del Guadiana-Guadalquivir. Los intercambios con el Atlántico transformarían antes la estructura social de las regiones más desarrolladas, cambio que llegaría en un momento más tardío (¿siglo IX a.C.?) al Tajo, como representan las Estelas con figura humana, poco frecuentes en la región. No se trataría de una expansión hacia el sur, sino la plasmación de un mismo fenómeno en áreas culturalmente semejantes, pero cuya estructura socioeconómica fue diferente durante un cierto tiempo, aunque con la misma tendencia hacia la desigualdad en el control de los medios de producción y el acceso a los excedentes generados por los intercambios.

Lógicamente, ignoramos si la crisis social degeneró en violencia. Lo que sí es seguro es que el entorno económico favoreció de algún modo el auge demográfico que caracterizará el Bronce Final del Sudoeste (Amores 1982, Ruiz Delgado 1985). El hecho de que las fortificaciones no sean la tónica general del periodo, siendo características sólo de sus momentos iniciales (Amores y Rodríguez Hidalgo 1984-1985), sería indicativo de la ausencia de conflictos.

No obstante, el registro arqueológico es incompleto, por lo que resultan aventuradas y faltas de contrastación ciertas hipótesis. Lo que cabe resaltar es, no obstante, la imposibilidad de un control efectivo de los medios de producción en esa época y sí una tendencia a que la estructura

social trascendiese el esquema de roles privilegiados que dominaba. Hay que tener en cuenta que la influencia desestabilizadora de los intercambios de metal se produce en un momento relativamente avanzado (siglo XI-X a.C.), por lo que sus efectos tardaron un cierto tiempo en salir a la luz, en vulnerar el esquematismo de las antiguas redes de intercambio.

Capítulo XIII

"Economía Regional" en el Bronce Final de la Península Ibérica

Las Estelas Decoradas del Sudoeste (Tipo II) son características de una pequeña región del cuadrante sudoeste de la Península Ibérica, lo cual puede ser visto como indicativo de su especificidad en tanto que fenómeno cultural. Pero, simultáneamente, son expresión de unos factores socioeconómicos que afectan al resto de grupos humanos de esa zona. En este capítulo trataré de enfocar el problema de la definición de distintas áreas culturales que subyacen en el fenómeno de las Estelas: ¿por qué son diferentes, regionalmente, entre sí? ¿por qué no aparecen en otras áreas? ¿qué relación tienen con los horizontes culturales definitorios de la época? Esta interpretación es continuación directa de la discusión, en el capítulo anterior, acerca de la posibilidad de una estructura de "Economía Regional" en el Bronce Final del Sudoeste, que quizás explicase esas diferencias entre los distintos núcleos geográficos.

EL "HORIZONTE CULTURAL" DE COGOTAS I

En el nivel inferior del yacimiento meseteño de Las Cogotas se identificaron unos tipos cerámicos cuya asociación en éste y otros lugares ha dado pie a la hipótesis de un horizonte cultural -no "cultura" en el pleno sentido de la palabra, debido a la relativa heterogeneidad del fenómeno- característico de todos los contextos meseteños del momento de transición Bronce Pleno-Bronce Final-Hierro I.

La *cerámica de Boquique* no es más que una cerámica decorada mediante una técnica muy particular: se trata de pequeñas impresiones dentro de una incisión continua. No es realmente una "decoración", sino una técnica decorativa, usada para realizar incrustaciones de pasta rojiza o blanca. Como tal aparece ya en el Neolítico, en el nivel XI de la Cueva de la Carigüela de Piñar (Granada), en la Cueva de Zuheros (Córdoba) y en la Cueva de la Charneca (Badajoz) (Enríquez 1986). Durante el siglo XV a.C. esa misma técnica fue "redescubierta" o "reinventada" por las poblaciones meseteñas de la Edad del Bronce.

Para algunos autores (Molina y Artega 1976) su origen hay que buscarlo en el Horizonte de Ciempozuelos, como demostraría el vaso de Píñilla de Toro (Zamora), con el mismo esquema compositivo que los vasos Campaniformes de Ciempozuelos. La ornamentación de ese vaso es tosca y en las incisiones horizontales se aprecia la huella de un espatulado posterior que no se documenta en el Campaniforme clásico (Martín Valls y Delibes 1976). Esta hipótesis obligaría a datar el Campaniforme Ciempozuelos en los momentos inmediatamente anteriores a la expansión y difusión de la cerámica de boquique, esto es, en los siglos XV-XIV a.C. (1).

Una hipótesis alternativa para entender el origen de este nuevo horizonte cultural en la Meseta se establecerá recurriendo a la cerámica incisa del Bronce Antiguo-Medio en el valle del Duero: el horizonte Cogeces (Delibes y Fernández Manzano 1981). Muchos motivos decorativos son semejantes: zonas punteadas, triángulos invertidos, pseudoexcisiones, retículas oblicuas, etc. (Fernández-Posse 1982). Este "Horizonte Cogeces" es un complejo de cerámicas tanto decoradas como sin decorar (son más frecuentes estas últimas) del que surgirán, por evolución directa, las formas características (truncocónicas) del Bronce Final. F.J. González-Tablas (1984-1985) distingue dos fases:

-FASE I .- yacimientos con cerámicas decoradas en composición lineal o friso metopado.

-FASE II .- aparición de la excisa y el boquique, aún como técnicas marginales en el conjunto.

(1) Ciertamente, en algunos yacimientos ambos tipos cerámicos aparecen asociados, por ejemplo en el nivel II de Arevalillo, pero hay que tener en cuenta que su porcentaje de aparición es muy escaso, comparándolo con la abundancia de cerámicas decoradas con incisiones (Fernández Posse 1981). En consecuencia, parece posible definir un momento cronológico, a fines del Bronce Antiguo, en el que todavía se fabricasen ciertas piezas con decoración campaniforme, a la vez que empezara a experimentarse la nueva técnica de Boquique.

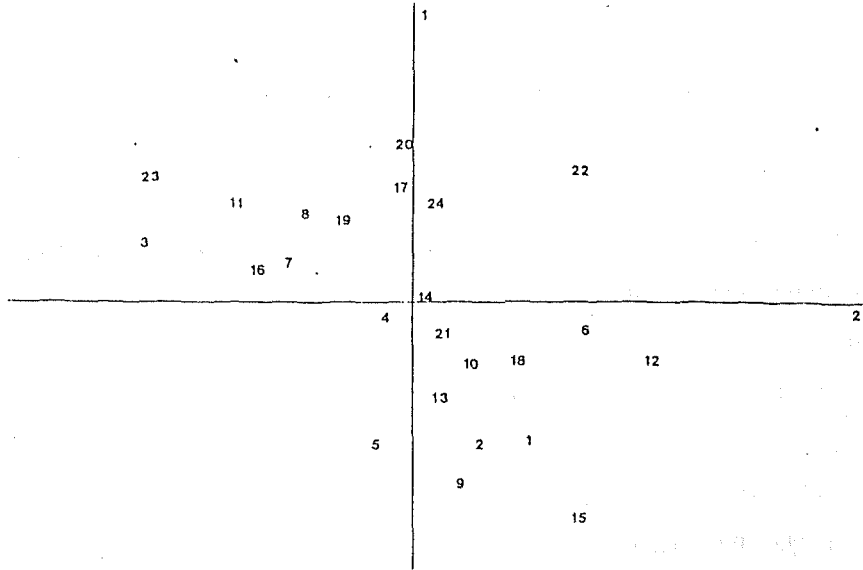
La *cerámica impresa* es, muchas veces, más frecuente que las decoradas mediante técnica de boquique o excisa, si bien su estudio ha sido dejado de lado en demasiadas ocasiones por no ser un elemento cronológico claro. Suele suceder, también, que la cerámica impresa aparece en yacimientos sin boquique ni excisa, como por ejemplo en La Aldehuela y la Cantera de Zarzalejo (Madrid). Al igual que en el caso del boquique, los motivos decorativos son derivados del estilo Ciempozuelos y del estilo Cogeces (Blasco 1982).

La *cerámica excisa* ha sido objeto de multitud de discusiones que aún hoy no han acabado. A diferencia de lo que se opinaba hace algunos años, la antigüedad de esta técnica decorativa está fuera de toda duda, no así su origen. Frente a los que piensan que es una procedencia extranjera, concretamente de los grupos franceses del Bronce Medio de Duffaits o Saint-Véredème (Delibes 1978, Coffyn 1979, 1985), hay investigadores partidarios de un origen autóctono, a partir de la técnica de pseudoexcisión empleada en el campaniforme (Molina y Arteaga 1976, Arteaga y Molina 1977). Esta falta de seguridad en su origen comporta graves problemas cronológicos: así, para Coffyn, la introducción de la técnica excisa se situaría entorno al siglo X a.C., sin que eso supusiese un aporte técnico (Coffyn 1979). Esta opinión se contradice con la aparición de esa misma cerámica, aunque en muy pequeña cantidad, en un nivel estratigráfico para el cual se han obtenido unas polémicas dataciones C-14 que remiten al siglo XV a.C. (Jimeno 1984).

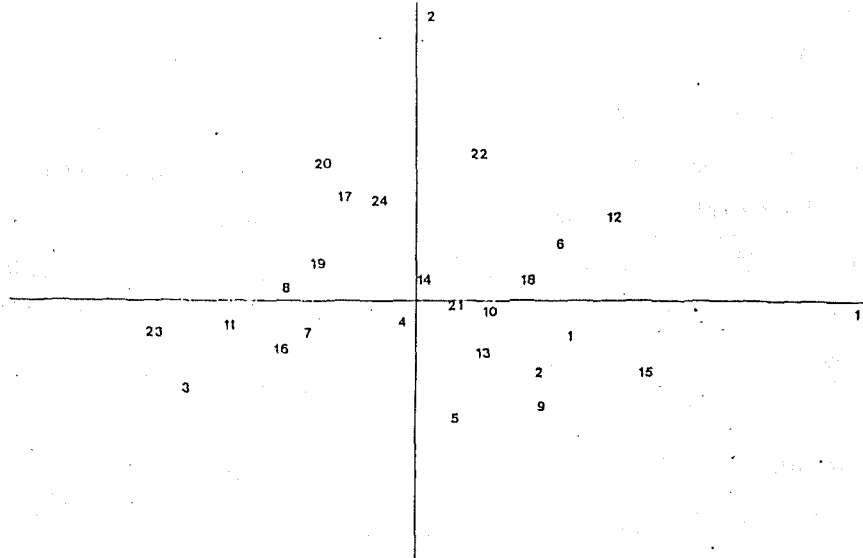
En el yacimiento del Arenero de Soto (Madrid), la cerámica excisa aparece en toda la estratigrafía, ya en los estratos superiores, medios o inferiores; además, en ese mismo lugar, las formas cerámicas con excisa son idénticas a las decoradas por otros métodos (Martínez Navarrete y Méndez 1983). Ahora bien, en un análisis estadístico de los materiales de ese mismo yacimiento (Fernández Martínez 1985, Fernández Martínez y Díaz Andreu 1986) (Fig. 34) los porcentajes de cerámica de boquique, impresa, incisa y de boquique medidos en cada unidad espacial (hipotéticos "fondos de cabaña") revelan mediante el Análisis Multidimensional una seriación que ha sido interpretada como evolución cronológica.

Esa seriación coincide además con la distribución espacial del poblado: los 1046 m² de extensión original del poblado, no debieron ser ocupados simultáneamente, sino que el área de habitat se expandiría hacia el Noroeste, lo cual explicaría la ausencia de cerámica en el Sur y el Este, los sectores más antiguos (Martínez Navarrete y Méndez 1983).

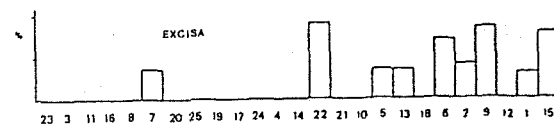
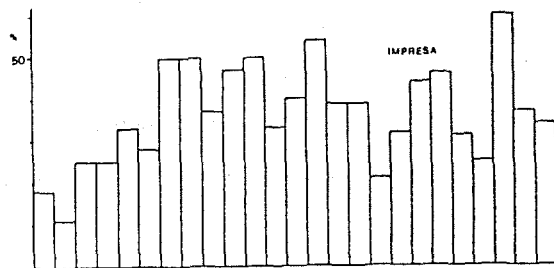
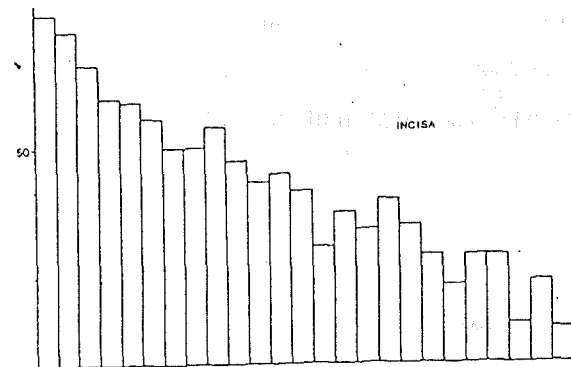
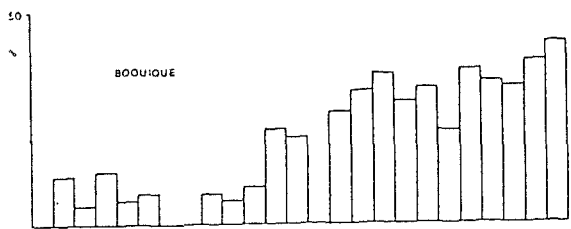
Y.M.Fernández se basa en la seriación cronológico-espacial para construir varios histogramas en los que consigna el porcentaje de cada tipo cerámico en cada uno de los "fondos de cabaña", cronológicamente ordenados. Los resultados son muy llamativos:



-Configuración en dos dimensiones del análisis de proximidades, con el programa MDSAL, de 25 fondos de cabaña del Arenero de Soto, en función de la frecuencia de sus atributos decorativos cerámicos.



-Configuración en dos dimensiones del análisis de proximidades, con el programa ATD, de 25 fondos de cabaña del Arenero de Soto, en función de la frecuencia de sus atributos decorativos cerámicos.



-Histogramas de frecuencia de atributos decorativos cerámicos en los 25 fondos de cabaña del Arenero de Soto (Cultura de Cogotas I), una vez seriados por análisis de proximidades.

Fig. 34 Gráficos del Análisis Estadístico de Arenero De Soto (según V.M.Fernández Martínez 1985)

a) el porcentaje de la cerámica de boquique aumenta a lo largo del tiempo, lo que confirmaría la hipótesis de C. Blasco (1982: 119-120) según la cual esa cerámica se da en conjuntos donde existe una mayor variedad ornamental de técnicas, diseños y sintaxis compositivas, indicando todo ello un mayor grado de evolución y modernidad.

b) el porcentaje de cerámica incisa disminuye a lo largo del tiempo, lógico porque se trata de un elemento "arcaico", más propio del Bronce Antiguo-Medio

c) la cerámica impresa no registra una variabilidad apreciable, por lo que no se considera elemento con valor cronológico utilizable

d) los porcentajes de la cerámica excisa se concentran en el momento final del proceso, prueba de su mayor modernidad. Basándose en estos resultados, V.M.Fernández se muestra partidario del origen foráneo de esa cerámica (Fernández Martínez 1985, Fernández Martínez y Díaz-Andreu 1986).

No obstante, la antigüedad de los fragmentos de excisa hallados en el yacimiento de Los Tolmos, si es que se confirman las dataciones C-14 publicadas, vuelve a abogar por su antigüedad: la cerámica excisa no "aparecería" al final del proceso, sino que sería su uso el que se extendería en un momento relativamente tardío, que coincidiría, a tenor de los histogramas propuestos por V.M.Fernández, con el momento de mayor expansión de la cerámica de boquique y el de menor difusión de la incisa. No son de extrañar, por tanto, las asociaciones de boquique, incisa, impresa y excisa como técnicas decorativas en un mismo vaso, tal y como se constata en el tantas veces citado yacimiento de Arenero de Soto.

Es un lugar común el afirmar que las gentes de Cogotas I eran de economía predominantemente pastoril (1), con todas sus consecuencias respecto su estructura social más probable y sus sistemas de poblamiento. Los únicos elementos para contrastar esta visión son:

- las cabañas de ramas y barro, que no parecen propias de asentamientos estables, sino de poblaciones seminómadas.

(1) Con predominio de ovicápridos sobre bóvidos, según reflejan los porcentajes en Arenero de Soto y Ecce Homo. En el primero de ellos, el número mínimo de individuos es de: 94 ovicápridos (60-70% de oveja sobre cabra), 39 bóvidos, 4 caballos, 4 cerdos.

- la no continuidad de los poblados de esta fase en la siguiente (Transición al Hierro I: Horizonte de Soto de Medinilla).
- ciertos registros polínicos (realizados por P. López García) en Arenero de Soto y Los Tolmos que revelan la ausencia de cereal y plantas asociadas (achicoria) en las proximidades de los yacimientos. Concretamente en el último de ellos -Los Tolmos- parece observarse una ocupación estacional, constatable también en la composición del ganado (edad de los animales sacrificados).

Sin embargo, es imposible hablar de homogeneidad en el hábitat típico de Cogotas I: hay asentamientos en castros defensivos, en llano y en cueva, lo que puede indicar un alto grado de adaptación a las circunstancias locales o, simplemente, unas necesidades específicas y diferentes entre los distintos grupos (Blasco 1984). Un rito funerario común - inhumación en fosa o pozo- (Delibes 1978), si bien no se descarta el uso de algún que otro dolmen, p.e. Coto Alto (López Plaza 1984), señalaría también las semejanzas, no imputables a ningún movimiento de población, sino a la identidad de sus estructuras socioeconómicas.

Todas estas consideraciones pueden resumirse en la propuesta de evolución cultural formulada por M. D. Fernández-Posse (1982, 1984)(1):

ORIGENES (Siglos XVI-XV a.C.). Confluencia y conjunción de los distintos grupos locales del Bronce Pleno. Ciertos grupos campaniformes o de ascendencia campaniforme que utilizan decoración incisa (Tipo Silos ó Molino) predominan en el curso medio del Duero. Otros grupos de ascendencia pre-campaniforme, en el Occidente de esa misma cuenca fluvial conservan la decoración en espiga y zonas punteadas. En el borde occidental y Alta Extremadura, grupos descendientes de un neolítico retardatario revitalizan el boquique y las impresiones. Un cuarto grupo, en yacimientos como Castillo y Arevalillo, se caracterizan por sus cerámicas lisas. Se originó así una "cultura" heterogénea, pero con gran vitalidad en el Duero y afluentes. El área de los ríos Jarama-Henares sería también un zona nuclear de Cogotas I: en esa región se desarrolla así mismo un claro horizonte protocogotas, con cerámicas incisas y motivos en espiga (La Torrecilla, La Aldehuela cf. Blasco 1986, Blasco y Barrio 1986).

(1) Esta propuesta coincide, a grandes líneas, con la de González-Tablas (1984-1985), si bien hay cierta disparidad cronológica: la Primera Fase de Fernández Posse coincidiría con la II Fase de González-Tablas, datada por éste en el 1300-1200 a.C. A mi juicio las fechas me parecen excesivamente modernas, sobre todo teniendo en cuenta las obtenidas en regiones alejadas del núcleo central de ese horizonte cultural: Tapado da Caldeira y Purullena, que exigen que el proceso ya estuviera en funcionamiento, al menos un siglo antes.

PRIMERA FASE (Siglos XV-XIV a.C.) asociación con Campaniforme en contados casos; aparecería primero en la zona oriental del Duero, extendiéndose hacia el Oeste y el valle del Tago. La ocupación de los relieves periféricos y los terrenos sedimentarios del llano se produciría con el mismo tipo de asentamiento que en épocas anteriores, es decir, la cabaña de ramas y barro. La "Cultura" adquiere mejor definición, caracterizándose aún por la escasa incidencia de la cerámica de boquique.

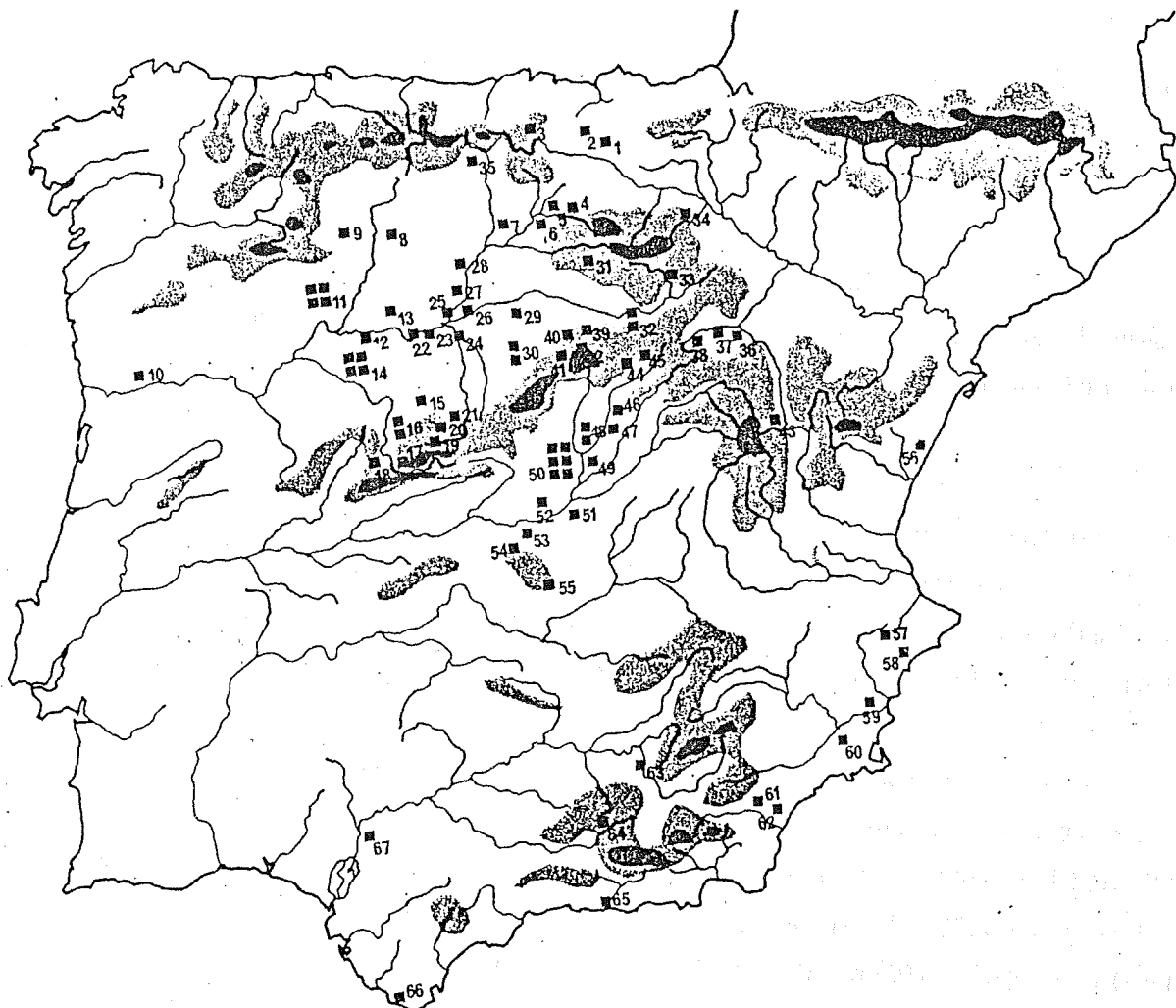
SEGUNDA FASE (Siglos XIII-XII a.C.) los grupos humanos de Cogotas I alcanzan el Sistema Ibérico e inician la expansión. Núcleos de gran densidad a orillas del Tormes, Pisuerga y Manzanares-Jarama.

FASE FINAL (Siglo XI- cambio de Milenio) pierde su unidad como resultado de otras influencias (Bronce Final Atlántico, Hallstatt, y quizás también del Sur peninsular). Cogotas I perderá progresivamente sus contactos con Andalucía y Levante, perdurando sólo en zonas marginales de la Meseta. Se registra una evidente falta de continuidad de población desde el Bronce Final al Hierro I. Proceso de asimilación de novedades (aculturación) (Blasco 1986).

El punto que más interesa tratar ahora es el que hace referencia a su expansión peninsular (Fig. 35). Los hallazgos de Tapado da Caldeira muestran que a principios del siglo XIII a.C. (Jorge 1985) había una cierta interacción cultural a lo largo del Duero. Otros hallazgos de boquique en el Noroeste son: Ginzo de Limia (Orense), Soutilha (Mairós), São Lourenço (Vilha Real) (Ruiz-Gálvez 1984b). Algo más tarde (siglo XII a.C.) dataría el poblado de Purullena (Granada), un auténtico asentamiento Cogotas I en un ambiente post argárico (Molina y Pareja 1975, Molina y Artega 1976). Su conexión con el área originaria de esa cerámica es muy problemática, dada su escasez en la Meseta Sur, allí donde domina la "Cultura de las Motillas".

Según M. Pellicer (1985) la cerámica excisa encontrada en el valle del Ebro tendría sus raíces en la característica en entornos Cogotas I de la Meseta, cuyas influencias penetrarían en esa región a través de la paramera soriana hacia La Rioja, Alava y Navarra, y por el Jalón hacia el Ebro Medio y Bajo Aragón. La expansión alcanzaría también el Nordeste (Maya y Petit 1986).

¿Cómo hay que entender esta "expansión"? ¿Acaso los "pastores seminómadas" meseteños empezaron una serie de *razzias* y ataques hacia la periferia peninsular? ¿O bien se trataba de un serie de intercambios pacíficos? Debe tenerse muy presente un hecho importante: esa "expansión" coincide en el tiempo y en el espacio con la proliferación en toda la península de ob-



1. Vitoria.—2. Solacueva de Jócana.—3. Ojoguareña.—4. Atapuerca.—5. Estepar.—6. Burgos.—7. Castrojeriz.—8. Mayorga de Campos.—9. Posadilla de la Vega.—10. Baião.—11. Dólmenes de Zamora.—12. Zamora.—13. Pinilla de Toro.—14. Tierra del Vino.—15. Narrillos del Alamo.—16. Villagonzalo de Tormes.—17. El Berrueco.—18. Gallegos de Solmirón.—15. Las Cogotas.—20. Barros.—21. Sanchorreja.—22. S. Román de Hornija.—23. Carricastro de Tordesillas.—24. Valdestillas.—25. Valladolid.—26. Renedo de Esgueva.—27. Cubillas de S. Marta.—28. Dueñas.—29. Santibáñez de Valcorta.—30. Almenara de Adaja.—31. Silos.—32. Caracena.—33. Soria.—34. Inestrillas.—35. Mave.—36. Calatayud.—37. Alhama de Aragón.—38. Yuba.—39. Castrillo de S.—40. Carrascal del Río.—41. Arevalillo de Cega.—42. Losana de Pirón.—43. Bezas.—44. Muriel.—45. Alarilla.—46. El Viso (Alcalá).—47. Ecce Homo (Alcalá).—48. Vaciamadrid.—49. Mejorada del Campo.—50. Madrid-Manzanares.—51. Aranjuez.—52. Pantoja.—53. Mocejón.—54. Mora.—55. Malagón.—56. Borriol.—57. Villena.—58. Campello.—59. Orihuela.—60. Murcia.—61. Fuente Alamo.—62. El Oficio.—63. Purullena.—64. Monachil.—65. Almuñécar.—66. Tarifa.—67. Carmona.

Fig. 35 Dispersión de la cerámica de boquique (según Fernández-Posse 1982)

objetos metálicos de tipología atlántica (1). ¿Fueron esas poblaciones meseteñas, con un tipo de poblamiento relativamente itinerante, los agentes de la transmisión de la nueva metalurgia? Es casi seguro que ellos controlaban las rutas (cañadas de transhumancia) terrestres hacia los yacimientos de estaño y oro del Noroeste, luego su relevancia en esa "Economía Regional" que quizás pueda plantearse en el Bronce Final ibérico es digna de tenerse en cuenta.

LOS INICIOS DEL BRONCE FINAL EN EL SUR DE LA PENINSULA IBERICA

F. Amores (1979-1980) sugiere dividir el Bronce Final del sur en tres fases:

BRONCE FINAL I .- edificación de murallas en casi todos los poblados. Habitat muy disperso (siglo X a.C.)

BRONCE FINAL II .- expansión del habitat. Poblados en alto y dominando rutas comerciales.

BRONCE FINAL III .- expansión del habitat hacia el llano.

De esta manera, los procesos que tienen lugar entre los siglos X-VII a.C serían describibles como la constatación del paulatino crecimiento de la población y repoblación masiva del área, primero en diversos núcleos orientados hacia las rutas comerciales, bien defendidos, pero sin murallas -que serían habituales en una hipotética etapa anterior: Bronce Final I-, alcanzándose, al final del proceso, la ocupación del llano. Para confirmar esta serie de acontecimientos suele aducirse normalmente el hecho de que la mayoría de los poblados del Bronce Final son de nueva planta, no fueron ocupados en épocas anteriores, por lo que responden a un proceso de aumento de la población y expansión del habitat (Amores 1982, Ruiz Delgado 1985).

Ahora bien, la constancia empírica de un registro arqueológico característico de los siglos XI-X a.C. en el mediodía peninsular es negativa. Sólo unos pocos materiales -metales, cerámicas de "boquique"- pueden ser adscritos, hipotéticamente, a ese momento cronológico. La ausencia de datos fiables, no obstante, no ha impedido a muchos investigadores formular ciertas propuestas

(1) Sin embargo, la única asociación clara de cerámica Cogotas I y materiales atlánticos se produce en la tumba de San Román de la Hornija (Fíbula de codo, Bronce Atlántico III). Se desconocen asociaciones con elementos del Bronce Atlántico II (espadas pistiliformes), que por la cronología usualmente propuesta (1050-900 a.C.) serían contemporáneos de esa "expansión" de las cerámicas hacia la periferia (Delibes 1978, Fernández manzano 1986).

explicativas. La opinión generalizada es que la llegada de gentes con una cultura material propia de Cogotas I, esto es, procedente de la Meseta, desencadenaría una serie de importantes transformaciones económicas y sociales (Arteaga 1982), las cuales, enmarcadas a su vez en la expansión demográfica propiciada por ellas mismas serían la "causa" del Bronce Final de la región. Como se verá más adelante, esta opinión no permite una explicación satisfactoria del fenómeno.

J.C. Martín de la Cruz (1987) en su excavación del importante yacimiento del Llanete de los Moros, en la cuenca media del Guadalquivir, ha identificado una polémica fase cronológico-cultural anterior a ese hipotético "influjo Cogotas I", denominándolo Bronce Tardío (estratos Ia y Ib). El material cerámico publicado se caracteriza por la abundancia de formas con paredes verticales y la escasez relativa de los perfiles en S. La decoración es impresa con punzón o los dedos. Para este autor, los paralelos de los hallazgos, un tanto ambiguos, corresponderían a la fase II del Cerro de los Infantes y del Cerro de la Encina, así como a la fase I-II de Setefilla, donde no son, sin embargo, frecuentes, encontrándose también algunos ejemplares en las cistas de Huelva y Sevilla.

La definición de un "Bronce Tardío" en esa región conlleva numerosos problemas cronológicos y metodológicos. Martín de la Cruz altera la datación que se ha propuesto recientemente para el Bronce Pleno del Guadalquivir, afirmando que esa fase cronológica no es tan antigua. Los estratos XV-XIV de Setefilla se datarían entonces entre el 1400/1350 y 1300/1250 a.C.; la tumba de ese yacimiento estaría excavada en los comienzos del estrato XIII, por lo que la fecha C-14 de 1570 a.C. no sería un terminus *ante quem* sino *post quem*. No estoy de acuerdo con esta propuesta, a la que se llega por el camino equivocado: según Martín de la Cruz la tumba de Setefilla pertenece al Bronce Tardío pues los influjos argáricos presentes (alabarda) no hacen su aparición en la cuenca alta del Guadalquivir hasta El Argar B. Ya se ha visto en un capítulo anterior los errores subyacentes a la división cronológica de la Cultura de El Argar en dos fases sucesivas A y B (cf. Lull 1983a). Así mismo, no es recomendable una propuesta cronológica basada en el horizonte de las cistas onubenses, tal y como hace Martín de la Cruz, tradicionalmente mal conocido.

A este discutible Bronce Tardío le sucedería un horizonte caracterizado por cerámicas de tradición calcolítica y decoración geométrica pintada, (estrato II en el Llanete de los Moros) continuadora de las tradiciones locales del 2º Milenio. La mezcla de materiales de épocas distintas en ese estrato es causa de su indefinición cronológica.

Las cerámicas del Círculo Cogotas I no aparecen en el Llanete de los Moros hasta el estrato IIIa. El conjunto material que integra ese estrato presenta una diversidad de tipos de los que algunos ya habrían hecho su aparición en estratos anteriores: abundan los soportes, los perfiles en S -muchos con decoración incisa e impresa, sobre todo en los bordes- manteniéndose la tendencia anterior. Las dataciones C-14 obtenidas para los niveles IIIa y IIIb:

UGRA-190: 2930 ± 110 B.P. = 980 a.C.

UGRA-159: 2930 ± 120 B.P. = 1030 a.C.

permitirían situar el fenómeno de las importaciones meseteñas -se ha demostrado que mineralógicamente algunos de los fragmentos no son de procedencia local- en un momento contemporáneo al registrado en el Sudeste, como por ejemplo en Purullena (Molina y Pareja 1975, Martín de la Cruz y Montes 1984). Dado que en el estrato IVa ($\approx 900-800/750$ a.C.?) aún aparecerían elementos residuales del horizonte Cogotas I junto a un equipamiento cerámico semejante al de las fases anteriores, pero con formas más suavizadas en la arista de sus carenas, tendencia al exvasamiento y disminución del grosor de los bordes, sería posible afirmar la continuidad de una misma población en el valle medio del Guadalquivir (Martín de la Cruz 1987, Baquedano 1987).

Aguas abajo del Guadalquivir destaca la secuencia estratigráfica de Setefilla que, hasta el momento, es el punto de referencia inexcusable para entender el origen del Bronce Final en el valle del Guadalquivir (Aubert et al. 1983). En este yacimiento, el estrato XIII ha sido considerado como una fase de transición (IIa) entre el Bronce Pleno y el Bronce Final. Característica relevante de este periodo es la heterogeneidad de las formas cerámicas, que contrasta con la homogeneidad, tanto de la fase I como de las posteriores. No se observa un tipo de cerámica único o predominante, lo que sería típico de una época de transición, si bien es posible definir alguna de las formas que serán características de la evolución posterior. Abundan las cerámicas a mano con decoración pintada, semejantes a las más antiguas de Huelva y Carambolo, asociadas a vasijas con decoración bruñida por el exterior, quizás semejante a la cerámica "de tradición calcolítica" del estrato II del Llanete de los Moros. La datación sugerida por los excavadores del yacimiento para esta Fase IIa la ubica en trono al cambio de milenio, paralela, en todo caso, al horizonte de Valcorchero en Extremadura. Junto a la primera aparición de cuencos carenados con decoración bruñida en el interior, llama la atención la presencia de un fragmento de borde con decoración incisa en zigzag por el interior y exterior del labio. Su presencia pudiera ponerse en conexión con la existencia de elementos relacionados con el horizonte Cogotas I, que desaparecerían al final de la fase IIb. Así y todo, de confirmarse esa presencia de elementos

meseteños, lo que aún está por ver, ésta resultaría insignificante si la comparásemos con Llanete de los Moros, con Carmona o incluso con Montemolín, si bien los datos conocidos acerca de este yacimiento capital de la prehistoria andaluza son muy escasos (cf. Chaves y de la Bandera 1981, 1984)(1).

En todos los sondeos realizados en Carmona aparecen cerámicas decoradas del horizonte Cogotas I (Carríazo y Raddatz 1960, Amores y Rodríguez Hidalgo 1984-1985, Pellícer y Amores 1985). La diferencia con Setefilla, que se caracteriza por la escasez (¿ausencia?) de esos materiales, ha sido interpretada como existencia de una asimetría en el paralelismo entre ambos asentamientos: "uno sería el arranque de Cogotas -antes del Bronce Final clásico- y otro su perduración máxima hasta su convivencia con tal periodo, en aquellos poblados en los que Cogotas se arrastra como una tradición, frente a otros puntos en los que estos materiales aparecen esporádicamente como intrusión" (Amores y Rodríguez Hidalgo 1984-1985).

Este hipotético Bronce Final Inicial también estaría presente en Huerto Pimentel (Lebrija), caracterizado por la ausencia de retícula bruñida, cerámicas con bordes rectos y un poco reentrantes, asas de pezón con perforación vertical, etc. (Tejera 1978, 1985).

Es en el bajo Guadalquivir y la región costera de Huelva donde resulta más difícil seguir la evolución local. Es un lugar común afirmar que allí no hay cerámica del horizonte Cogotas I. Este hecho ha llevado a algunos autores a delimitar dos regiones diferenciadas en la Andalucía Occidental: la distribución de los cuencos carenados altos de borde vertical o cóncavo, ya lisos o decorados, asociados normalmente a Cogotas I, muestra su ausencia en Sevilla Occidental, Huelva y las regiones típicas del Bronce del Sudoeste, donde sólo hay cuencos carenados de borde biconvexo. Según esos autores, las diferencias están en relación también con la inexistencia de cistas en el Bronce Pleno del valle del Guadalquivir, así como con la falta de Estelas Decoradas en Huelva (Amores y Rodríguez Hidalgo 1985).

El núcleo de ocupación más antiguo en los cabezos de Huelva no se remonta más allá del siglo IX a.C. con un horizonte caracterizado por las cerámicas de retícula bruñida. En el Monte del Berrueco (Cádiz) sí que se ha podido identificar un Bronce Tardío, semejante (?), hasta cierto punto, con el de la cuenca media del Guadalquivir; eso sí, sin cerámica Cogotas I. Son frecuentes los cuencos carenados de borde entrante, que responden a una evolución local tendente a suprimir la arista de carenación ofreciendo siluetas cónicas con el borde entrante. Se siguieron

(1) Sorprendentemente, los excavadores de ese yacimiento datan la cerámica boquique allí aparecida, idéntica a la de la Meseta o a la encontrada en Tapado da Caldeira, en el siglo VIII a.C. momento de franca regresión en el mundo de Cogotas I (cf. Chaves y de la Bandera 1981)

usando vasijas globulares cuya silueta responde a las botellas que acompañaron a las cistas del Sudoeste. En esta fase tienden a engrosar el borde hacia el interior (Escacena y de Frutos 1985).

Pero el Monte del Berrueco es un caso aislado: la inmensa mayoría de los lugares que van a estar habitados en época "tartesia" no contarán con población hasta el siglo IX-VIII a.C. ¿Significa esto que la región que en el siglo siguiente era la más rica del Sudoeste estaba deshabitada a principios del Bronce Final? Se ha llegado a decir, incluso, que la brillantez de ese Bronce Final no se derivaría de la evolución de las fases anteriores, sino que ciertas migraciones imprecisas procedentes del Mediterráneo Oriental serían las responsables de ese esplendor (Bendala 1984, Júdece 1986, por ejemplo). Afirmaciones de este cariz son, a mi juicio, aventuradas.

El Bronce Pleno en Huelva es mal conocido, y no parece probable que éste estuviese representado *exclusivamente* por las cistas del Bronce del Sudoeste, tal y como demuestran los hallazgos del Monte del Berrueco. Es incluso probable que se repitiese la dualidad entre costa y serranía que se produjo durante el Megalitismo; los hallazgos en el Norte de la provincia de Huelva muestran, por un lado, un mundo muy semejante al del Bronce del Sudoeste (El Castillo, necrópolis de Los Praditos), y por el otro un Bronce Final Inicial con escasísimos influjos meseteños (fragmento con decoración excisa en Sierra de La Lapa) (cf. Pérez Macías 1983). No sería de extrañar que en esa época aún no se hubiese iniciado la explotación sistemática de la región minera de Río Tinto. Cuando se intensificó la demanda de metal y entraron en funcionamiento los filones de las serranías onubenses se produciría una evidente transformación en el patrón de asentamiento, en un intento por adecuarse a los nuevos sistemas de producción y a las nuevas rutas comerciales (Pellícer y Hurtado 1980, Blanco y Rothenberg 1981).

Esta hipótesis es sugestiva, ciertamente, pero requiere también dar por supuestas injerencias foráneas en la región. ¿Quién es el responsable del aumento de la demanda de metal en la frontera del siglo IX a.C.? ¿Las regiones colindantes, como el Bajo Tajo, el valle del Guadalquivir o comerciantes del Mediterráneo Central u Oriental?

La primera injerencia o influencia exterior que se suele aducir es la representada por la penetración de cerámicas del horizonte Cogotas I, con un peso diferenciado geográficamente. ¿Por qué su acción es más manifiesta en el valle alto y medio del Guadalquivir que en la cuenca baja o en la costa? Se han propuesto, para explicar el hecho, dos formas en que penetrarían esos influjos en Andalucía:

-elementos intrusivos en el ambiente propio de la región (Cerro del Real, Cerro de la Encina, Montemolín)

-presencia real y efectiva de esas poblaciones en Cuesta del Negro, Carmona (estrato V), Colina de los Quemados (estrato 16).

(Blázquez et al. 1987), insistiéndose en el hecho de las diferencias entre Andalucía Oriental -donde la presencia de Cogotas I es mucho más marcada- y la Andalucía Occidental, en donde a medida que nos alejamos del presunto foco -Sudeste y Cuenca alta del Guadalquivir- van disminuyendo las influencias meseteñas. A esta conclusión se ha llegado por los hallazgos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) en donde ha sido identificado un poblado "típico" de pastores meseteños en un lugar cuya ocupación anterior era inequívocamente argárica (Molina y Pareja 1975). Si prescindimos de los propuestos por Blázquez y sus colaboradores (Blázquez et al. 1987) no hay ningún otro yacimiento en donde se pueda detectar la "presencia real de estas poblaciones" (1).

Ahora bien, ¿cómo se debe entender la presencia de esos materiales "extraños" o, al menos, no propios del Sur? ¿Acaso se trata de migraciones, o bien de intercambios comerciales? Desgraciadamente se desconoce el contexto arqueológico propio de esa época (el hipotético Bronce Final I, anterior al siglo IX a.C.) en el Sudoeste. Es imposible evaluar, por tanto, la presencia de una corriente de retorno en la Meseta, hasta una fecha mucho más tardía. Se puede plantear, sin embargo, la existencia de unas posibles rutas de penetración para esas cerámicas "meseteñas", por la información que ello pueda proporcionar acerca de los canales de distribución de intercambios o de interacción entre distintas comunidades. Por su mayor presencia en los yacimientos más orientales y septentrionales del Sudoeste, es posible proponer la existencia de dos grandes vías de entrada: el Sudeste y Extremadura, sobre todo ésta última, por estar conectada estrechamente con la discusión planteada a propósito de las Estelas Decoradas.

En el Sudeste se observa un fenómeno casi idéntico al del Sudoeste: presencia ocasional de cerámica de boquique, incisa o excisa. Sólo que en la Andalucía Oriental, esta presencia de elementos meseteños se produce en un contexto bien definido: el Bronce tardío del Sudeste (Molina 1978). Es un Argar Tardío o Evolucionado (siglos XIV-XII a.C.) en el que se desarrollan

(1) El estrato V de Carmona es una excavación antigua (Carrizosa y Raddatz 1960) y sólo hace referencia a un corte estratigráfico muy limitado; sus resultados no han sido revalidados (Pellicer y Amores 1985). Lo mismo cabría decir de la Colina de los Quemados, corte estratigráfico con muy escasa cantidad de materiales (Luzón y Ruiz Mata 1973)

formas cerámicas como fuentes y platos con carena alta, desapareciendo elementos característicos del Argar Pleno, como la copa. En este entorno se produce la intrusión de los elementos Cogotas I, los cuales disminuirán progresivamente durante el Bronce Final I (siglos X-IX a.C.) del cual se desconoce su fase de formación (siglo XI a.C.). Durante el Bronce Final II (850-750 a.C.), caracterizado por la cerámica pintada, de retícula bruñida y con incrustaciones de bronce, desaparecerán totalmente las cerámicas del horizonte Cogotas I. De hecho, esta interpretación cultural no es otra cosa que una generalización a partir de la estratigrafía del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Arribas et al. 1974) que, a grandes rasgos, coincide con la del complejo Cerro de la Mora-Cerro de la Miel, en Moraleda de Zafayona, sobre el Genil (Pastor et al. 1980, Carrasco, Pastor y Pachón 1981a y 1981b, Carrasco et al. 1987) y tiene con indudables paralelismos con el polémico yacimiento de Llanete de los Moros, sobre el Guadalquivir. Hay que hacer notar, sin embargo, que en el Cerro de la Mora-Cerro de la Miel, durante la fase de Bronce Tardío, no hay elementos meseteños.

Al Oeste hay otra posible vía de penetración para los elementos relacionados con el horizonte Cogotas I: Extremadura. Los hallazgos de cerámica de ese tipo llevan desde Cáceres -presunto foco nuclear de la "Cultura", con la misma importancia que los de Duero y Jarama/Henares- hasta el Noroeste de Huelva, a través de la cuenca del Guadiana.

La ausencia de estratigrafías que pongan en relación este Bronce Final Inicial extremeño con las fases anteriores y posteriores dificulta el análisis (Esteban 1984). Los hallazgos se reducen a un conjunto de cerámicas cuya asociación mútua se ignora. En cualquier caso, M. Almagro Gorbea (1977) afirma que la cerámica de técnica de boquique no ha aparecido nunca con motivos excisos ni junto a las cerámicas del Bronce Final clásico (retícula bruñida):

"En Valcorchero (Cáceres) los abrigos que han proporcionado cerámica de ese nombre, no dan cerámicas típicas del Bronce Final Avanzado y, a su vez, en el abrigo de la Entrada Norte de dicha cueva, estas cerámicas de retícula bruñida son frecuentes y falta la cerámica de "boquique". Este hecho se comprueba en la Cueva de Escobar, donde la presencia de cerámicas de retícula bruñida y cerámicas bruñidas son evidentes y donde, una vez más, vemos la falta de "cerámica de boquique". Lo mismo puede decirse de Medellín, donde las cerámicas del Bronce Final pueden relacionarse con las de Escobar y con las de Valcorchero, si se prescinde de las cerámicas de la cueva Boquique, pues cerámicas de tipo boquique tampoco aparecen en Medellín" (Almagro Gorbea 1977: 118-119).

Se ha dicho que la cerámica de tipo boquique que aparece en Extremadura, con su característica *no asociación* a cerámica excisa, es un rasgo arcaizante, anterior al Bronce Final

propriadmente dicho. Se postula incluso, que fuese el área originaria de ese tipo de cerámica, siendo, por tanto, uno de los núcleos iniciales del horizonte Cogotas I (Sauceda 1984). Esta hipótesis parece poco probable, sobre todo ante las notorias diferencias entre el valle medio del Tajo y su cuenca alta: ¿por qué no han aparecido Estelas en la Meseta? Extremadura se muestra como una región con personalidad propia, si bien claramente vinculada a la Meseta en épocas puntuales de su Historia: Campaniforme Ciempozuelos, Cogotas I, ...

¿Pudo ser la región extremeña una vía de entrada de los influjos meseteños en la Andalucía Occidental? Resulta dudoso, al menos a partir de los datos a nuestra disposición. No obstante, la Ruta de la Plata está tachonada, ciertamente, con hallazgos: Cerro del Castillo de Alange (Badajoz), Alcazaba de Badajoz (cf. Enríquez y Hurtado 1986, Rodríguez Díaz 1986). También han aparecido vestigios de esos contactos con la Meseta al otro lado de la frontera actual con Portugal: Cerradinha (Santiago de Cacem) (Soares y Tavares 1978) y Cabeço do Crasto (São Romão. Seia) (Senna-Martínez et al. 1986), lo cual contrasta con la poca cerámica del horizonte Cogotas I que hay Andalucía Occidental: quizás los procesos de formación de ese registro arqueológico sean diferentes en cada una de las dos mitades en las que se podría dividir el Sudoeste de la Península Ibérica, o bien que la investigación sea todavía insuficiente como para dar una respuesta fiable (1).

La particular estratigrafía de Cerradinha ha llevado a los excavadores de ese yacimiento a pensar que sólo hubo, en ese lugar, un único nivel de población durante el Bronce Final. Los estratos han sido removidos por las labores agrícolas, por lo que no se han hallado estructuras asociables al habitat. Se supone que las habitaciones serían de material perecedero. La cerámica decorada mostraba motivos incisos (cuatro casos), a cepillo (tres casos), impresa -boquique- (tres casos), bruñida (seis casos) y plástica (32 casos). Resulta del mayor interés esta asociación de cerámicas incisas-impresas con las de retícula bruñida, paradigmáticas de la fase "tartesia" del Bronce Final. Con muy pocas excepciones (Monachil) la cerámica de Cogotas I es *siempre* anterior a la retícula bruñida. No parece ser ése el caso. Basándose en el hecho de que esa cerámica, en Cerradinha, está lejos de mostrar la perfección técnica usual en el Bronce Final II, así como ciertas formas aparentemente tardías, J. Soares y C. Tavares (1978) otorgan al conjunto una fecha muy baja: siglos VIII-VII a.C., que podría ser consecuente con la cerámica de retícula bruñida pero no aceptable para los fragmentos de cerámica de boquique (2). Caben varias opciones:

-
- (1) Los hallazgos recientes en Lebríja, aún no publicados, de cerámica de boquique y excisa, podrían alterar en breve este panorama.
 - (2) K. Spindler sugiere, sin embargo, que esa cerámica de retícula bruñida se relacione directamente con la de Lapa do Fumo, más antigua (datada incluso a fines del Bronce Pleno) y no con la de Roça do Casal do Meio, con una datación más semejante a la andaluza (a partir del siglo X a.C.)

- la estratigrafía del yacimiento se ha perdido: los fragmentos de cerámicas de Cogotas I procederían de la fase más antigua.
- la retícula bruñida portuguesa sería más antigua que la andaluza (Hipótesis de Schubart y Spindler)
- No se trataría de Cerámica Cogotas I sino de motivos parecidos pero no relacionados (Hipótesis de Almagro Gorbea).

Si Cerradinha puede considerarse como un ejemplo típico del Bronce Final del Sur de Portugal, Cabeço do Crasto lo es para la región del Centro de Portugal, la cuenca del Mondego. En este yacimiento se han identificado dos murallas. La exterior define un amplio recinto fortificado correspondiente a la fase de mayor expansión del poblado y está construida con bloques, principalmente de granito, parcialmente desbastados y superpuestos sin argamasa. Debe datar en la Edad del Hierro, posiblemente con sucesivas reparaciones posteriores. La muralla interior, aprovechando los afloramientos graníticos naturales, se construyó por apilación de bloques de piedra no aparejados, constituyendo una plataforma fuertemente defendida y de acceso difícil. Pertenece, según los autores de la excavación, al Bronce Final (Senna-Martínez et al. 1986). La cerámica hallada en este segundo recinto es de pasta negra o castaño-ceniciento oscuro, bruñida y frecuentemente decorada con motivos incisos del estilo Baiões/Santa Luzia. Se identificó así mismo un fragmento con decoración excisa, semejante a los de la Meseta (1). También cabe señalar, como ejemplos de los contactos entre la Meseta y la Beira Alta, la cerámica con motivos impresos en forma de SSSS, comunes en el horizonte de Cogotas II. Cerámicas con esas características han sido localizadas en Bouraco da Moura y el Castro da Senhora da Guia (Baiões), en un ambiente de Bronce Final, lo que da pie a replantearse el origen y longevidad de ese motivo decorativo. La cerámica del tipo Baiões/Santa Luzia suele datarse en el Bronce Final Atlántico IIIb, durante el siglo VIII a.C. (Tavares da Silva 1978, Kalb 1978, 1980a), al menos para su fase de mayor expansión. Nuevamente, al igual que en el Sur, las asociaciones Meseta-Portugal llevan a dataciones sorprendentemente bajas, coincidentes ya con el fin de Cogotas I en la Meseta. De las tres hipótesis antes enunciadas, la de Almagro Gorbea (1977) parece la más coherente: la existencia, al menos en el estuario del Tajo, de un horizonte paralelo al de boquique y caracterizado por las cerámicas incisas de la Cueva de Carvalhal, que demuestran personalidad propia y no pueden ser reducidas a meros contactos con la Meseta. Si existiese ese foco local de

(1) Hallazgo de gran importancia dada la ausencia de cerámica excisa en la Extremadura española, lugar de paso, en teoría, para poner en relación la Beira Alta con la Meseta, a no ser que procediese de los yacimientos del Bajo Duero, como Tapada da Caldeira o Bouça do Frade.

cerámicas incisas-impresas-excisas, entonces quizás sí se pudiese entender este Bronce Final, desligándolo de la corriente de circulación de elementos Cogotas I. Ruiz Gálvez ofrece otro interesante intento explicativo para la "escasez" de elementos Cogotas I en el Sudoeste:

"en el Noroeste atlántico, donde parece haber perdurado y evolucionado durante casi toda la Edad del Bronce una tradición cerámica -el horizonte Tapado da Caldeira II/Orca dos Juncals y la cerámica tipo Penha- parecería lógicamente más fácil la penetración de otros tipos y estilos que supondrían novedad e innovación, que en el SO. de la misma región atlántica, donde por la misma agilidad y dinamismo de sus culturas locales, la penetración de modas vecinas procedentes de grupos tal vez culturalmente inferiores, quedaría frenada" (Ruiz Gálvez 1984b: 449).

Ahora bien, ello no explica la presencia de gentes -y no sólo "intercambios" Cogotas I en Purullena, Llanete de los Moros y Carmona, con un "dinamismo" cultural semejante, sino superior, al del Sudoeste clásico.

En definitiva, la circulación de elementos meseteños no es condición suficiente y necesaria para poder definir un Bronce Final Inicial en el Sur de la Península Ibérica, ubicable en los siglos XI-X a.C. y que sirviese como horizonte cultural propio de las primeras Estelas Decoradas. No es un fenómeno homogéneo:

- en algunos lugares (Andalucía Oriental, valle alto del Guadalquivir y Tajo) correspondería a una fase anterior al Bronce Final tartesio
- en otros lugares (¿Andalucía Occidental?, Portugal) coincide con el origen de ese Bronce Final II o tartesio, conviviendo parcialmente con las cerámicas de retícula bruñida.

En cualquier caso, todo parece indicar que durante el siglo XI-X a.C., el mediodía peninsular entra a formar parte de una compleja red de intercambios -comerciales o no (guerra)- en la que las gentes del horizonte Cogotas I jugarían, por su posición geográfica, un lugar central.

EL BRONCE FINAL TARTESIO: LA CERÁMICA DE RETÍCULA BRUÑIDA

La *cerámica de retícula bruñida* recibe este nombre por su decoración "de líneas rectas, trazadas con una punta roma, fina y alisada, cuando está el barro fresco. Así se consigue un dibujo de trazos delicados, brillantes e indelebles, en líneas oblicuas y cruzadas, que determinan losanges y diversas combinaciones de redes" (Carriazo 1969: 327). Definidas a partir de su hallazgo en la estratigrafía de Carmona, estas cerámicas eran conocidas desde las excavaciones de Bonsor a principios de siglo, siendo consideradas ya entonces como un elemento propio del Bronce Final.

Si siguiéramos la hipotética periodización de F. Amores (1979-1980), la presencia de esa cerámica indicaría tanto un Bronce Final II como un Bronce Final III. Esta larga perduración en el tiempo ha sido la causa de su ambivalencia e indefinición como elemento cronológico.

La estratigrafía de Carmona (Carriazo y Raddatz 1960, Pellicer y Amores 1985), Setefilla (Aubert et al. 1983) y Llanete de los Moros (Martín de la Cruz 1987) han puesto de manifiesto su posterioridad con respecto al fenómeno de las cerámicas del horizonte Cogotas I, mientras que las estratigrafías de Cerro Macareno (Fernández, Chasco y Oliva 1979, Pellicer, Escacena y Bendala 1983), Cabezo de San Pedro (Belén, Fernández Miranda y Garrido 1977, Del Amo y Belén 1981, Ruiz Mata, Blázquez y Martín de la Cruz 1981, Belén, Del Amo y Fernández Miranda 1982), El Carambolo (Carriazo 1973), Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata 1984), Alhonor (López Palomo 1980, 1982), Quebrantahuesos (Pellicer 1983), San Bartolomé de Almonte (Ruiz Mata y Fernández Jurado 1986), muestran su perduración después incluso de la Colonización Fenicia (1) y hasta bien entrada la Edad del Hierro.

Se encuentra esta cerámica en todo el Sur peninsular, homogeneizando áreas culturales que hasta entonces se habían caracterizado por sus diferencias. Se asiste, por tanto, a una notoria expansión de los intercambios interzonales, en un grado mucho mayor a lo que sucedería anteriormente en un hipotético Bronce Final Inicial, que no alteraría las formas de vida tradicionales desde el Bronce Pleno local.

(1) En el sudeste, esas cerámicas son siempre *anteriores* a la cerámica a torno de inspiración fenicia (Carrasco Rus et al. 1987).

La distribución de la cerámica de retícula bruñida por todo el mediodía peninsular (Fig. 36) no obliga, sin embargo, a explicar esta fase como un todo cultural único, compacto y homogéneo. De hecho se identifican tres núcleos fundamentales de producción de cerámica de retícula bruñida, dispersándose los hallazgos a partir de ellos y haciéndose progresivamente más escasos a medida que uno se aleja de ellos (Ruiz Mata 1979). Esos tres núcleos son: el Estuario del Tajo, Huelva y el Guadalquivir, siendo los dos últimos mucho más semejantes entre sí que no con el primero.

En líneas generales, las diferencias más notorias entre la cerámica de retícula bruñida andaluza y portuguesa son:

- 1.- Con raras excepciones, las cerámicas andaluzas están decoradas en el interior del recipiente. En los ejemplares portugueses la decoración aparece en el exterior del vaso.
- 2.- Los motivos decorativos de los ejemplares portugueses son más ricos que los de los yacimientos andaluces, sobre todo en cuanto a la cantidad de elementos decorativos usados en sus combinaciones.
- 3.- Las vasijas portuguesas muestran formas ausentes en la serie de recipientes andaluces.

(Cunha Serrão 1970, Schubart 1971, López Roa 1978, Ruiz Mata 1979, Alarcón 1978).

El núcleo de distribución de esa cerámica en Portugal es, fundamentalmente, el Estuario del Tajo, con lo que se produce un fenómeno curioso, ya señalado por Schubart (1971) e idéntico a lo que sucedía durante el Calcolítico Campaniforme: dos focos fundamentales entorno al Tajo y al Guadalquivir, distintos pero fuertemente relacionados, dejando aparte, como si de un área marginal se tratara, el Baixo Alentejo, el Algarve y la Extremadura Española. A diferencia de lo que sucedía durante el Calcolítico, en el Bronce Final destaca la importancia de la zona de Huelva, en especial la desembocadura de los ríos Tinto y Odiel, que ponen en relación un importante puerto con una riquísima región minera, probablemente infrautilizada en época Campaniforme. Schubart destaca, además, que mientras que en el Sur de Portugal sí que hay un Bronce Pleno bien individualizado, ni en el Guadalquivir ni en el Tajo hay algo parecido.

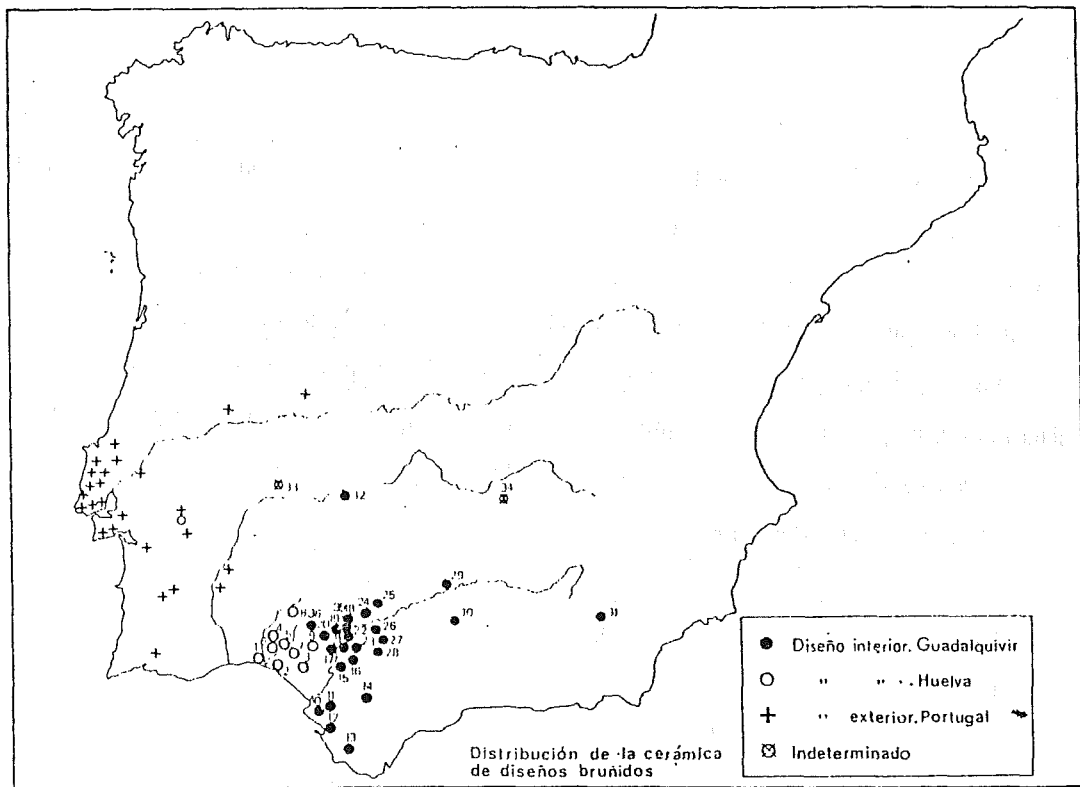
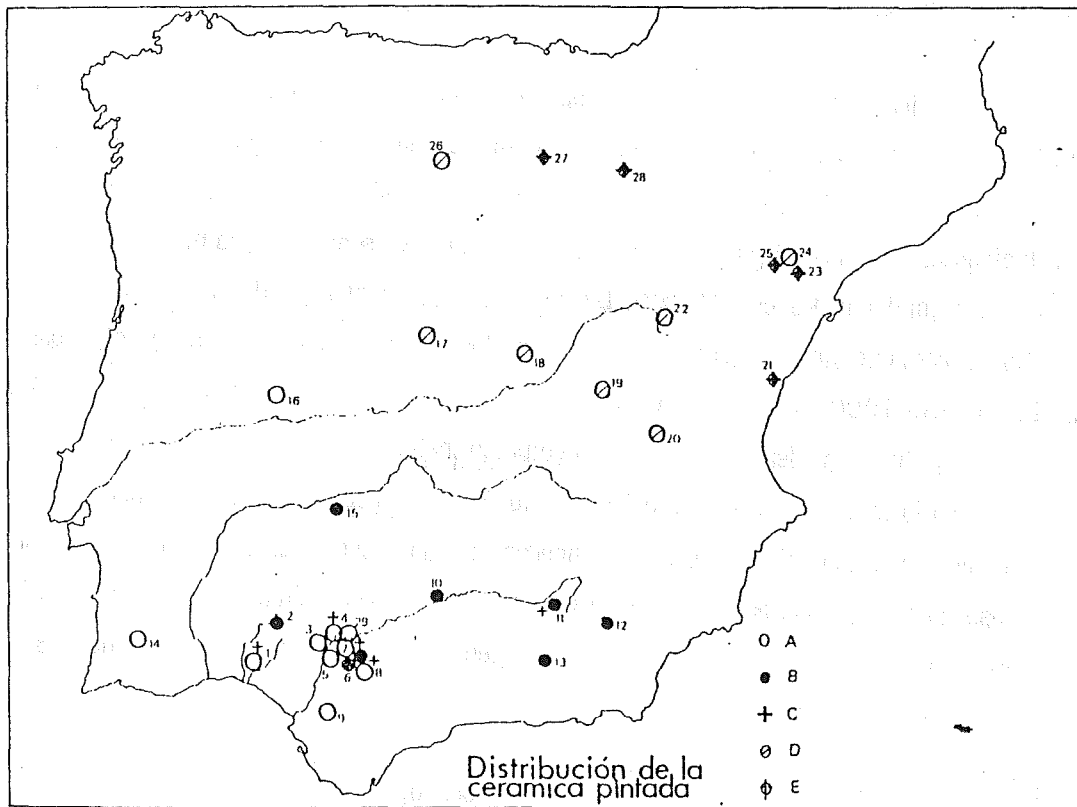


Fig. 36 Distribución de la cerámica de retícula bruñida y cerámica pintada (según Ruiz Mata, Blázquez y Martín de la Cruz 1981)



—A) Círculo: tipo Carambolo. Fase I; B) Círculo negro: bicroma; C) Cruz: tipo S. Pedro. Fases II-III; D) Círculo con línea: bicroma. Meseta; E) Otros tipos. Meseta.

Esta hipótesis no es correcta, sin embargo, al menos en lo que se refiere al Guadalquivir, donde sí que hay un Bronce Pleno local, aunque los datos hoy publicados no permitan definirlo con toda satisfacción (1). En el Estuario del Tajo, lo único que se conoce es la aparición descontextualizada de elementos que se suelen atribuir a una hipotética expansión del Bronce del Sudoeste (Spindler y Veiga Ferrerira 1974, Parreira 1977, Pinto y Parreira 1978, Spindler 1981, Cardoso 1987), los cuales se asocian directamente a la primera aparición de cerámica de retícula bruffida, sin la "fase intermedia" con influjos Cogotas I que se ha querido identificar en ciertos lugares de Andalucía; de ahí que se planteen numerosas dificultades a la hora de establecer el origen de esta cerámica.

Cronológicamente, el Bronce del Sudoeste y Cogotas I son sólo parcialmente contemporáneos. En el 1300 a.C., la "Cultura" de Cogotas I estaba bien asentada en la Meseta e iniciaba, tímidamente, su expansión (Tapado da Caldeira), a no ser que prefiramos denominar a ese fenómeno como "red de intercambios" y no "expansión", término que trae connotaciones de "ocupación de la tierra". Cuando llegan sus influjos al Sur (1100-900 a.C.) se ignora si existía aún una cultura material semejante a la del Bronce Pleno en el Sudoeste clásico (Baixo Alentejo y Algarve). Aunque tradicionalmente se proponga una fecha alrededor de los siglos IX-VIII a.C. para el final de dicha cultura (Schubart 1975), parece muy poco verosímil, teniendo en cuenta los errores metodológicos en que se incurrió para datarla, y que he examinado en su capítulo correspondiente.

El principal error de Schubart -lógico en el momento de publicar sus excavaciones en Atalía- fue la equivalencia forzada con el desarrollo cronológico de El Argar. A partir de ahí y considerando las asociaciones de la cerámica decorada (estriada), ciertas formas cerámicas "evolucionadas" (cuencos tipo Santa Vitoria y Ondivelas) y, sobre todo, la presencia de Estelas Alentejanas (mal datadas por Almagro Basch basándose en el depósito de la Ría de Huelva), resultaba necesario formular una segunda fase, lógicamente más moderna que el Argar B y datable entre el 1000 y el 700 a.C. (Schubart 1975: 166). Esta fase, encuadrable en un Bronce Final clásico fue considerada como una evolución natural del periodo precedente, si bien experimentaría muchos y variados estímulos foráneos. Las cerámicas evolucionarían hacia el formalismo y el barroquismo decorativo; predominarían cuencos carenados más altos, paredes cóncavas...; aparecerían por vez primera los cuencos con decoración en el interior (geométrica o fitomórfica) y en el exterior, sobre la carena o en las paredes del vaso. Pequeños vasos de

(1) Tengo noticia de la Tesis Doctoral de R. Serna, de próxima aparición, y que trata monográficamente este tema. Espero que ese trabajo plantee una buena sistematización del periodo.

cuello estrangulado con decoraciones de nervios, bandas formadas por series de incisiones e impresiones de diferente forma y medida, en espiga o zigzag, dispuestas en paralelo.

Desgraciadamente, no hay criterio empírico alguno que permita diferenciar estos materiales y configurar con ellos una fase cronológica única. Los cuencos tipo Atalaia -fósil director de la primera fase de esa cultura- se asocian en muchas ocasiones con los cuencos decorados tipo Santa Vitoria, lo cual ha sido interpretado como "perduración". También se han querido buscar asociaciones con la cerámica de retícula bruñida:

"Tanto los cuencos decorados de retícula bruñida del tipo Vimeiro, como los del tipo Sesimbra (Lapa do Fumo) se aproximan mucho a la forma de los del tipo Santa Vitoria. Los motivos decorativos también tienen formas relacionadas con aquellos y que los sitúan en un mismo periodo. A excepción del ya mencionado fragmento de Atalaia VZ, directamente relacionado con los perfiles de las fuentes de retícula bruñida, en el periodo del Bronce del Sudoeste hay una relación indirecta entre los fragmentos pintados procedentes de la tumba en forma de cúpula de Nora Velha y la cerámica de retícula bruñida del bajo Guadalquivir. Las fechas de la cista del túmulo VZ y del complejo de sepulturas de Nora Velha se pueden extender sin problemas hasta los siglos IX y VIII a.C. De esta forma se puede datar la fase final del Bronce del Sudoeste en el Baixo Alentejo" (Schubart 1975: 150).

La postura de R. Parreira y A. Monge Soares es algo distinta. Estos autores señalan la presencia de un nuevo horizonte, que quizás podría denominarse "Bronce del Sudoeste III", caracterizado por la continuidad de los rasgos tradicionales de la fase anterior, junto a la irrupción de nuevos elementos de procedencia, según ellos "mediterránea" (Parreira y Monge Soares 1982). La presencia en la cerámica de retícula bruñida de motivos decorativos fundamentalmente en el exterior de la vasija, situaría esa región bajo el "dominio" de las poblaciones de la Extremadura Portuguesa, si bien la presencia de cerámicas decoradas en el interior (por ejemplo en Cerradinha, con todos los problemas cronológicos que comporta su presencia allí junto a cerámica presuntamente de boquique, y en Pontes de Marchil, cf. Soares y Tavares 1978, Pinho Monteiro 1980, Morais Arnaud 1979) sería indicativo de la presencia de influjos onubenses y del valle del Guadalquivir.

En cualquier caso, es preciso insistir en el hecho de que el horizonte de la cerámica de retícula bruñida en el Sur Portugués está acompañado de una transformación en todos los órdenes, destacando, quizás, la proliferación de habitats fortificados (Outeiro do Circo, Coroa do Frade), todos ellos con los nuevos elementos cerámicos que contrastan con los poblados abiertos

de la fase anterior (Gomes et al. 1986, Morais Arnaud 1979, Parreira 1971-1975).

En el Estuario del Tajo, la primera aparición de la cerámica no parece provocar un cambio tan radical en las formas de vida. K. Spindler (1981) cree poder identificar un primer horizonte de cerámicas de retícula bruñida decorando el exterior del vaso, que él denomina *variante Lapa do Fumo* (1), caracterizado por usar como motivos predominantes bandas anchas y triángulos, estrías enmarcadas por líneas formando retículas, las cuales a veces ocupan toda la superficie decorada. Según Spindler, la cerámica así decorada constituiría un grupo independiente dentro del conjunto de las de retícula bruñida, que sería más antiguo que las cerámicas del segundo grupo - *variante Alpiarça y Roça do Casal do Meio*- cuyos motivos decorativos se dispondrían, a diferencia de en la facies Lapa do Fumo, en líneas estrechas, no ocupando la totalidad del vaso sino en pequeños campos y composiciones metopadas. En la facies Lapa do Fumo destacarían, como formas dominantes, los cuencos planos de hombro marcado. Esos motivos decorativos aparecerían también en cerámicas que, por su perfil, recuerdan prototipos del Bronce del Sudoeste II. La facies Alpiarça/Roça do Casal do Meio, por su parte, mostraría un mayor abanico de formas posibles, prueba de su evolución y, consiguientemente, mayor modernidad. Es de destacar la total preponderancia de fondos planos, a diferencia de lo que sucedería en la facies anterior. Otros rasgos que permitirían su identificación son: el cuello cilíndrico, hombros altos y con fuerte carena, presencia de pequeñas asas, mamelones o incluso, perforaciones,... (Kalb y Höck 1979, 1982, 1987, Spindler et al. 1973-1974, Spindler 1981).

La facies de Lapa do Fumo sería propia de yacimientos como Barro, Bocas, Cabeço dos Moinhos, Fojo dos Morcegos, Lapa do Fumo, Monge, Vimeiro, en la Estremadura Portuguesa, y Cerradinha y Manganche en el Alentejo. Es curioso observar su dispersión estrictamente costera -a excepción de Manganche, en las minas de Aljustrel- lo cual quizás sirviera de apoyo a los que piensan, erróneamente bajo mi punto de vista, que la retícula bruñida es una cerámica de origen mediterráneo -Schubart (1971) sugiere paralelos con Cerdeña-, quizás vinculada al horizonte de cerámicas Geométricas del mundo helénico (?) (cf. por ejemplo Bendala 1984).

Ahora bien, Spindler hace notar que en algunos de estos yacimientos también aparece cerámica de la segunda facies, lo que complica enormemente la interpretación cronológica, pues no hay estratigrafías en las que contrastar la hipótesis (2). Cerradinha, por ejemplo, ha sido

(1) La mayoría de investigadores (Schubart 1971, Almagro Gorbea 1977, Ruiz Mata 1979, Alarcón 1983, Coffyn 1983, entre otros) dan ese nombre a *todas* las cerámicas con retícula bruñida por el exterior, no definiendo variantes como hace Spindler.

(2) Una excepción sería la Cueva de Cadaval, en el valle del Nabão, en donde se han identificado

datado en un momento tardío, más cercano a la facies Alpiarça que no a Lapa do Fumo, por Soares y Tavares (1978). La única opción que queda para datar las dos facies es evaluar su incidencia en cuevas: la hipótesis -no contrastada- de Spindler plantea que la facies de Lapa do Fumo es aún propia de contextos de Bronce Pleno con ritual funerario colectivo en cueva; la segunda facies de la cerámica de retícula bruñida comportaría la expansión del habitat, la renovación del utillaje cerámico y la adopción de nuevos ritos funerarios, representados en el monumento de cúpula de Roça do Casal do Meio (Spindler et al. 1973-1974).

De ser cierta la hipótesis de Spindler -origen de la retícula bruñida del Tajo a fines del Bronce Pleno, quizás en un Bronce Tardío aún por definir- se solucionarían muchos de los problemas cronológicos planteados en las páginas anteriores, en especial su asociación con elementos residuales del Bronce del Sudoeste II e, incluso, con piezas descontextualizadas atribuibles al horizonte Cogotas I (por ejemplo en Cerradínha). Numerosos problemas subsisten, no obstante: la falta de estratigrafías fiables impide evaluar correctamente la "asociación" de cerámicas pertenecientes a culturas materiales distintas (especialmente en el caso de la asociación de retículas bruñidas y cuencos decorados tipo Santa Vitoria), en el caso de Ratinhos parece tratarse de coincidencias de ambos tipos en una misma localidad y no a una asociación estratigráfica. Es importante destacar, así mismo, el hecho de que la segunda facies definida por Spindler tiene una datación relativamente clara, al menos para la encontrada en el yacimiento de Roça do Casal do Meio (siglos X-IX a.C.), debido al hallazgo de una fíbula de codo de morfología bastante antigua (semejante al tipo Cassibile), anterior a las de la Ría de Huelva. Esto puede llevarnos a considerar a la región del Estuario del Tajo como uno de los núcleos originarios de las transformaciones del Bronce Final, que de una manera u otra repercutirían en Huelva (minas de Riotinto) y el valle del Guadalquivir.

¿Cual es la situación en la Andalucía española? Allí, durante la época de esplendor de la cerámica de retícula bruñida (siglos IX-VIII-VII a.C.) se distinguen dos núcleos, el de Huelva y el del Guadalquivir:

dos niveles estratigráficos atribuibles a la Edad del Bronce, una con cerámica de tradición calcolítica, presencia de retículas bruñidas, así como cerámica incisa e impresa (digitaciones), y otra más moderna con paralelos en la "Cultura de Alpiarça" (Crua y Oosterbeeck 1985). Hay también referencias a una probable estratigrafía en Lapa do Fumo, con un nivel caracterizado por cerámicas de carena baja (¿Bronce Pleno?) y el siguiente con las cerámicas epónimas del yacimiento. La cronología es discutible al aparecer asociados en el primer nivel un puñal campaniforme y un puñal Porto de Mós (Cunha Serrão 1978, Ruiz Gálvez 1984b).

- * **Huelva:** Formas cerámicas de pequeño y mediano tamaño; cuencos de borde más estrecho y alargado, carena más angulosa; pasta grisácea o azulada, engobe negruzco; gran libertad en la expresión y creación de motivos decorativos: retícula de trazos finos bruñidos sobre la superficie mate; motivos: retículas, triangulos, ramas, líneas oblicuas paralelas
- * **Guadalquivir:** Formas cerámicas de mediano y gran tamaño; algunas formas están ausentes en Huelva: cuenco o cazuela bicarenado troncocónico. Cuencos de borde más engrosado y corto; carenas redondeadas; pasta menos depurada; engobe acastañado; motivos decorativos menos variados, a veces incisos.

Estas diferencias no se deben a motivos cronológicos (1). Huelva, por ser un lugar de enclave, estaba más abierta a los contactos e influencias que por vía marítima recibía, de ahí que presente una mayor variedad de motivos bruñidos que los del valle del Guadalquivir; de otro lado, su economía, básicamente fundamentada en la metalurgia y los intercambios en gran escala -hipótesis sin contrastar, cf. López Palomo 1981, Fernández Jurado 1986a, Fernández Jurado y Ruiz Mata 1985), aparentemente más rica que la del Guadalquivir, pudo provocar una demanda de estas piezas por parte de una "clientela" más refinada, rica y exigente que aquella otra situada más al interior y que constituía una sociedad agrícola y ganadera, por tanto, más pobre y conservadora y de gustos menos exigentes. A título de ejemplo, se suelen citar las diferencias de riqueza entre las necrópolis de La Joya y Setefilla, indicativo del grado de riqueza ostentado por los individuos de ambas comunidades.

Contemporánea de la cerámica de retícula bruñida, la cerámica pintada con finas líneas paralelas en rojo sobre superficies bruñidas, registra una diferenciación semejante, siendo predominante en el Guadalquivir y episódica en Huelva (Cabrera 1981, Buero 1984) (2). Otro tanto cabría decir de los soportes-carrete, cuyos hallazgos se concentran en el Guadalquivir, formando una alineación a lo largo del río, fundamentalmente en la orilla septentrional (Gasull 1982). El caso inverso, es decir, mayor frecuencia de aparición en Huelva y menor en el Guadalquivir, sucede con la cerámica basta decorada con digitaciones. Bastante tardía, no hace

(1) M.J. Alarcón (1983) define una diferenciación cronológica superpuesta a ésta geográfica: un grupo A, formado por cerámicas de pasta más depurada y mejor acabado (siglos IX-VIII a.C.) y otro B, con peor acabado, tanto en modelado como decoración, posterior a la llegada de los influjos fenicios.

(2) Hay que hacer notar que las cerámicas pintadas del Sudeste (tipo Cerro del Real), aunque con un cierto aire de familia, son distintas de las del Guadalquivir (tipo Carambolo). Un yacimiento intermedio entre las dos regiones como Llanete de los Moros muestra esa ambivalencia (Blasco 1980, Baquedano 1987, Martín de la Cruz 1987).

su aparición hasta la llegada de los primeros elementos fenicios, y coincide con la progresiva pérdida de calidad de la cerámica de retícula bruñida. Esa cerámica tosca abunda en Huelva, Cerro Salomón, Colina de los Quemados, san Bartolomé, Tejada la Vieja y Cástulo; escasea, por el contrario, en el bajo Guadalquivir y en la bahía de Cádiz. Su porcentaje de aparición es alto en el Cerro Macareno, con una casi total ausencia en el Carambolo, Valencina de la Concepción, Setefilla y Castillo de Doña Blanca. Son muy escasas en el Sudeste. Aunque se haya dicho que ésta cerámica es propia de gentes indoeuropeas (?) que llegan al mediodía peninsular entorno al VIII-VII a.C. (por ejemplo Del Amo y Belén 1981), lo cierto es que nada permite aceptar esa hipótesis: no hay ningún elemento que pueda utilizarse para afirmar la presencia de "Indoeuropeos". Por el contrario, es importante señalar la mayor presencia de esas cerámicas con decoración digitada en yacimientos con probada actividad minero-metalúrgica.

¿Puede servir este complejo sistema de semejanzas y diferencias en la distribución geográfica del utilaje cerámico para entender el origen del Bronce Final en la región? Hay que advertir que en Huelva, allí donde esa cerámica alcanza mayores cotas de calidad, no se ha podido reconstruir su evolución. Aparece plenamente caracterizada en los estratos más antiguos de San Pedro, datados en el siglo IX a.C. Este hecho ha llevado a numerosos autores a seguir la hipótesis orientalista de Schubart 1971 y poner en conexión ese motivo decorativo con las cerámicas con decoración geométrica que por entonces imperaban en el Mediterráneo Oriental (Bendala 1979, 1984, Werner Ellerín 1987). Sin embargo, la presencia indudable de decoraciones bruñidas en contextos calcolíticos y del Bronce Pleno (Valencina de la Concepción, Carmona) obliga a concederle un origen autóctono, casi tan antiguo como en Portugal.

Ciertamente, en Huelva parece haberse producido un cambio radical durante el siglo IX a.C. que no se puede comprender analizando exclusivamente el desarrollo cultural que hasta entonces había transcurrido en esa región -entre otras cosas porque no hay registro arqueológico que documente ese mismo desarrollo-. El hecho capital parece ser el inicio de la explotación de las minas de Riotinto (1), cuya salida natural hacia el mar es, naturalmente, Huelva (Cerro de San Pedro). Si consideramos entonces, que el inicio del Bronce Final en Huelva está en conexión con el comercio del metal, entonces habremos de aceptar:

(1) Varios autores han criticado las opiniones de Blanco acerca de una metalurgia calcolítica en Riotinto (Blanco y Rothenberg 1981). Contrasta la ausencia de material campaniforme con su presencia en Aljustrel (Domergue y D'Andrade 1971). Los primeros trabajos de minería identificados en el área de Rio Tinto corresponden al campamento temporal de mineros de Chinflón, datado entre fines del IX a.C. y principios del siglo VIII a.C., sin que sufriera el impacto de las colonizaciones (Pellicer y Hurtado 1980)

- en un momento dado, las poblaciones del Bronce Pleno (cistas del Sudoeste) empiezan a trabajar en las minas de Río Tinto y Aracena.
- en un momento dado, la demanda de metal aumenta considerablemente, lo que hace rentable la explotación de nuevas minas

¿Hasta qué punto están relacionados los "clientes" del metal producido allí con la cerámica de retícula bruñida? ¿O acaso esa cerámica es la señal de identidad de los mineros y metalúrgicos locales?

REGIONALISMOS EN LA PRODUCCION E INTERCAMBIOS DE LOS OBJETOS METALICOS DURANTE EL BRONCE FINAL DEL SUDOESTE

La interpretación tradicional del Bronce Atlántico en tres fases parece coincidir, a grandes rasgos, si bien con un cierto desfase cronológico, con la explicación habitual para el Bronce Final del Sur, también subdividido en tres periodos. Así, el bronce Atlántico I sería sinónimo de un hipotético Bronce Tardío, aún no definido en el registro arqueológico del Sudoeste -sí en el Sudeste-. El Bronce Final II coincidiría con la difusión de cerámicas meseteñas del horizonte Cogotas I (¿Bronce Final I?): las espadas pistiliformes podrían haber sido difundidas por los pastores de la Meseta. El Bronce Atlántico III, con sus dos fases -Huelva y Vénat- coincidiría con la difusión de cerámicas de retícula bruñida: una primera fase -espadas de lengua de carpa y fibulas de codo- anterior a la Colonización Fenicia y una segunda -espadas Sa Idda, horizonte Baiões- contemporánea del comercio oriental.

Subsisten, sin embargo, excesivos problemas a esta tentativa de explicación. De ellos, quizás el más importante sea el que hace referencia a la falta de homogeneidad geográfica en la dispersión de los artefactos propios de cada una de estas "fases" u "horizontes" culturales. Este hecho ha sido considerado como constatación de la existencia de ciclos de auge y decadencia: si en los inicios del Bronce Final, el Noroeste peninsular alcanzó un auge que le permitió "exportar" sus espadas pistiliformes y lanzas de tipo parisino, esa región debió de entrar en decadencia durante la fase clásica de ese mismo Bronce Final, momento en el cual el auge cultural correspondería a las comunidades del Sur. Del mismo modo, esos lugares dieron paso, poco tiempo después, al notable vigor de la región del Bajo Tajo y Centro de Portugal. Esto implica, lógicamente, que en la época de esplendor de las espadas pistiliformes no habría espadas de lengua

de carpa -en contra de la hipótesis de Carrasco et al. (1987)-. En otras palabras, durante el Bronce Atlántico II, las áreas culturales meridionales de la península "dependerían" de las del Noroeste, situación que se invertiría radicalmente a principios del Bronce Atlántico III.

Si consideramos el mapa de dispersión de las espadas del Bronce Pleno-Tardío (Fig. 25, p.133-134; Fig. 26, p. 139-140), se observa fácilmente una primera concentración de piezas en el Sur peninsular, en contextos argáricos y en las Estelas Alentejanas. Igualmente, cabe señalar otro importante núcleo en la Meseta, con espadas como la de Guadalajara, la del Museo Arqueológico Nacional y las de Abía de la Obispalía (Cuenca); finalmente es digno de ser mencionado un tercer núcleo, limitado al Noroeste (Moaña, Forcas, Entrambasaguas, Cea). En el Centro-Oeste peninsular -es decir, la Extremadura española y las Beiras Alta y Baja portuguesas- sólo es posible señalar la de Castelo Bom y las representadas en las Estatuas-Menhir de Tapado da Moita y Valdefuentes de Sangusín.

Los hallazgos de espadas del Bronce Atlántico I (Fig. 26, p. 139-140) no ofrecen ninguna regularidad interperetable. Llama, quizás, la atención su ausencia en el Sudoeste, pero eso es debido a los problemas de datación implícitos en las Estelas Alentejanas. En definitiva, la reanudación de los contactos -siempre y cuando se acepte la hipótesis tradicional de su interrupción durante el Bronce Pleno cf. Ruiz-Gálvez (1984a)- entre la Península Ibérica y el Círculo Atlántico no parece provocar un predominio de ciertas áreas sobre otras, aunque quizás este hecho se deba a la pequeña escala de esos primeros intercambios. Por otro lado, ya que me refiero a un ítem con valor sociotécnico -y aún ideotécnico- antes que expresamente de uso (tecnómico), todo parece indicar que la complejidad de la estructura social era bastante similar en las distintas áreas: todas tienen el mismo número de artefactos para enfatizar Roles de Privilegio.

Esta hipótesis -homogeneidad de la estructura social que actúa como factor igualador en la dispersión de espadas- parece contrastarse si la comparamos con la dispersión de otros materiales propios de ese Bronce Atlántico I (hachas y puntas de lanza): concentración significativa en el Norte, con prolongaciones hacia el Centro-Oeste (depósito de Porto de David, Guarda). Algo muy semejante pasa en el Bronce Atlántico II. Si se compara, por ejemplo, la dispersión de las puntas de lanza (de tubo largo y alerones inflexionados, de tipo parisino) (Fig. 37) con la de las espadas pistiliformes (Fig. 27, p. 140-141), se observa cómo las lanzas se concentran en el Noroeste, en tanto que las espadas se reparten, desigualmente, pero por toda la geografía peninsular. Nuevamente es posible interpretar esta dispersión diferenciada como la constatación de una demanda singular de ciertas piezas metálicas por sus connotaciones socio- e ideotécnicas: las espadas.

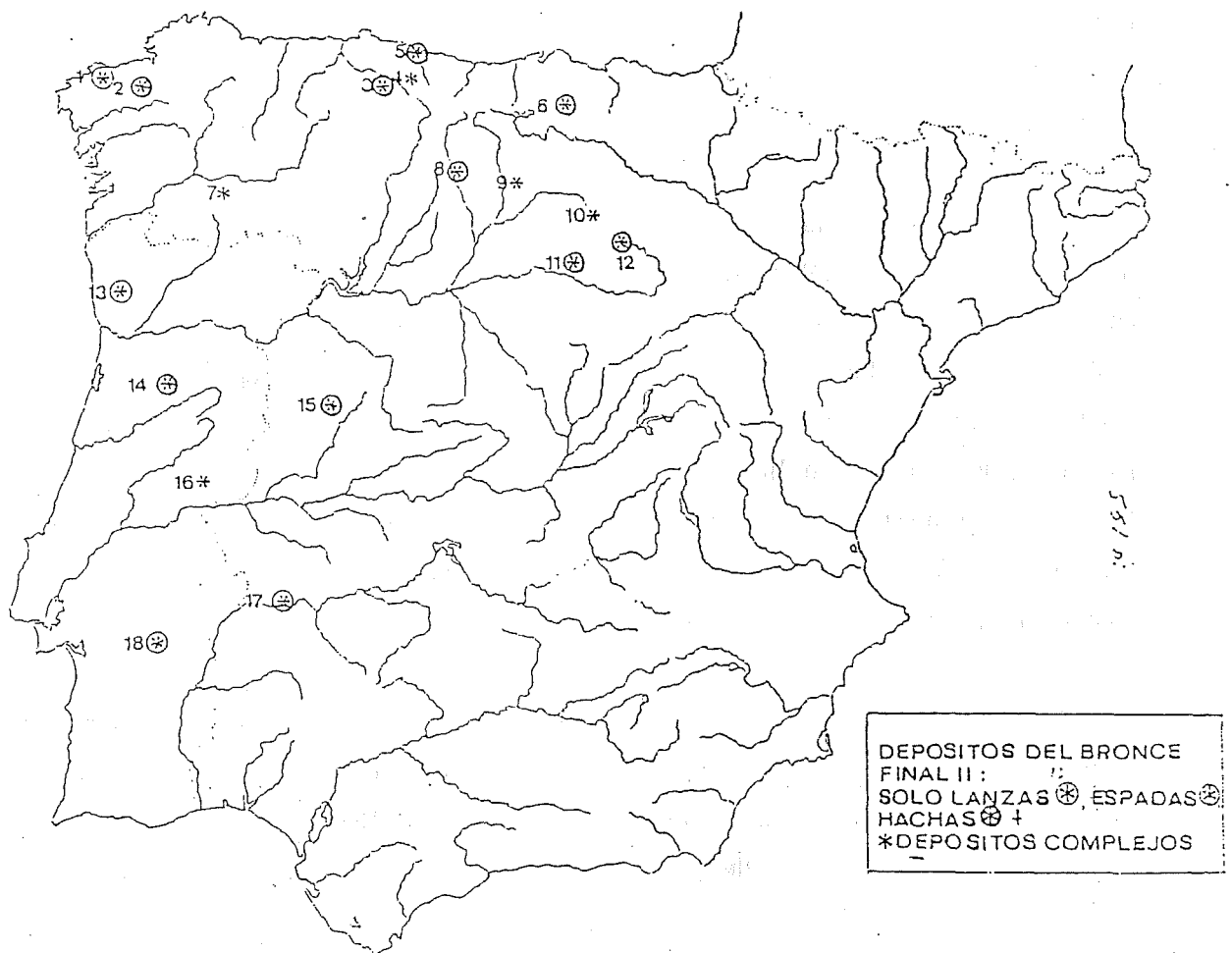


Fig. 37 Distribución de Depósitos del Bronce Atlántico II (Según Ruiz Gálvez 1984b).

- 1.- Laguna de Alcayán 2.- Santa María de Parada 3.- San Martín del Rey Aurelio
 4.- Sobrefox 5.- Lastres 6.- Sotocueva 7.- San Esteban de Río Sil 8.- Acera
 de la Vega 9.- Padilla de Abajo 10.- Huerta de Arriba 11.- Coruña del Conde
 12.- Covalada 13.- Peña 14.- Cangas de Sabujosa 15.- Linares de Riodrío
 16.- Ervedal 17.- Montijo 18.- Evoraz

Si se añade ahora la dispersión de espadas de lengua de carpa en sus tres tipos: Huelva, Yénat y Sa Idda (Fig. 28, p. 142-143; Fig. 29, p. 143-144) la situación se altera. Por un lado la dispersión de otros materiales distintos a las espadas sigue siendo netamente atlántica (Fig. 28b, p. 142-143) -en esta fase se observa un nuevo núcleo alrededor del Estuario del Tajo, región que parece tardar en incorporarse al Círculo Atlántico-; por el contrario, la mayor abundancia de espadas se produce en el Sur y el Oeste peninsular, escaseando notablemente en el Norte. Es decir, no parece producirse ahora una competencia más o menos equilibrada por la obtención de unos productos de origen foráneo, aunque adaptados a la metalurgia local. Este cambio en las áreas de prioridad es muy significativo.

Centrándonos en este último caso ¿qué es, culturalmente hablando, ese horizonte de las espadas de lengua de carpa? ¿Hasta qué punto coincide con el área típica de dispersión de la cerámica de retícula bruñida? Depósitos característicos del Horizonte de la Ría de Huelva son, para Ruiz Gálvez (1984b) el epónimo y los de Cabezo de Araya (Badajoz), Herrera (Sevilla) y Villa Cova do Perrinho (Aveiro). Si bien los tres primeros parecen configurar los vértices del triángulo típico de la Andalucía Occidental durante el Bronce Final, la inclusión del depósito portugués resulta, geográficamente hablando, fuera de lugar, sobre todo cuando su adscripción al Horizonte de la Ría de Huelva se ha realizado, exclusivamente, en base a la aparición de un fragmento de casco de cresta, elemento de valor cronológico y adscripción cultural un tanto dudoso (1). El triángulo formado por los depósitos de Huelva-Araya-Herrera constituye, a su vez, el área de dispersión de la cerámica con decoración bruñida por el interior. Ambas manifestaciones pueden tener una cronología semejante: la datación de los objetos de la Ría de Huelva debiera coincidir con la de los primeros estratos de ocupación de los Cabezos. La expansión de esa cerámica más allá de su núcleo conduce al Alto Guadalquivir y al Guadiana Medio, donde también hay vestigios del Bronce Atlántico IIIa.

A. Coffyn (1985) plantea bastante dudas acerca de la existencia de un grupo de "Huelva". Para este autor, los hallazgos se limitan, casi exclusivamente, al depósito epónimo: su influencia en la Península sería muy escasa, a excepción, claro está, de las espadas de lengua de carpa, objeto que no se habría originado en el Guadalquivir, sino que sería el producto de los intercambios, directa o indirectamente, con el Círculo Atlántico.

(1) Coffyn (1983) supone que este depósito, por combinar objetos de tradición antigua y relativamente moderna sería algo anterior al de la Ría de Huelva, situándolo entre el 900 y el 850 a.C.

El registro arqueológico indica que el área tartésica fue, al menos a partir de los siglos IX-VIII a.C., un foco metalúrgico de gran importancia (López Palomo 1981, Fernández Jurado 1986a, Fernández Jurado y Ruiz Mata 1985). Sin embargo, en la todavía indefinida fase anterior, a la cual pertenecería el depósito de la Ria de Huelva, las señales de esa pujanza distan mucho de estar claras. Frente a la riqueza aparente del Noroeste, del Estuario del Tajo o, incluso, la Meseta, el Sudoeste cuenta con muy pocos depósitos de metales. Contrasta ese hecho, no obstante, con la abundancia de espadas. La respuesta, antes que tecnológica, ha de ser socio-económica: por diversos motivos -¿intercambios con el Mediterráneo Central?- hay un mayor peso de los Roles de Privilegio -élites sociales, al fin y al cabo- en esa región que en el resto de la geografía peninsular, élites que influyen enormemente en la demanda de armas.

La situación, por tanto, parece ser la siguiente: sea cual sea el origen de las espadas de lengua de carpa, a principios del Bronce Atlántico III (siglos X-IX a.C.), ciertas comunidades afincadas en el Sudoeste peninsular aumentarían su demanda de armas como consecuencia de importantes transformaciones internas. La ausencia de un registro arqueológico propio de ese momento, aparentemente de "enriquecimiento", obliga a otorgar una bajo grado de verosimilitud a la hipótesis.

Un panorama diferente, aunque estrechamente relacionado, tendría lugar inmediatamente al norte, en la Extremadura española. Allí su mayor proximidad a las áreas más directamente relacionadas con el Bronce Atlántico (el Noroeste Peninsular) habría sido la causa de que el proceso empezase antes. A lo largo del Bronce Pleno, los únicos testimonios de la naturaleza local serían la espada de Castelo Bom (Beira) y las espadas representadas en Valdefuentes de Sangusín (Salamanca) y Tapado da Moita (Castelo da Vide); las tres, curiosamente, en los vértices del área considerada. Durante los inicios del Bronce Final y quizás coincidiendo con la expansión de la Cerámica de Boquique (núcleo en la Alta Extremadura) habría que señalar el depósito de Porto do David (Monteagudo 1977), nuevamente en la región de Guarda, que ya desde el Bronce Antiguo (alabardas tipo Carrapatas) estuvo implicada en los intercambios con el Círculo Atlántico.

En el Bronce Atlántico II, los contactos con las regiones atlánticas aumentarían enormemente. Depósitos como Cangas de Sabujosa (Viseu), Linares de Riofrío (Salamanca), Ervedal (Castelo Branco), la punta de lanza de tipo parisino de Castelo Branco, las hachas de apéndices laterales de Villar de Plasencia, Villareal de San Carlos, Guareña y del pseudodepósito de Badajoz (Almagro Gorbea 1977) y, finalmente, las espadas pistiliformes de Vilar Maior (Guarda) y Montijo (Badajoz) (Ruiz Gálvez 1984b). La pregunta es si éste núcleo fue un centro productor de metales y objetos metalúrgicos o un foco de atracción de los mismos. Por Centro

Productor quiero dar a entender un conjunto de comunidades con una producción propia bien individualizada y con la posibilidad de que esa producción fuese intercambiable con otras áreas culturalmente distintas. Foco de Atracción sería, por el contrario, aquella comunidad cuyos utensilios metálicos dependen en su forma y morfología de las producciones propias de otros Centros; aunque tengan una producción propia, ésta es resultado de la imitación. En el Centro-Oeste, los pocos materiales encontrados son siempre característicos del mundo atlántico en el sentido amplio del término (espadas pistiliformes, lanzas del tipo parisino, orfebrería,...) o de la Meseta (hachas del tipo Huerta de Arriba, navajas de afeitar). La producción autóctona estaría representada, en todo caso, por los Puñales Porto de Mós:

"bajo este nombre se engloban puñales de lengüeta individualizada de la hoja, de la que la separan marcadas escotaduras, y perforada por tres remaches generalmente dispuestos siguiendo la forma de la lengüeta por lo que con frecuencia describen un triángulo. la hoja, de nervio central bien marcado, remata en extremo redondeado, que en algunos ejemplares se resuelve abiertamente en "lengua de carpa"" (Ruiz-Gálvez 1984b: 253).

La cronología de los mismos es discutible, en tanto en cuanto han aparecido también en el depósito de la Ría de Huelva y suelen estar asociados a espadas de lengua de carpa (Columbeira, Ervedal, Porto de Concelho, Pragança, Teixoso), lo que ha llevado a G. Meijide (1988) a afirmar su contemporaneidad. No obstante, su asociación con cerámica de Lapa do Fumo y de boquique permitiría marcar su origen en contextos del Bronce Atlántico II (Ruiz Gálvez 1984b).

Su dispersión geográfica es muy característica: la Extremadura española es simplemente el límite extremo de una distribución cuyo núcleo se sitúa en el Bajo Tajo (Fig. 30b, p.144-145). Desgraciadamente, se carece del registro arqueológico propio de esta región durante los inicios del Bronce Final. Probablemente se trate de un momento paralelo al del origen de las cerámicas Lapa do Fumo en su facies moderna (variante Alpiarça-Roça do Casal do Meio,); la dispersión de la facies antigua (Lapa do Fumo) es estrictamente costera, lo que podría ponerse en relación con los intercambios con el Círculo Atlántico en el Bronce Atlántico II, todo ello si es que la hipótesis de Spindler es válida, lo que aún está lejos de ser demostrable.

Al menos en el principio de esa fase, los hallazgos de objetos metálicos en el Bajo Tajo (región nuclear de la cerámica de retícula bruñida portuguesa) son mucho más escasos que en la Serra da Estrela y cuenca alta del Mondego, es decir, esa región interior del Centro-Oeste peninsular que figura como punto importante en la red de intercambios de piezas metálicas, quizás beneficiada por su riqueza en estaño. Por lo tanto, parece como si fuese la riqueza en ma-

terias primas de esta región lo que motivara el despertar paulatino del bajo Tajo. Según Philina Kalb, la dispersión de piezas metálicas de esa época demuestra una cierta relación entre el Bajo Tajo (pobre en mineral) y las regiones estanníferas del interior (Serra da Estrela). Por otro lado, es precisamente del Bajo Tajo de donde proceden los objetos metálicos con paralelos en Cerdeña, Bretaña, Inglaterra, Irlanda y Escocia (hachas de cubo, hachas de talón con la cara plana, hachas tipo Reguengo Grande), lo cual es indicio de un intercambio marítimo floreciente, canalizado, casi exclusivamente por la región de Lisboa, dado que en la cuenca del Mondego la frecuencia de aparición de estos tipos es mucho menor (Kalb 1980b: 5ss.).

La cerámica Baiões-Santa Luzia representa la cerámica correspondiente a los objetos de bronce de ese horizonte Baiões-Vénat: cerámicas y metales han aparecido asociados en el Castro de N.ª da Guia, en Baiões (Kalb 1978). Esto es indicativo de la individualidad de esta región interior, rica en estaño: es un área intermedia entre la cerámica de Penha al Norte (1) y la discutible "Cultura de Alpiarça", con cerámicas de retícula bruñida portuguesa, al Sur. En estos tres entornos culturales diferentes han aparecido las mismas tipologías de objetos metálicos (Fig. 38).

En la Extremadura española, si descontamos un par de hallazgos dispersos (2), no hay huellas evidentes de la expansión de ese horizonte cultural hacia el Este; aunque, al decir de algunos autores (cf. Almagro Gorbea 1977, Enríquez y Hurtado 1986, Fernández Castro 1988), si exceptuamos el boquique, los restos cerámicos encontrados en la Extremadura española y datables en la Edad del Bronce, tienen "paralelos" en el utillaje cerámico característico de la región central portuguesa en la misma época. En una fase inmediatamente posterior se situarían los hallazgos de cerámicas tipo Carambolo y retícula bruñida; es decir, en la fase cronológicamente simultánea al Horizonte Baiões-Vénat, los influjos culturales que llegan a la Extremadura española parecen cambiar de procedencia, lo cual sería el motivo, quizás, de la no expansión hacia el Este del horizonte portugués contemporáneo. La Hipótesis, aunque no demostrable dado lo incompleto del registro arqueológico a nuestra disposición, es consecuente con la avanzada al referirse a los útiles de bronce: un primer momento de influencias "atlánticas", a las que se superponen en un momento sucesivo, las que provienen del sur.

(1) Cuyo desarrollo sería, en cierta medida "paralelo" aunque no coincidente al del Horizonte Cogotas I de la Meseta española.

(2) Lanzas de Cabezo de Araya, asimilables, quizá, al tipo Mação, puñales de Porto de Mós,... Ahora bien, el desconocimiento casi total del Bronce Final en la Extremadura Española no permite, por ahora, conclusiones válidas. La escasez de hallazgos puede deberse a la insuficiente investigación de campo. Por otro lado, su aparición también ocasional en el valle del Duero (depósito de Oceanilla) mostraría la viabilidad de la hipótesis.

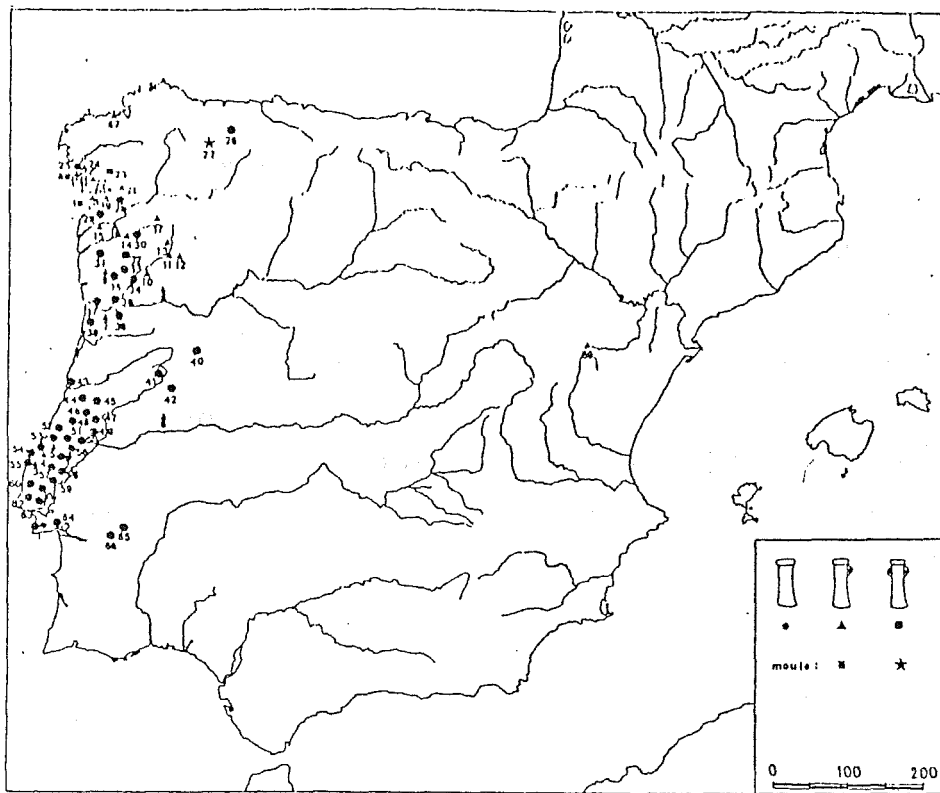
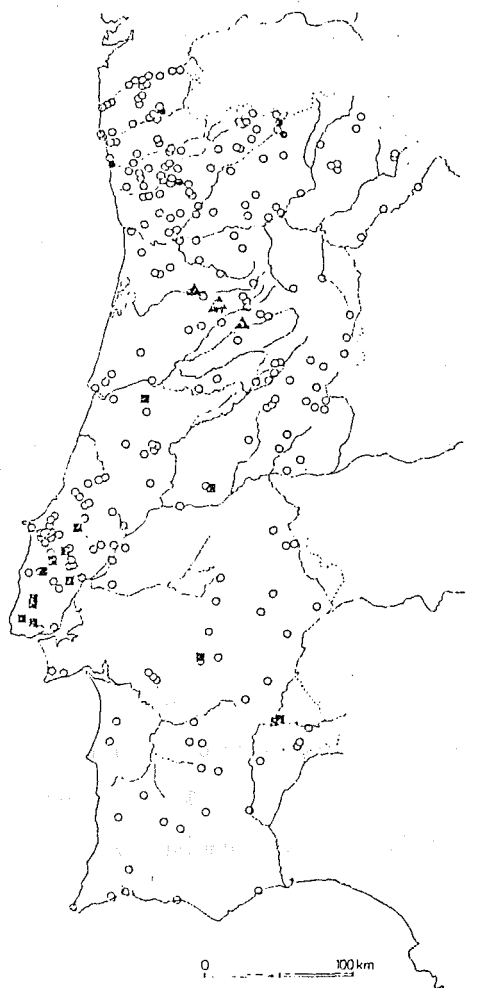
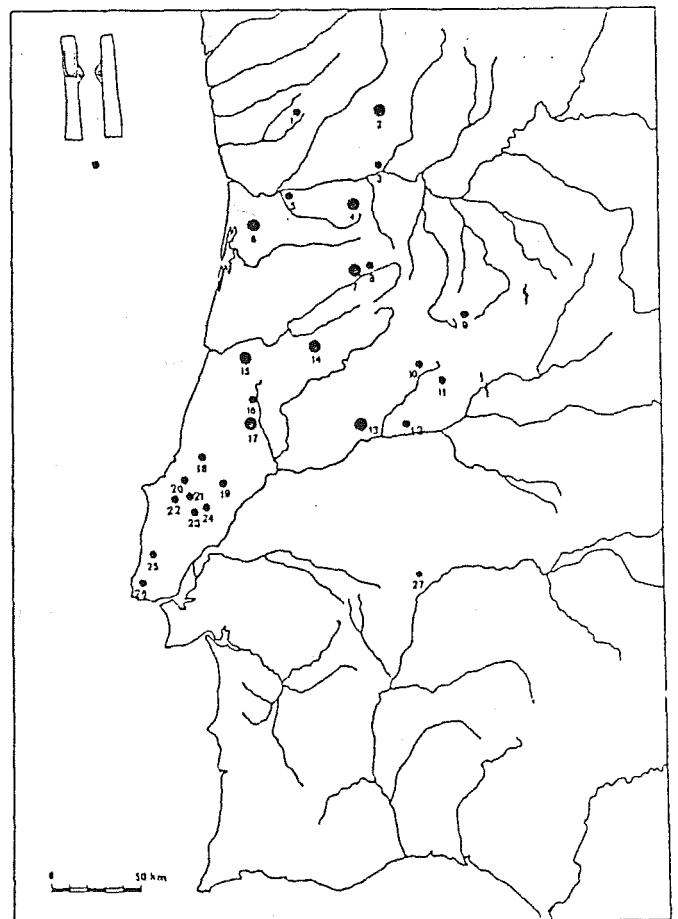


Fig. 38 Distribución de artefactos metálicos (hachas de cubo y de talón) y cerámicas en Portugal (según Kalb 1980a, Coffyn 1983)



- Lugares com achados do «Bronze Atlântico» em Portugal.
- Cerâmica tipo Penha-São Lourenço.
- ▲ Cerâmica tipo Baiões-Santa Luzia.
- Povoados «Cultura de Alpiarça» com achados «Bronze Atlântico».



En definitiva, la posición favorable del bajo Tajo para el comercio marítimo sería una de las causas posibles de su expansión en la fase Bafoes-Vénat, cuyos orígenes deben rastrearse con anterioridad, incluso, al Horizonte de la Ria de Huelva. El proceso sería, pues, similar al del Guadalquivir: las tierras del interior -ricas en materias primas- fueron, quizás, las primeras en recibir el impacto de los intercambios con el Atlántico -a través, probablemente, de las comunidades indígenas asentadas en el Norte y Noroeste-. Progresivamente, la estratégica ubicación de las comarcas costeras les permitiría controlar los intercambios y, en consecuencia, influir directamente sobre las áreas productoras de metal. No obstante, hay varios factores de diversa índole que afectan al proceso descrito y que, de no tenerlos en cuenta, pueden alterar la reconstrucción del mismo.

¿Por qué la metalurgia del Horizonte de Huelva no alcanzó un dominio claro sobre su territorio natural, de la misma forma que lo haría la metalurgia del bajo Tajo? Conviene no olvidar, a este respecto, que el Guadalquivir no fue nunca una región adscrita al Bronce Atlántico, como sí lo fue el bajo Tajo. Quizás en ese hecho esté parte de la explicación al problema de la escasez y la poca variedad de los objetos metálicos hallados en el mediodía peninsular durante la época anterior a la colonización fenicia: del mundo atlántico toman lo que les interesa, espadas. Si escasean los "depósitos de fundidor" es porque ésta fue un área sólo marginalmente vinculada a la metalurgia atlántica y a los procesos culturales de formación de los mismos. De ahí la inconveniencia de referirse a un Horizonte local del "Bronce Atlántico".

Entre el Guadalquivir y el bajo Tajo hay que mencionar otra región o área cultural de gran importancia para entender el desarrollo de la edad del Bronce en la Península Ibérica: el Sudoeste clásico (Algarve y Alentejo). Allí no parece estar clara la transición desde el llamado Bronce del Sudoeste hacia un Bronce Final muy mal definido, con cerámicas incisas, de Lapa do Fumo y habitat en castros fortificados (Coroa do Frade, Castro do Giraldo, Outeiro do Circo) o costeros (Cerradinha, Pontes de Marchil).

Simultáneamente al núcleo del Centro-Oeste peninsular, el Sur portugués demostró una notable vitalidad durante el Bronce Atlántico II, con espadas pistiliformes de factura propia, lo cual revela la individualidad de este foco metalúrgico durante los inicios del Bronce Final. Su centro debe fijarse en el Alto Alentejo, en los alrededores de la comarca minera de Evora, que es donde se concentran los hallazgos de espadas pistiliformes, lanzas de tipo parisino y puñales Porto de Mós.

Este panorama contrasta con la pobreza en objetos metálicos de las cistas del Bronce Pleno de la región (1) algunas de las cuales pueden datarse, quizás, en esa época, dados los problemas cronológicos que implica la falta de ajuar en la mayoría de ellas. Aunque cualquier inferencia que se extraiga de los incompletos datos a nuestra disposición es aventurada, no estará de más sospechar un impulso especial e innovador en esta facies local de los inicios del Bronce Final, en el que el comercio atlántico habría obligado a la explotación intensiva de unos filones de mineral de cobre hasta entonces poco explotados.

En cuanto al Bronce Atlántico III, se han hallado espadas de lengua de carpa con rasgos que inciden nuevamente en su individualidad con respecto a la serie peninsular. Las fíbulas de codo señalan, por otro lado, su conexión con el bajo Guadalquivir, faltando lanzas del tipo Baioes-Mação, pero contando con espadas pseudo-Yénat (en el castro de N.ª da Cola), indicio de algún contacto con el bajo Tajo, relaciones también manifestadas por la cerámica con decoración bruñida por el exterior (¿facies Alpiarça?, sin olvidar la dudosa presencia de la facies antigua en Cerradinha, si se aceptase la hipótesis de Spindler).

En definitiva, el Sudoeste de las Península Ibérica, en un sentido amplio, es decir, siendo su límite septentrional el río Tajo y el occidental el Guadalquivir, parece estar caracterizado, durante el Bronce Final, por la existencia de dos focos productores de materias primas y dos centros "comercializadores" de las mismas, con notorias diferencias entre ellos. Los vínculos económicos, por otro lado, no son resultado de la homogeneidad cultural: el Bronce Atlántico no es más que un complejo tipológico de piezas metálicas que da una apariencia de unidad a una región cuya única característica en común es la del comercio de metales (Ruiz-Gálvez 1987).

Ahora bien, ésta interpretación está construída sobre la base de que las espadas pistiliformes y, en general, el Bronce Atlántico II es anterior en el tiempo a las espadas en lengua de carpa y al Bronce Atlántico III. De aceptar los resultados obtenidos en el Cerro de la Miel, esa situación no sería correcta, pues ambos conjuntos tendrían idéntica cronología: siglos XI-X a.C. (Carrasco et al. 1987). Esta hipótesis, obtenida a partir de la datación C-14 del contexto estratigráfico de una espada tipo Huelva y unas fíbulas de codo, quizás resultase errónea si se dispusiera de idéntica información para las espadas pistiliformes: el problema se reduciría a corregir las cronologías en uno o dos siglos.

(1) Tal y como se ha observado en necrópolis como Atalaia, Pessegueiro, Quiteira, Vila Nova do Casão y Alfarrobeira. Sobre todo en ésta última, que situada a escasos 5 km. de una mina de cobre con vestigios de utilización antigua no ha proporcionado ningún objeto metálico (Barceló Beirão y Gomes, en preparación).

Sea cual sea el valor final de esa afirmación, supongase por un momento que fuere cierta; en ese caso, no podría hablarse de una anterioridad en la explotación metalúrgica de las tierras interiores (Beira y Extremadura) con respecto al despertar de la metalurgia atlántica del bajo Tajo y Guadalquivir. Los materiales propios de esas comarcas costeras serían contemporáneos de los aparecidos en las tierras ricas en mineral del interior. En consecuencia, las diferencias en la cultura material entre Centro (en este caso el interior) y Periferia (el interior) serían mucho mayores de lo que se pudiera imaginar. Si las espadas pistiliformes eran propias de la región interior, su ausencia en las comarcas costeras indicaría la escasa fuerza de penetración de sus poblaciones en el área de influencia de los habitantes de la costa. Por el contrario, los objetos más característico de las comunidades costeras sí que aparecen, con relativa profusión, en el interior, señal de la preponderancia económica de esos grupos.

Hasta aquí la "nueva" explicación es de lo más sugestivo. Pero ¿coincide con los dos casos concretos a los que me he referido en estas páginas? En primer lugar hay que advertir lo desproporcionado de la investigación: las regiones del interior, tanto las Beiras portuguesas como la Extremadura española están insuficientemente estudiadas, mientras que el Bajo Tajo y el Guadalquivir han merecido la atención de los arqueólogos durante muchos decenios. Quizá sea ésta la razón por la que la dispersión de espadas pistiliformes no se comporta como sería de esperar: si bien están ausentes en el Bajo Tajo, aparecen en muy escaso número en la Serra da Estrela, Guadiana Medio, Alto Alentejo y Guadalquivir (un ejemplar de cada área). De ahí no se puede deducir, por tanto, la prioridad de una región sobre otras. No debe olvidarse, sin embargo, que la circulación de las espadas se produce por otros circuitos, relacionados con la jerarquización de la Sociedad de Roles local, y distintos, por tanto, de los que generan la existencia de "depósitos de fundidor".

Lo que sí se confirma es la abundancia de hachas de talón con y sin anillas en el área del Mondego-Serra da Estrela, siendo menos frecuentes, si bien aún aparecen en apreciable cantidad en el Bajo Tajo y en la Extremadura Española (menos que en el bajo Tajo), faltando en el Guadalquivir y Alentejo. Su dispersión es, por tanto, claramente septentrional, fruto de un hipotético comercio por tierra antes que marítimo con el resto de las regiones atlánticas. En el Bajo Tajo abundan los puñales Porto de Mós y las hachas de cubo, los cuales aparecen en escasa cantidad en el resto de las regiones, siendo menos frecuentes cuanto más alejados de ese núcleo. Por su parte, la espada de lengua de carpa es más frecuente en el valle del Guadalquivir y en el Bajo Tajo, faltando en las regiones interiores (exceptuando, claro está, las representaciones en las Estelas Decoradas).